

Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de
EMMA
M. LION vol.
4

Beth Brower

Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de
EMMA
M. LION vol.
4

Beth Brower

Los diarios de
EMMA
M. LION vol.
4

Beth Brower

Traducción de Ana Isabel Sánchez



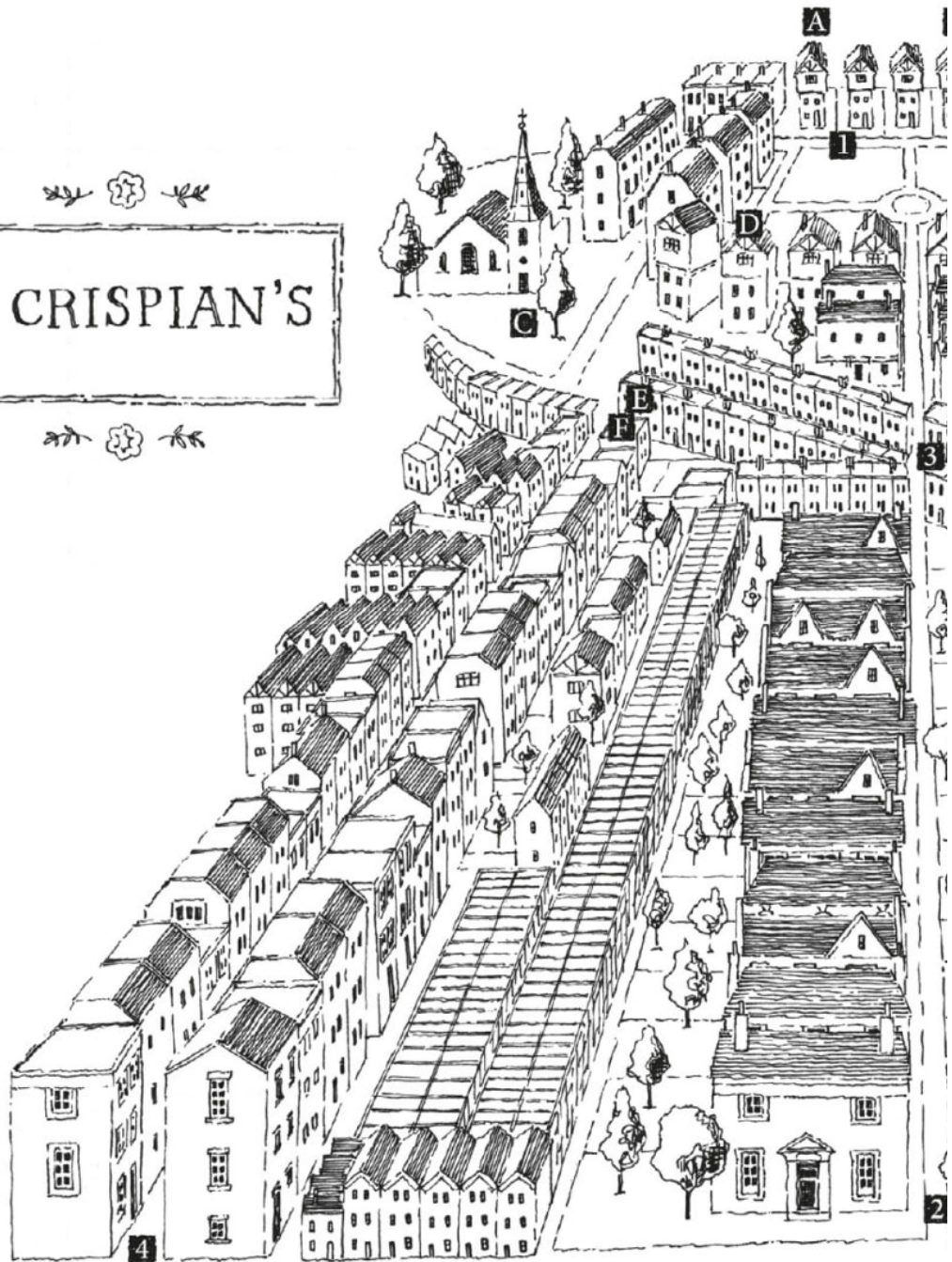
Emma M. Lion

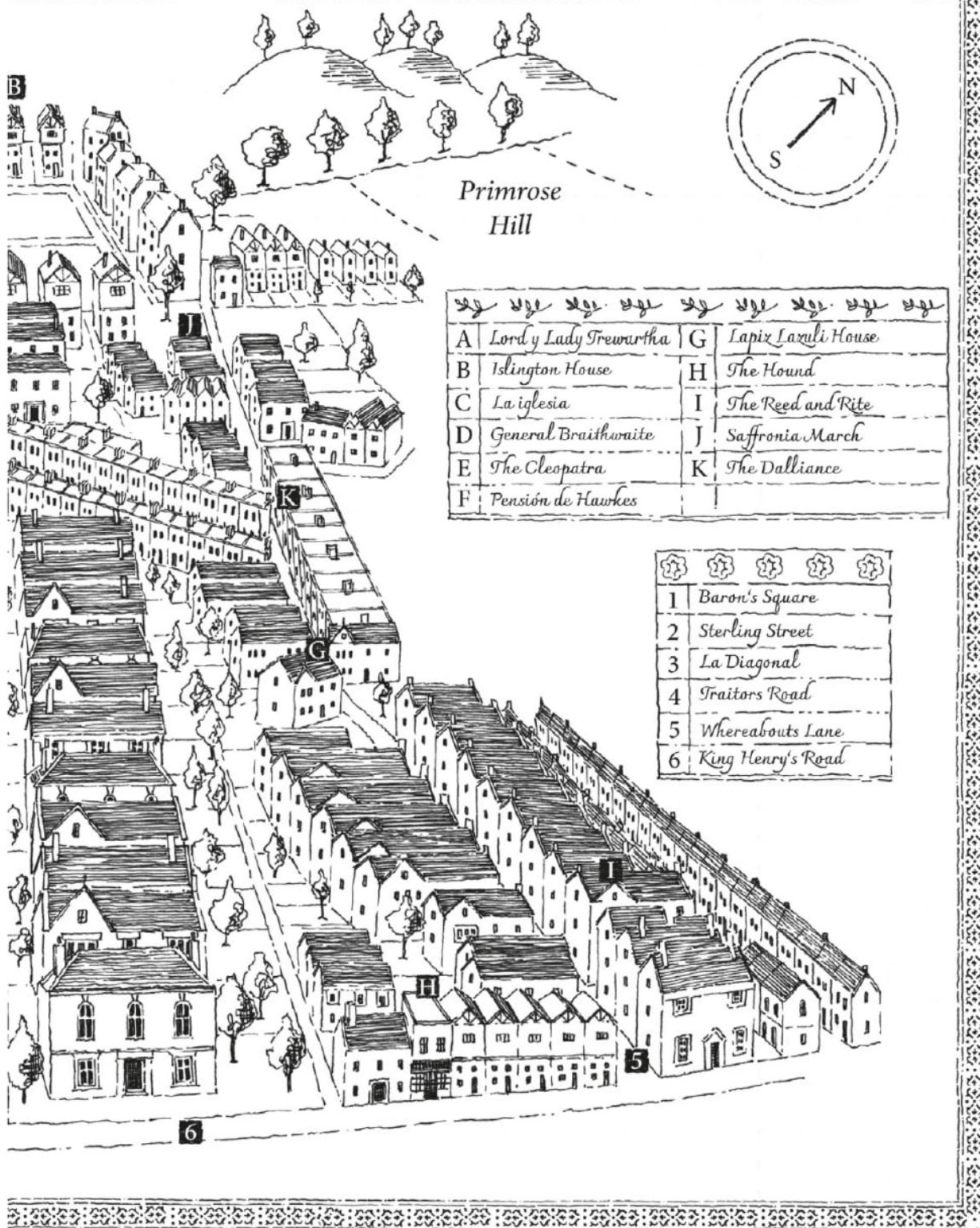
querría dedicar sus diarios a todos aquellos
que tengan la osadía de leerlos.

Comprende la tentación de hacerlo.

Estas páginas en particular están dedicadas a
las hermanas Ashcraft.

ST CRISPIAN'S





A	Lord y Lady Trewartha	G	Lapiz Lazuli House
B	Islington House	H	The Hound
C	La iglesia	I	The Reed and Rite
D	General Braithwaite	J	Saffronia March
E	The Cleopatra	K	The Dalliance
F	Pensión de Hawkes		

1	Baron's Square
2	Sterling Street
3	La Diagonal
4	Traitors Road
5	Whereabouts Lane
6	King Henry's Road

Personas de interés mencionadas con anterioridad

Emma M. Lion: *Yo, por supuesto. En vías de recuperar Lapis Lazuli House.*

Archibald Flat: Tramposo, ladrón, villano. Una plaga universal para la humanidad.

Prima Matilde: *Hermana mayor de Archibald. Ogres.*

Lady Eugenia Spencer: *Mi imponente tía. Leal, aunque no cariñosa.*

Damian Spencer: *Mi primo mayor, actualmente escondido en el continente.*

Arabella Spencer: *Diosa divina. Belleza radiante. Mi cómplice.*

Parian: *Ayuda de cámara, mayordomo, hombre bastante insufrible. Encima, haragán.*

Agnes: *Fregona, cocinera. Mal pagada. Opiniones extrañas. Escocesa. Maravillosa.*

Niall Pierce: *El Inquilino. Píramo demostrado. Sigue rodeado de misterio.*

Joven Hawkes: *«El Formidable Nigel Hawkes». El insólito vicario de St. Crispian's.*

Duque de Islington: *Me desapruera. Bien educado, creo.*

El Romano: *Fantasma residente de St. Crispian's al que aún no he visto en persona.*

Mary Bairrage: *Compañera superviviente de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas.*

Jack Hollingstell: *Primo ficticio de Mary. Un libertino. Le debo dos favores.*

Roland Sutherland: *Némesis de la infancia convertido en un apuesto dios Sol.*

Saffronia March: *Vieja amiga. Artista. Actualmente está pintando en Italia.*

Señorita Hunt: *Antipática. A la caza de marido. Le tiene echado el ojo a Roland.*

Charles Goddard: *Alto, delgado, un palillo. Mi pretendiente no pretendido.*

Señor Penury: *Banquero muy serio.*

Evelyn Stuart: *Hermano mayor de Maxwell.*

Maxwell Stuart: *31 de enero de 1861 – 27 de julio de 1880.*

1 de septiembre

El doctor Fairchild acaba de marcharse.

¡Cielo santo!

Ha sido una hora entera de espectáculo. Parian se ha pasado la mayor parte del tiempo preparando el batín elegido por el primo Archibald (para su regreso al Mundo de los Vivos). Yo, por el contrario, he quedado relegada al cajón de los calcetines (en el cual moraba un mítico par que, según él, sería delicado para con sus pies). Mientras tanto, Fairchild se afanaba en tratar de convencer a mi excéntrico primo de que el bastón que iba a utilizar no había sido sabotado por una tal Emma M. Lion.

Tentador en retrospectiva.

Tentador aún.

El primo Archibald ya no está postrado en la cama y, ~~hasta~~ por desgracia, es capaz de subir y bajar las escaleras.

—Dos veces al día durante la primera semana —prescribió Fairchild—. La semana que viene, le sugeriré que haga todas las comidas abajo y que dé un paseo corto, solo hasta el final de la calle. Volverá a estar casi normal en un abrir y cerrar de ojos. Opino que hoy le convendría tomar el té en el salón de recibir. Un dulce incentivo para empezar. Lo ayudaré a levantarse. Allá vamos.

(Cabe señalar que Parian, Agnes y yo nos estremecemos cuando pronunció esas palabras).

Con aire abatido, seguimos al doctor y al primo Archibald escaleras abajo hasta el salón. Una vez que se acomodó, todos nos retiramos.

El rostro de Agnes mostraba una expresión valiente, pero la melancolía de su sonrisa mientras regresaba a la cocina para prepararle el té a Archibald recordaba una época pasada.

Fairchild estaba ansioso por marcharse.

—Me complace que ya esté resuelto —me dijo mientras lo acompañaba a la puerta—. Volveré a visitarlo dentro de un mes, pero a su primo debería sanarle bien la pierna.

Me sonrió y luego salió de la casa a toda prisa, antes de que un gemido quejumbroso pudiera reclamarlo de nuevo.

Un médico maravilloso, el doctor Fairchild. Pero tengo la sensación de que ha liberado algo horrible en el mundo.

2 de septiembre

CREO QUE DEBERÍA ADVERTIRLA.

¡Cielos! ¿De qué?

AHORA QUE TENGO UN ESTUDIO FIJO, PLANEÓ DARLES LA DIRECCIÓN A MIS AMIGOS, CONOCIDOS Y CLIENTES.

¿Acaso un acto tan normal requiere de una advertencia, Pierce?

CONSIDERO QUE SÍ. ME PREGUNTO, SIN EMBARGO, ¿QUÉ DIRECCIÓN DEBERÍA FACILITAR? ¿EL SERVICIO POSTAL DE SU MAJESTAD CONOCE «LAPIS LAZULI MINOR»?

Oh, vaya. No me lo había planteado. No creo que tengan constancia de ella. ¿Por qué no da la dirección de Lapis Lazuli House y que Agnes le pase la correspondencia por debajo de la puerta del estudio? No creo que suponga ninguna molestia.

CREE MAL. ES POSIBLE QUE SUPONGA UNA GRAN MOLESTIA.

Tonterías. Las cartas que llegan a esta casa se clasifican en un momento en la mesita del recibidor. Las suyas se añadirán al sistema hasta que le consiga una dirección independiente.

SI SE EMPEÑA... AUN ASÍ, CONTRIBUIRÉ CON UNA CESTA.

¿Una cesta?

PARA REUNIR MI CORRESPONDENCIA SI RESULTA QUE NO HAY ESPACIO EN LA MESITA DEL RECIBIDOR.

No creo que sea necesaria. No obstante, contribuya con dicha cesta si eso lo ayuda a dormir aunque solo sea un rato mejor de lo que lo hace ahora.

3 de septiembre

Mary, que ha estado espantosamente ausente durante las últimas semanas debido al exceso de trabajo que le imponen tanto la compañía telefónica como su profesor, ha salido a pasear conmigo por Regent's Park esta tarde. Sus pasos eran largos, señal de que está contenta con cómo le van las cosas en la vida a pesar del ritmo riguroso.

Le pregunté si estaba haciendo alguna otra actividad, aparte de trabajar.

—Oh, sí —respondió—. Jack me ha llevado a ver una obra de teatro, dos museos y una revista de variedades. La señorita Lamb tiene una norma estricta respecto a que sus huéspedes no deben asistir a revistas de variedades. Sin embargo, él (me refiero a Jack, claro) se mostró tan encantador que ella accedió. En cuanto salimos a la calle, le di un pescozón y le expliqué que la próxima vez tenía que decir que me llevaba a la iglesia.

—Si dice eso, es posible que la señorita Lamb te interroque sobre el sermón —advertí.

—Solo tendré que recurrir a mi comodín.

—¿Que es...?

—Los panes y los peces, Emma, los panes y los peces. Una puede parecer tan santurrona como sea necesario si es capaz de hablar con autoridad sobre los panes y los peces. Es irrefutable.

(No estoy segura de que esto sea válido para todas las ocasiones. No obstante, revisé el capítulo correspondiente cuando llegué a casa. Irrefutable es irrefutable).

—¿Y tú, Emma? —preguntó Mary—. ¿Has hecho algo digno de mención?

Así que le narré los acontecimientos más significativos: el baile de los Bedford, la cena de lady Trewartha, el desafortunado regreso del primo Archibald a la tierra de los vivos, etcétera, etcétera.

Mary me aplaudió cuando correspondía.

—Sigo asombrada de que tu inquilino e Islington se llevaran tan bien. ¿Es algo normal en el caso de dos subespecies de hombres de ese tipo?

Con la intención de adoptar un tono de comedia frívola, respondí:

—Los ricos y nobles suelen entablar amistad con artistas. Hace que se sientan interesantes. —Y luego, como la mitad de las veces la sinceridad no es una idea tan horrible, añadí—: En realidad, hicieron tan buenas migas porque a ambos les convenía, y se convirtió en una velada bastante memorable. Durante aquella última hora junto a la fuente, me sentí como si los tres fuéramos amigos desde hacía siglos. Aunque ellos dos estén al tanto de lo que ocurrió en París y yo no.

Una nota de mordacidad impregnaba esta última frase.

Mary sonrió.

Y con un brillo pícaro en los ojos dijo:

—Has andado de aquí para allá, Emma, dedicándote a todo tipo de juegos, acertijos y diversiones. Pero, si mal no recuerdo, en casi todas las cartas desde que saliste de la escuela hace tres años te has quejado sin parar de que no tenías tiempo suficiente para estudiar. Ahora que por fin vives en Londres, no oigo ni una sola palabra acerca de lo que estás leyendo. Para aspirar a convertirte en literata, eres tremendamente sociable.

Era cierto.

Me di por reprendida.

—Tengo un libro de ensayos de un estadounidense llamado Emerson —me defendí—. Además, estoy estudiando frases en latín.

—¿Como por ejemplo?

—*Credo quia absurdum*.

—¿Qué significa?

—«Creo porque es absurdo».

Mary reflexionó sobre la expresión durante un momento y luego afirmó:

—Sí, diría que eso describe bastante bien tu vida.

A lo que respondí:

—*Veritas*.

Así, continuamos con nuestro paseo —aunque se me prohibió emplear cualquier frase en latín— y estábamos riendo alegremente cuando, al doblar una esquina, nos topamos con un bigote conocido, que resultó estar fijado al rostro de mi banquero, el señor Penury. A su lado, iba una mujer.

Estuve a punto de no reconocerlo de tan... despreocupado como parecía.

Nada típico de un banquero.

(¿Debería una sentirse avergonzada al ver a su banquero en tal estado de desnudez financiera?).

Antes de que yo pudiera reprimir la risa por completo, me reconoció.

—¡Ah! Hola, señorita Lion. Parece que está disfrutando del día.

—Buenos días, señor Penury. —A continuación, haciendo gala de

mis excelentes modales, tendí la mano hacia el lado y dije—: Mi estimada compañera en todas las cosas, Mary Bairrage.

Mary sonrió.

—Hola.

—Un placer —respondió el señor Penury—. Permítanme que les presente a mi esposa, la señora Rebecca Penury.

A primera vista, la señora Rebecca Penury era una mujer sencilla: cabello castaño, ojos castaños, nariz fácil de olvidar. No obstante, una segunda mirada me reveló que era atractiva a su manera.

—Encantada —respondió Mary.

—¿Cómo está, señora Penury? —dije yo justo a la vez.

Sin embargo, no recibí respuesta. La mujer se limitó a permanecer allí quieta con una sonrisa tranquila en el rostro y la mirada afilada. Como si fuera lo más normal del mundo.

—Mi esposa no habla, señorita Lion. Ya no —aclaró el señor Penury.

¿Ya no?

Sentí una obvia curiosidad.

No me dio tiempo a preguntar si se debía a un accidente —como que unas monjas le hubieran cortado la lengua— antes de que ella le apretara el brazo. Entonces el señor Penury dijo:

—Una noche, tras un agotador evento social, la señora Penury me informó de que llevaba más de cuarenta y cinco años hablando de su vida y, habiendo dicho ya todo lo que quería decir, abandonaba tal actividad por completo. Lleva casi una década en silencio, y le ha ido de maravilla.

—¡Qué genialidad! —exclamamos Mary y yo al unísono, lo cual nos provocó una carcajada a los tres. (La señora Penury solo sonrió).

Aunque no estoy segura de si yo sería capaz de elegir lo mismo — ¿quién se imagina a una mujer decidiendo que ya no tiene nada más que decir?—, *brava!*, por ser tan resuelta. Así se lo dije a la señora Penury, y su sonrisa se ensanchó. Luego, le apretó el brazo al señor Penury con los dedos enguantados y asintió. A lo que este respondió:

—Ha llegado el momento de seguir adelante, por lo que veo. Bien, tenemos fijada una reunión para dentro de quince días, señorita Lion. No la habrá olvidado, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Le envié una nota.

—Me temo que no ha llegado a mis manos.

—Entonces, este encuentro ha sido realmente providencial. La tengo apuntada para el 17 de este mes a las tres en punto —dijo Penury—. Repasaremos los detalles de sus cuentas.

—Sí, capitán.

Y saludé llevándome una mano a la sien.

Ni que decir tiene que el estado poco convencional de la señora Penury dio pie a una larga conversación entre Mary y yo.

—Serías del todo incapaz de hacer algo así, Emma —proclamó Mary—. Y yo también. Las dos estamos demasiado entregadas a escuchar nuestras propias opiniones.

Se me escapó la risa por la nariz.

4 de septiembre

Por la mañana Agnes subió a la buhardilla bastante temprano.

—¿Señorita Lion? —dijo vacilante.

—¿Sí? —logré contestar con un bostezo.

—Alguien ha dejado una cosa para usted, creo.

—¿A qué te refieres?

—Creo que debería bajar a verlo.

—¿Ahora?

—Ahora, señorita.

Me puse una bata vieja y la seguí hasta la puerta delantera.

La abrí esperando... Bueno, no sé. Agnes tenía la cara pálida como un fantasma y una expresión tan perpleja que me esperaba algo shakespeariano, como un hombre con cabeza de asno.

Pese a que no encontré nada así de sobrenatural, lo que vi podría haber sido el resultado de cualquier sueño de una noche de verano.

Esparcidas por las escaleras, había varias botellas de licor, todas ellas desprovistas de su contenido y sosteniendo una sola flor. Rosas de un tono rosa pálido abriéndose a la mañana.

Dos de las botellas se habían volcado. Una había rodado hasta la calle.

—¿Es una maldición, señorita? —preguntó Agnes con inquietud.

Mi risa se tropezó con un ceño fruncido mientras contaba las botellas.

Había nueve.

Nueve botellas. En cuanto recordé la cena de lady Trewartha, lo tuve claro.

—Agnes, creo que hemos sido bendecidas, por así decirlo, por Los Diez Réprobos.

—¿Los Diez Réprobos? —repitió ella con los ojos muy abiertos—. ¿Qué son?

—Supongo que son ese tipo de personas que dejan botellas vacías con flores en los escalones de una puerta. Como hay nueve botellas, apuesto a que fueron Los Diez Réprobos.

—¿Por qué no diez botellas entonces?

—Por la sencilla razón de que no me imagino a un vicario (ni siquiera al nuestro, por muy encantador que sea) dejando una botella de licor vacía en la puerta de una feligresa.

Nada de todo aquello tenía sentido para Agnes, que frunció aún más el ceño mientras recogíamos las botellas y nos retirábamos a la cocina, donde metimos todas las flores en un jarrón que sacamos de la sala del desayuno.

Mientras arreglaba y cortaba las rosas, comenté que tal vez fuera a hacerle una visita a mi pobre amigo inválido. (Me refería a Roland Sutherland del Brazo Roto). Al oír la palabra «inválido», Agnes adoptó una expresión grave y dijo:

—Haré una tarta para el pobrecito.

Me temo que se está imaginando una situación desesperada y melodramática en la que visito a una familia arruinada que pasa por grandes apuros. Cuando lo cierto es que su humilde tarta —aunque sin duda será maravillosa— va a ir a parar a manos de uno de los hombres más ricos y apuestos de todo Londres.

Creo que dejaré que Agnes mantenga esa fantasía. Si le escribe a su madre que Emma M. Lion está visitando a los indigentes, es

posible que eso compense parte de las absurdas realidades de mi vida.

Ah, qué bonito. Un pétalo de rosa acaba de caer sobre la página. Meteré mi diario debajo de mis libros para que se prene mientras estoy fuera.

Más tarde

Acabo de regresar de Sutherland House, donde he estado para ver cómo le iba a Roland con el brazo roto.

Su mayordomo —después de aceptar mi tarjeta y desaparecer— volvió y me condujo a un estudio en el que Roland se encontraba sentado a un escritorio imponente con un aspecto demasiado serio para su propio bien.

Eso cambió cuando levantó la vista y me vio allí de pie.

Dijo él:

—¡Emma Lion! Veo que no me has olvidado por completo.

Dije yo:

—Hola, Roland. Pareces un hombre de importantes negocios. Se podría llegar a pensar que no eres todo belleza frívola. Quedas advertido.

—Sí, mis asuntos requieren de ciertas gestiones —respondió mientras se ponía en pie.

Seguía llevando el brazo en cabestrillo, pero no mostraba ningún signo de dolor.

Tres hurras por ello.

Yo dije:

—Estás mucho mejor que la última vez que te vi.

Él dijo:

—He evitado todos los parques y a todos los niños. Y mi ama de llaves me ha alimentado con una cantidad asombrosa de sopa de pollo. Asegura que el caldo es bueno para sanar los huesos, pero empiezo a cansarme de él.

—Alma atormentada. Por suerte para ti, mi cocinera ha sido tan bondadosa como para preparar una tarta de limón con sirope de saúco, que también es bueno para sanar los huesos, según toda clase de leyendas completamente falsas. La he mandado a la cocina.

Fue un detalle muy considerado por parte de Agnes.

—Emma Lion, malcrías a tu némesis de la infancia.

Es verdad.

A pesar de que la belleza de Roland procede de la Edad de Oro, esta tarde su semblante tendía a la palidez.

Consideraré que era mi deber comentarlo.

—Tienes cara de estar un poco pachucho.

—No he tenido cara de estar pachucho ni un solo día en toda mi vida.

—Claro que sí. Cuando teníamos quince años y estuviste a punto de cortarte el dedo de un tajo.

Su gesto fue casi de indignación.

Es posible que a causa del giro creativo que le había dado a nuestra historia común.

—¿Que yo estuve a punto de cortarme el dedo de un tajo? —replicó—. Si mal no recuerdo, eras tú la que se había hecho con la espada de su tío...

—Ese pequeño detalle no tiene excesiva importancia para el tema de qué cara tenías, Roland —insistí mientras me quitaba los guantes—. ¿Te quedó cicatriz?

—Sí. Un trabajo concienzudo.

—Parece que tengo cierto talento para eso. Para herir hasta dejar cicatriz. En cualquier caso, de verdad que deberías tomar un poco el sol. ¿Tienes jardín?

—La Temporada ha terminado, Emma —respondió Roland—. No tengo que impresionar a nadie.

—¿Ni siquiera a la señorita Hunt?

No pude contenerme.

Eso no es del todo cierto.

Supongo que podría haberme contenido.

Pero ¿por qué?

Roland esbozó una media sonrisa.

—La señorita Hunt, según tengo entendido, encandiló a Alphonso Dorrington, conde de No Sé Qué o No Sé Cuántos, en la cena de lady Spencer. Desde entonces, su hermano y ella se han trasladado a casa de su tío, que se encuentra a dieciséis kilómetros de la residencia campestre del conde. Por ahora, me he librado de sus atenciones.

¡Menudo alivio!

—¡Estupendo! —respondí—. ¿Nos tomamos la tarta en el jardín con una taza de té?

Y eso hicimos.

Roland y yo nos contamos nuestras desventuras del verano y, después, lo informé de que me vería obligada a tacharlo de mi Lista de Enemigos en cuanto volviera a casa.

—Es una pena, pero, tras haber compartido una tarta en tu jardín, debe hacerse.

—¿Tienes una Lista de Enemigos? —preguntó con una sonrisa

que le marcó los hoyuelos.

—¿No debería tenerla todo el mundo? Contigo en la lista, era un cuatro equilibrado. Ahora queda un poco coja. Le falta elegancia. Tendré que sustituirte en breve.

—Bueno, no te precipites a la hora de buscar a otro si puedes evitarlo. —Roland se arrellanó en su silla y sonrió mientras decía—: Yo no tengo enemigos.

—De ahí tu resplandor celestial, Roland. Bravo. Qué buen carácter has desarrollado después de haber sido un niño tan terrible.

—No es buen carácter, Emma. Es buena sangre.

Le lancé una mirada bastante exagerada.

5 de septiembre

Tía Eugenia iba a pasar toda la tarde ocupada con una reunión de su sociedad benéfica: *Féminas Loables para la Obliteración de los Pobres*. O, más bien, *FLOP*, que es la nomenclatura que preferimos Arabella y yo. Una vez le pregunté a mi tía si eso significaba que intentaban eliminar la pobreza o a los propios pobres. Su respuesta fue rápida.

—No estoy segura de que sea necesario hacer distinciones, Emma. Ambas cosas conducen al mismo fin. Si por mí fuera, no habría gente muy pobre, solo una clase baja limpia y bien vestida que viviera para servir. Ahora deja de hacer preguntas impertinentes.

Así las cosas, dado que disponía de varias horas de libertad, Arabella vino a Lapis Lazuli a visitarme y a pasar una tarde de té doble y conversación. El té doble significa que enmarcamos la visita entre dos topes.

Té para empezar. Té para terminar.

No me resulta particularmente excesivo.

La tarde se desarrolló en cinco actos.

Acto I

Arabella y yo comentamos La Temporada

—¿Y considera mi querida tía que tu Temporada ha sido un éxito?
—inquirí.

—Así es —respondió Arabella desde el sillón rosa—. Creía que, a estas alturas, ya te habría puesto al corriente.

Crucé los dedos e hice una mueca.

A modo de respuesta, Arabella me dedicó una sonrisa suave y pareció perfecta.

—Mi madre ha elaborado una lista de siete hombres que son muy buen partido y de nueve que son un partido decente. Espera mover algunos hilos discretamente durante el invierno, con la esperanza de que el año que viene se dispute una competición mixta; tras ella, me comprometeré a mediados de agosto y la boda se celebrará en mayo o en Navidad del año siguiente, dependiendo de diversas variables, como puedes imaginar.

—Inquietante —dije estremeciéndome.

—Esperable —repuso Arabella sin darle importancia—. Y, como todos los candidatos están muy bien situados, presumo que no habrá más que comodidad y entretenimiento.

Parecía que la perspectiva de tener dieciséis posibles maridos entre bastidores no la afectaba. Era antinatural. Ni siquiera yo creo que a Arabella le importe tan poco su destino. Sin embargo, no lo dije en voz alta.

Acto II

El primo Archibald impone su presencia

Habiéndome acostumbrado a su ausencia física en la casa, verlo abrir la puerta fue una conmoción lamentable.

—Veo que estás infestando esta habitación —bufó.

—De muy buen grado —repliqué.

Fue entonces cuando posó la mirada en Arabella.

Hay que señalar que el primo Archibald no había vuelto a encontrarse con mi prima desde que éramos niñas, y dudo que entonces se fijara siquiera. Pero esta tarde, al verla con su vestido

azul, sentada en el sillón rosa, con los rizos dorados impecablemente peinados... Bueno, mi primo abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

—No me habían avisado de que tenía visita —balbuceó mientras entraba en la habitación apoyándose en el bastón.

—¡No tienes visita, primo Archibald! —Sonreí exageradamente—. Arabella y yo estamos disfrutando de un momento a solas.

Mi prima envolvió su voz en seda y dijo:

—Primo Archibald. Ha pasado muchísimo tiempo.

—¡Es verdad! —exclamó él mientras se pasaba la mano plana por la cabeza para aplastarse los poco entusiastas pelos que intentaban sobrevivir.

—Qué buen aspecto tienes —le dijo ella con voz melosa.

—¡Es cierto! —respondió él con una euforia hipnótica.

—Qué bastón tan distinguido.

El primo Archibald introdujo un dedo entre el cuello de la camisa y la piel y tiró para ganar algo de espacio.

Arabella se inclinó hacia él con aire cómplice.

—He venido a pasar un rato entre hermanas con mi querida Emma. Seguro que ambos estamos de acuerdo en que necesita orientación moral, pero ¿quizá te apetezca acompañarnos la próxima vez?

—Por supuesto. —Frunció el rostro entero en lo que creo que pretendía ser una especie de sonrisa. El hombre ha perdido la práctica por completo en ese arte—. Mi salón se ve honrado por tu presencia. No permitas que Emma te incomode. A veces su naturaleza puede resultar de lo más cruel.

—No lo permitiré, primo Archibald. ¿Podrías cerrar la puerta al salir, por favor?

Asintió y agachó la cabeza, que comenzó a balanceársele bajo el peso de una sonrisa grotesca mientras retrocedía hacia la puerta — con bastón y todo— y la cerraba.

Me volví hacia Arabella con los ojos abiertos como platos.

—No se merecía un rechazo tan benévolo. Aun así —admití—, en lo que al arte de despachar a alguien se refiere, lo has hecho muy bien.

—Emma, he descubierto que el mundo solo me quiere por mi apariencia. Si no la utilizara en mi beneficio, sería una necia. — Luego añadió—: Es un hombre realmente horrible, ¿no?

Acto III

Hablamos de mi acompañante inexistente

Arabella: Mamá se huele algo, Emma. Ha mencionado a tu acompañante ficticia tres veces solo en las dos últimas semanas. Creo que desea conocerla.

Emma: Dile a tu madre que mi acompañante tiene verrugas. Puede que eso la mantenga alejada.

Arabella: Pese a lo feliz que haría a mamá la idea de que una acompañante tenga verrugas, eso dificultaría bastante la selección en caso de que necesitaras a alguien para interpretar el papel.

Emma: ¡Oh, cielos! No creerás que llegará a eso, ¿verdad?

Arabella: Cosas peores han pasado.

Emma: ¿En serio? ¿Cosas peores?

Acto IV

Hablamos de los polisones

Arabella: Tus vestidos de tarde no tienen mucho polisón, Emma. Estás guapa, pero desde luego no vas a la última. Ni siquiera a la penúltima, de hecho.

Emma: La petición de que madame Tasset me hiciera los vestidos con un corte más clásico fue deliberada. Tengo que seguir poniéndome esta ropa más allá de cualquier moda pasajera de esta Temporada o de la siguiente. De ahí mis polisones casi inexistentes. Los tuyos son bastante extraordinarios. Te quedan muy bien, no obstante.

Arabella: Me aseguro de estar guapa con todo lo que me ponga.

Acto V

Arabella vislumbra al enigmático Pierce

Tras varias horas de descanso en nuestros respectivos asientos, nos trasladamos a la mesa redonda que hay al lado de la ventana para disfrutar de la segunda ración de nuestro té. Mientras estábamos allí, oímos un rumor de voces masculinas al otro lado del cristal. Como es costumbre hacer, nos asomamos a la calle. Allí estaba Pierce, que por lo visto acababa de salir de su estudio para reunirse —por desgracia para él— con El Pirata, el extraordinario señor Ben Chambers. Estaban hablando de algo y dieron unos cuantos pasos distraídos hasta detenerse no muy lejos de nuestra ventana.

—Ahí lo tienes, Arabella. Un atisbo del Ángel Vengador. Es el que no parece un bucanero. Bueno —me corregí—, al menos no de los que solo tienen una pierna y llevan un parche en el ojo.

Arabella apartó la cortina de encaje con el dorso de la mano enguantada y posó la mirada engañosamente despreocupada en la figura de Pierce. En aquel momento, este causaba muy buena

impresión. Tenía los brazos cruzados, pero una media sonrisa en el rostro. A Arabella se le curvaron las comisuras de los labios hacia arriba.

—Vaya, vaya, Emma.

—¿Es como te lo imaginabas?

—Es mucho más. —Sonrió, luego dejó caer la cortina y me miró—. Lo apruebo. Podría ser feliz contemplando a un marido así. Deberías casarte con él. Podríamos pasar los fines de semana de caza contemplando a tu marido mientras el mío paga la cuenta.

—Ese comentario ha sido terrible, Arabella.

—¿Terrible? Y yo que pensaba que era bastante práctico.

6 de septiembre

Hace una semana que Agnes parece preocupada. No para de hacer mermelada. Lo cual, según me informa Parian, es señal de que algo la tiene inquieta.

—Qué considerado por tu parte darte cuenta, Parian —dije bastante sorprendida.

Su rápida mueca de desprecio me puso en mi sitio.

—Solo lo sé porque el resto de su comida se resiente.

La mirada de reojo que le lancé le dio a Parian motivos para mantenerse en silencio.

Más tarde

Por suerte para Agnes, íse ha abierto un claro entre las nubes!

Porque, justo cuando ella volvía del mercado, ¿quién estaba a punto de llamar a la puerta de Lapis Lazuli Minor? Nada menos que la personificación de la elegancia de St. Crispian's, el duque de Islington.

—Me miró, señorita. Luego se llevó la mano al sombrero y dijo: «Buenas tardes».

—¿De verdad? —respondí—. ¿Y tú qué hiciste?

—Me quedé allí plantada como si los pies me hubieran echado raíces y, tras un silencio lo bastante prolongado como para ser respetuoso, respondí: «Buenas tardes, Su Excelencia». Y entonces el señor Pierce abrió la puerta y el duque entró.

Me relató el incidente con tan ferviente solemnidad que me mordí el interior de la mejilla para no sonreír.

—Bien hecho, Agnes. Muy bien hecho.

Poco después, al pasar por el vestíbulo, oí unas risas bastante masculinas procedentes del estudio. Esto plantea una pregunta. ¿En qué momento se le permite a una sentirse excluida?

7 de septiembre

Estaba esperándola. La orden de acudir a casa de tía Eugenia, donde hablaríamos tanto de los fantasmas de La Temporada Pasada como de los de La Temporada Futura.

Mi imaginación lo representa como un asunto inevitable y serio.

A veces, voy vestida de negro.

Por la mañana, recibí un sobre de color melocotón con la orden de acudir a Spencer House antes de las once.

Fui.

No iba vestida de negro.

En lugar de ser conducida al salón de recibir para someterme a un interrogatorio exhaustivo, me encontré a tía Eugenia en el vestíbulo, rodeada de sirvientes y baúles, dando órdenes.

—Hola, tía —dije—. ¿Se va de expedición al Yukón?

(Por la enorme cantidad de equipaje, me pareció una pregunta razonable).

(Además, ¡oro!).

Tía Eugenia no respondió de inmediato. No, dio media docena de órdenes más a su pequeño y aterrorizado ejército antes de dirigir su energía de generalísimo hacia mí.

—Nos vamos de la ciudad ahora que ha terminado La Temporada.

—Eso ya lo veo.

—No seas impertinente.

—Me sale de manera natural, tía.

Me miró de arriba abajo y dijo:

—Hum. —Luego añadió—: Nos vamos al campo. Entre varios fines

de semana de caza y diversas fiestas, pretendo tener a los hombres de mi lista preparados y dispuestos para *La Temporada*.

—*La Temporada* en la que Arabella se comprometerá.

—Exacto. Tengo planeadas seis propuestas de matrimonio. Quizá siete. Ocho me parecían excesivas y de mal gusto. Mientras estemos fuera, espero que mantengas los ojos y los oídos bien abiertos y que me envíes cualquier noticia relevante. Tengo amigos, amigos importantes de la alta sociedad, que me hacen las veces de informantes fiables; sin embargo, espero que tú también pongas de tu parte.

Y así es como lady Napoleón despliega a sus espías.

O más bien a su caballo de tiro, una tal Emma M. Lion.

—Si ya tiene amigos, amigos importantes de la alta sociedad, cumpliendo esa función —le pregunté en tono desafiante—, ¿qué podría aportar yo?

Me miró con Decepción.

—Espero que estés a la Altura de las Circunstancias, Emma, y que por una vez hagas algo por tu prima.

¿Hacer algo por una vez? ¡Será posible!

Que conste en acta que apoyo el desafortunado empeño de casar a Arabella con un hombre por el que no siente más aprecio del que debería sentir yo. ¿Qué más quiere que haga esta mujer?

Y, así, le dije:

—He sido Valiente en el apoyo a su causa, tía. Valiente con V mayúscula.

—Hasta donde alcanza mi memoria, has sido adecuada. No me mires así. Una debe tener siempre presente que la gratitud se

desvanece. Depende de ti que no me olvide de por qué te consideré valiosa en un primer momento.

—En ese caso, deje que le recuerde que he sido una maravilla. No lo habría conseguido sin mis enormes contribuciones. Me acuerdo de una tarde en la que se habló largo y tendido del guisante de olor.

Gruñó, le dio unas cuantas instrucciones a su ama de llaves y luego dijo:

—Espero que estés preparada.

—¿Preparada para qué?

—¡Por si necesito llamarte para que acudas al campo! ¿Cómo puedes ser tan tonta? ¡Y después de haberte pagado esa escuela tan cara!

No estoy mintiendo.

Mi respuesta no se hizo esperar.

—La pagué yo, tía. Me costó todo el dinero de mis padres y un gran sacrificio.

Al final de mi libro *Frases en latín para los impenitentes* hay listas de palabras útiles, como los «-cidios». Es decir, todas las palabras que describen con exactitud cómo uno ha matado a otra persona o cómo desea hacerlo; por ejemplo, «regicidio», el asesinato de un rey. Cuando he llegado a casa hace un momento, le he echado un vistazo al libro y he buscado en la lista.

¿Cuál, me preguntaba, era la palabra para la eliminación de la propia tía? No la he encontrado. Al parecer, «avunculicidio» —el asesinato del propio tío— es lo más parecido que hay. ¿Por qué? ¿Acaso no merece la pena tomarse esa molestia con las tías? ¿Son inmortales debido a algún pacto que no debe mencionarse en los círculos sociales respetables? «Parricidio» es el asesinato de un

pariente cercano. ¿Serviría eso? Mi pregunta ha quedado sin respuesta. Una palabra bastante ~~atractiva~~ interesante es «vaticidio», que es el asesinato bien de un profeta, bien de un poeta. Violento, sí, pero ¡qué combinación! (*Frases en latín para los impenitentes* cita como fuente el diccionario de 1755 del doctor Johnson y advierte que hay que tomárselo con cierto escepticismo. ¡Vaya!).

Estoy divagando.

Volviendo al vestíbulo de Spencer House:

—¿Dónde está Arabella? —le pregunté a mi pariente formidable y posiblemente inmortal por todas las razones equivocadas.

Fue entonces cuando dicha prima bajó las escaleras.

—Buenos días, Emma. Veo que mamá sigue vapuleándote.

—Así es.

Tía Eugenia, que se había acercado al espejo para colocarse bien el sombrero, dijo en tono brusco:

—¡Emma!

—¿Sí?

—Espero que no te hayas estropeado la figura. Voy a volver a mandarte a madame Tasset. Si vas a pasar todo el invierno en Londres, no puedo permitirme que ninguna persona importante te vea con ropa que no esté a la altura. Una vez que Arabella esté casada, eres libre de ir tan desaliñada y harapienta como quieras. Pero por ahora no queremos que mancilles nuestro nombre por asociación. Encarga todo lo que sea necesario, y me refiero a todo lo que sea necesario para una persona de riqueza y categoría, no para alguien como tú. Tienes una cita la mañana del 22. Anótalo. No lo olvides.

Música para mis oídos. Quizá el parricidio sea un destino

demasiado injusto para mi ~~querida~~ tía.

¿Encarcelamiento más bien?

—Obedeceré.

—Por supuesto que lo harás. Bien, ¿qué piensas hacer mientras yo no estoy?

Nada rompe tanto la ilusión de que una se ha librado de las obligaciones familiares como la pregunta de qué piensa hacer con su propio tiempo.

—Pretendo estudiar, tía. Y mantener un espíritu alegre.

Una respuesta impecable, pensé. Inofensiva.

Me equivoqué.

—¿Estudiar? —Tía Eugenia pronunció la palabra como si fuera una cucaracha—. De todo lo que... ¿Estudiar qué, si no te importa decírmelo?

—Mucho de algo.

—O de alguien —murmuró Arabella.

La miré con ira. Ella me devolvió una sonrisa.

—Con eso no me vale —insistió mi tía—. ¿Qué dice tu Agnes?

Mi verdadera Agnes dice muchas tonterías.

Mi falsa Agnes —la acompañante inexistente— dice muy poco.

—Considera que es prudente que no descuide mis estudios bíblicos, en particular la saga de los israelitas esclavizados por los egipcios, dado que tengo mucho que aprender sobre la humildad.

Tía Eugenia resopló.

—Sí, bueno, si solo lees el Éxodo, lo apruebo. Pero, si me entero de que le dedicas tiempo al Nuevo Testamento, tendré que quitarte la Biblia entera.

—¿Por qué, tía?

—Pablo.

—¿Pablo?

—Pablo. Pablo, con su caridad por encima de todo. Pablo, que se siente con derecho a reprendernos a todos como si fuéramos niños pequeños. Pablo, hablando sin parar sobre la presencia de ánimo ante las adversidades. No tengo paciencia para eso.

—Entendido. Leeré el Éxodo hasta que quede reducido a polvo y evitaré al apóstol Pablo tanto en su estado anterior como posterior a la conversión —respondí—. Queda zanjado.

—¿Zanjado? Ni mucho menos. Solo hemos acordado que leerás repetidamente el libro del Éxodo, pero no he aprobado ningún otro tipo de estudio.

—Tía, tengo veinte años y no sé decir más de media docena de raíces latinas. Debería saber latín y mil cosas más.

—La palabra «raíces» es, decididamente, de Clase Baja, Emma. Incluso para alguien como tú. No quiero volver a oírtela decir jamás. Y, en cuanto a tu errónea determinación de mantener un espíritu alegre, te lo prohíbo. Una persona de rango medio no puede permitirse mostrarse feliz por todo en todo momento. Ese es un estado de ánimo muy caro.

—¿Cómo debo mostrarme entonces?

—Con ser frívola bastará. Una apariencia de agradable estupidez prepara a una mujer para el matrimonio. Podrías estudiar eso en lugar de latín, griego o cualquier otra cosa. Cuando las lenguas están muertas es porque merecen estarlo. ¿Me he explicado bien?

No aproveché la oportunidad para decirle que en Grecia seguían hablando griego.

Una vez que todo estuvo preparado, seguí a tía Eugenia y a

Arabella hasta el exterior de la casa y esperé a que subieran al carruaje.

—Puede que te mande llamar, Emma. Es vital que Arabella cuente con todo tu apoyo, por muy menesterosa que seas. La sangre no miente. Aunque la tuya se haya contaminado.

A lo que respondí:

—¿Qué linaje la ha contaminado? ¿El irlandés o el portugués?

—No seas tonta. Si no crees que ambos han causado grandes daños, imagino que no entiendes mucho de este mundo. Estudia eso en mi ausencia. E intenta hacer todo lo que esté en tu mano para fortalecer tu sangre inglesa.

Arabella cerró los ojos y sonrió hacia el otro lado.

—Escríbeme, Emma —dijo.

Y se marcharon.

No puedo decir que vaya a echar de menos a tía Eugenia, por más entretenimiento que me proporcione. Hace que me sienta como un caballo de carreras. Un caballo de carreras al que han sometido a los mismos ejercicios una y otra vez y al que, finalmente, han dejado salir a pastar.

El alivio.

La bendita distancia.

Berkshire, como encantador condado que es, no se merece las maquinaciones invernales de tía Eugenia.

No obstante, dado que está decidida a vestirme, debo reconocer que una ampliación del guardarropa —por muy insultantes que sean sus motivaciones— no me vendrá mal.

Adenda

En el *Diario personal de Emma M. Lion*, el 6 de julio, consta que lady Eugenia Spencer utilizó la palabra «raíz». ¡Ja!

8 de septiembre

Todavía es temprano.

Estoy acurrucada en la cama con mi diario y mi Shakespeare, cuidando de que la pluma no me manche el camisón de tinta. Todo está en silencio, salvo por los ruidos del repartidor de leche a lo largo del callejón. Acabo de leer los versos pronunciados por Octavio César en *Antonio y Cleopatra*:

Se acerca el tiempo de la paz universal.

*Si el día nos es propicio, en las tres ramas del mundo
lucirá libre un único olivo.*

Me encanta ese verso: «las tres ramas del mundo».

Y ahora que tía Eugenia y Arabella han abandonado Londres, declaro que este es el tiempo de mi paz universal.

Excepto por el primo Archibald.

(Siempre excepto por el primo Archibald).

¿Y en cuanto a quién me hará compañía cuando me haya saciado de dicha y soledad?

Está Mary, por supuesto. Cuando el trabajo no la tenga demasiado ocupada.

Saffronia March regresará de Italia en cualquier momento.

Y Pierce está aquí al lado.

Estos últimos días —mientras el primo Archibald descansa en sus habitaciones—, Pierce ha dejado la puerta de su estudio entreabierta. Hemos vivido sin más formalidad que: «¿Nos tomamos una taza de té?».

Y así hemos tomado té. Casi todos los días.

Por las noches también se está creando una rutina distendida. Quizá «rutina» sea una palabra demasiado generosa, pero se ha sentado a cenar conmigo tres veces desde que empezó el mes.

Qué palabras tan maravillosas.

«Tres veces».

Pierce sale la mayoría de las noches. Es algo que no alcanzo a entender, puesto que la pierna lesionada ya suele causarle molestias a la hora del té. Anoche le pregunté si tenía muchos amigos en Londres o si pertenecía a algún club. Pierce se recostó en su silla, se encogió de hombros con indiferencia y respondió:

—A veces amigos. A veces clientes. A veces clientes potenciales.

—Su sonrisa afilada fue como el borde de una botella rota—. A veces Emma Lion, tan extraña como es.

—¡Extraña!

—Es un cumplido.

—Ah, ¿sí?

—Sí —insistió en tono tranquilo.

—¿Cómo es posible? —insistí desafiante.

—Lo extraño es bueno.

—Ah, ¿sí? —repetí.

Pierce negó con la cabeza una sola vez.

—Lo extraño es ese momento inesperado que se queda contigo, que te hace volver a pensar en él. Lo extraño es memorable y cautivador.

Arqueeé una ceja.

—«Extraño» significa raro o peculiar.

—Quizá tengamos un diccionario interno distinto.

—Sin duda alguna.
Él se rio. Y luego lo hice yo.

Sí.
Septiembre me vendrá muy bien.

9 de septiembre

Por la mañana asistí al servicio dominical (véase: *Hawkes. Sermones para un día de septiembre*) y me sentí tan inspirada que decidí dedicar media hora a examinar mi carácter con el objetivo de mejorar lo que encontrara.

Aguanté veinte minutos.

El resto de la tarde lo he pasado tumbada en la cama leyendo *Mucho ruido y pocas nueces*.

Hawkes. Sermones para un día de septiembre

El Joven Hawkes leyó la segunda epístola a Timoteo, capítulo 2:

Procura con diligencia presentarte ante Dios como digno de aprobación, como un obrero que no tiene nada de que avergonzarse, que usa bien la palabra de la verdad.

Y un soneto de Wordsworth:

*El mundo es demasiado para nosotros; pronto y tarde,
entre ganar y gastar, desperdiciamos nuestras fuerzas...*

Después, oí a una mujer murmurar una oración en la que pedía al cielo que provocara cualquier calamidad necesaria para mantener al Joven Hawkes en nuestra parroquia, ante lo cual agaché la cabeza y susurré: «Amén».

10 de septiembre

Hoy había dos cartas para Pierce.

Sus advertencias anteriores y la cesta que desde entonces ha aparecido junto a la mesita del vestíbulo parecen no solo excesivamente cautelosas, sino también demasiado grandes.

Es una cesta preciosa, eso sí.

Después de ver que sus clientes de primera hora de la tarde salían de Lapis Lazuli Minor —esta es la primera semana que recibe clientela en el estudio—, llamé a la puerta y entré cuando me invitó a hacerlo.

—Hola —lo saludé en tono alegre.

—Emma —respondió él, ocupado con su cámara.

Llevaba puesto el traje marrón oscuro, que le queda muy bien. No pude evitar fijarme en que las anteriores clientas habían sido una mujer y su bella hija.

Supongo que es inevitable parecer feliz en una fotografía si estás mirando a Niall Pierce.

—¿Le apetece que tomemos un té? —le pregunté.

—Me encantaría, pero estoy demasiado ocupado. Tengo que revelar estas placas y prepararme para otra sesión más tarde, antes de que se vaya la luz.

—¿Dónde revela las placas?

—Mi cuarto oscuro está en el segundo piso.

—Me encantaría verlo. El proceso de revelado de las placas, quiero decir.

—La invitaré a subir uno de estos días. ¿Quería algo más?

Respondí tendiéndole las dos cartas.

—Apenas cabían en la cesta. Su advertencia estaba justificada.

Fue entonces cuando capté toda su atención. Dejó lo que estaba haciendo, sonrió con aire amenazador (¡amenazador, insisto!) y adoptó una expresión desafiante.

—Usted solo espere, Emma. Se arrepentirá de este día.

11 de septiembre

Al primo Archibald le duele la pierna. Se sienta en las escaleras del vestíbulo y despotrica contra la humanidad.

Eso hace que me guste aún más la humanidad.

Y el primo Archibald, aún menos.

12 de septiembre

*NO HE PODIDO EVITAR FIJARME EN QUE TIENE LA LUZ
ENCENDIDA. ES TARDE.*

Lo es, y le echo toda la culpa a usted.

¿POR QUÉ?

Emerson.

ME ALEGRA SABERLO.

*Se lo advierto. Acabo de leer su ensayo sobre la Amistad. Y eso
significa que esperaré que esté a la altura de unos ideales
elevados y sacros.*

*«QUE SEA PARA TI, POR SIEMPRE, UNA ESPECIE DE HERMOSO
ADVERSARIO, INDOMABLE, VENERADO CON DEVOCIÓN, Y NO
UNA CONVENIENCIA TRIVIAL DE LA QUE UNO SE CANSA
PRONTO Y PRESCINDE ENSEGUIDA».*

«Mejor ser una espina en el costado de tu amigo que su eco».

EXACTO.

13 de septiembre

No-tan-amada mía:

Voy a reclamar el primero de los dos favores que me debe. La necesito la noche del 15, pero espere a que mañana le haga una visita para darle instrucciones... y el disfraz.

Jack

Madre mía.

Jack viene a casa.

Supongo que era inevitable. Tengo que pagar las consecuencias de mis pecados. La verdad es que me siento como si Caronte (Jack) le hubiera comunicado con una sonrisa mortífera a una simple mortal (yo) que debe cruzar el río Estigia.

¿Y a qué se refiere con «disfraz»?

A ver, ¿qué podría mandarme hacer que requiriera de tal cosa?

Hasta ahora no he sentido la necesidad de redactar mis últimas voluntades y testamento.

Quizá debería planteármelo.

14 de septiembre

Ha sido un día absolutamente maravilloso en todos los sentidos.

Archibald ha dedicado a dormir la mayor parte del tiempo y, el resto, lo ha pasado en sus habitaciones.

Parian ha estado remendando batines, lustrando zapatos y ayudando a Agnes a organizar la despensa.

Agnes ha celebrado la reorganización de la despensa horneando un bizcocho de vainilla.

¿Y en cuanto a mí? El clima exigía salir a dar un paseo.

Primero fui al Reed and Rite.

El Recaudo reveló que uno de los zapatos de Parian se había extraviado (es muy meticuloso con sus etiquetas).

Una ojeada a The Dalliance confirmó que todavía se imprimen libros en este mundo, a pesar del limitado poder adquisitivo de nuestra heroína.

Una visita a la casa de Saffronia March corroboró que aún no ha regresado de Italia.

Y luego mantuve una larga conversación con Primrose Hill.

Somos listas, las dos, y por lo general hablamos de todas las cosas importantes de mi vida.

Así ha sido el día.

Tan reconstituyente que ~~casí~~ casi había olvidado la nota de Jack, quien había amenazado con imponerme la carga de su presencia. Estaba en la cocina con Agnes antes de la cena cuando alguien llamó a la puerta.

Sonó como si no trajera nada bueno.

Agnes frunció el ceño.

—¿Espera a alguien, señorita?

—No —respondí—. Oh. Maldición. Sí, sí que espero a alguien. Aunque no es tanto un alguien como un algo: una amenaza con una sonrisa preciosa.

Perpleja, Agnes dijo:

—¿Quiere que abra? Creo que Parian ha salido.

La imagen de la inocente Agnes encontrándose cara a cara con Jack... Bueno, no soy una persona sin corazón. Mi *noblesse oblige* estuvo a la altura de las circunstancias.

—No —respondí—. Yo me encargaré. Por favor, *no* traigas té.

Al abrir la puerta delantera, vi una figura en el porche: algo colgado del brazo, el rostro a la sombra de la luz de la farola.

—Emma Lion.

—Jack.

—¿Va a dejarme entrar?

—En contra de mi voluntad.

Jack —un lobo de primera categoría— entró en el vestíbulo y se encaminó directamente al salón.

Lo seguí, cerré la puerta a mi espalda para evitar las miradas indiscretas y lo observé mientras tendía algo parecido a un vestido sobre el sofá. Había más volantes de los que podía contar, encaje blanco alrededor del corpiño y una sospechosa cantidad de terciopelo rojo.

También unas botas de tacón.

No presagiaba nada bueno.

En realidad, ni siquiera presagiaba.

Se burlaba.

Cuando Jack se volvió hacia mí, con las manos en los bolsillos, su satisfacción era evidente.

—Necesito que le entregue una cosa a un conocido mío —dijo—. Mañana por la noche.

—¿Un conocido suyo necesita un vestido de terciopelo rojo?

Jack esbozó una sonrisa insolente mientras se acercaba a la chimenea y se apoyaba en la repisa.

Pensé en responder con sutileza. Y fracasé.

—Ah, no, Jack. Ni en un millón de años. Estaría ridícula.

—Es lo que llevarán puesto todas las chicas.

—¿Cómo dice?

Le brillaron los ojos.

—Mi amigo estará en The Duck mañana por la noche.

—¿The Duck? —respondí.

—The Drunken Duck.

—¡Ay, Jack! ¿Me está pidiendo que...?

—Tranquilícese, bocadito de almendra. Aunque un nombre como El Pato Borracho no sea de lo más elegante, no es más que un salón de baile. Y uno de los que tienen mejor reputación, por cierto. Bastante habitual entre las élites londinenses. Y no se lo estoy pidiendo, se lo estoy comunicando. Me debe dos favores. Esto cuenta como el primero.

Me dejé caer en el sillón rosa y contemplé mi destino con ira.

Un dobladillo que me quedaría un desvergonzado palmo por encima del tobillo.

—Las botas están ahí —añadió Jack al mismo tiempo que señalaba aquellas monstruosidades de tacón—. Deberían ser de su talla. Y las medias, por supuesto. De seda.

De seda. Ay, madre mía.

~~El conjunto no era demasiado escandaloso.~~

~~Parecía escandaloso.~~

~~Era y es escandaloso.~~

Creo que es un poquito escandaloso. Al estilo *joie de vivre*.

Le dije a Jack que parecía más apropiado para París.

—Buen ojo. El diseño es parisino. Bien...

Se sacó algo del bolsillo y me lo lanzó. Titiló a la luz de la lámpara.

Lo que atrapé era una pulsera de rubíes y diamantes.

Auténtica.

Tras haber pasado el tiempo suficiente entre las amistades de mi tía, sé distinguir la realidad de la ficción en lo que a joyas se refiere. Sobre todo gracias a los maliciosos comentarios de tía Eugenia cuando identifica una falsificación.

—Cielos, fíjese en el tamaño de este rubí. —La temperatura de mis sospechas aumentó—. ¿Es robada? Jack, ¿es algo ilegal?

—¿Le pediría yo que hiciera algo ilegal? —preguntó con fingida inocencia.

Sí. Sí me lo pediría.

Pero, justo cuando abrí la boca, prosiguió:

—Lo único que tiene que hacer es ponerse esto en la muñeca derecha mañana por la noche. Basta con que se pasee entre el público en el momento oportuno. Y mi amigo se la quitará. Misión cumplida. Fácil.

¿Fácil? No lo creo.

—No voy a hacerlo, Jack. Debe de tener a alguna otra mujer que se encargue de hacer este tipo de cosas por usted.

—Me ha prohibido involucrar a Mary.

—*Otras* mujeres.

—No me fío de ellas —dijo al mismo tiempo que se encogía de hombros con desdén.

~~No~~ Me sentí halagada.

Solo un poco.

—Hágalo usted —bufé.

—No pueden verme en la misma sala que a ese hombre. Cuestiones territoriales, reputaciones y esas cosas. Se supone que mantenemos una contienda.

A saber qué significa eso, pensé.

—Lo siento mucho, pero no puede ser —dije.

Sonó muy noble ese acto de plantarme con tanta virtud.

Jack enarcó una ceja.

—Tiene una amiga a punto de volver a casa, ¿no? La señorita Saffronia March. Y luego está el queridísimo y disoluto Damian Spencer, el hermano mayor de Arabella. Está metido en unos cuantos apuros que podrían empeorar mucho si las personas apropiadas ejercieran el tipo de presión equivocada.

Era ridículo, ~~casi~~ me estaba chantajeando. Ojalá no hubiera accedido a ello. No me cuesta imaginar cómo pueden descubrirse las proezas de Damian, pero ¿cómo diablos sabe Jack que soy amiga de Saffronia March? Me moría de ganas de preguntárselo. Sin embargo, citando a tía Eugenia: «Cuando uno sabe que su ignorancia no es precisamente halagadora, es mejor no hacer alarde de ella».

Me conformé con mantenerme firme.

—Mi gente, Jack.

—Sí, su gente es intocable —concedió—. Lo único que tiene que

hacer es ir a The Duck, cruzar la sala con una sonrisa y darle a un hombre su pulsera de rubíes. La deuda estará medio pagada.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Esperaba que fuera Agnes, pero la voz que se oyó a continuación era la de Pierce.

—¿Emma?

—¿Sí?

Abrió la puerta; luego se detuvo.

—Disculpe. No sabía que tenía visita.

Jack lo miró como una serpiente hambrienta.

—No nos conocemos.

—¡Y no van a conocerse! —afirmé mientras me levantaba de un salto y cruzaba la estancia—. Lo siento, Niall, pero, por su propio bien...

—De acuerdo —dijo Pierce en un tono bastante despreocupado y sin quitarle ojo a Jack—. Agnes, lo crea o no, ha venido a buscarme y me ha pedido que le diga que ya tiene la cena lista.

Lo empujé hacia el pasillo y medio cerré la puerta detrás de mí.

—¿Eso ha hecho? ¡Qué raro! Bien por ti, Agnes. Siento que le haya enviado como mensajero.

Pierce desvió la mirada hacia el salón.

—¿Puede que Agnes supiera que tenía usted visita y no estuviera segura de lo que debía hacer?

—Nada. —Sonreí con desesperación—. No hay que hacer nada. ¿Ha cenado?

—En cierto modo.

—Lo cual significa que no. ¿Me acompaña? Agnes ha hecho pastel de carne. Iré a buscarle dentro de un momento.

Tras un único gesto de asentimiento y recorriéndome el rostro con la mirada, Pierce regresó a su estudio.

Al volver al salón, vi que Jack había encendido un cigarrillo y estaba de pie junto a la ventana, con una cortina abierta.

—¡Jack! Le va a ver alguien.

—¿Y eso es un problema? —preguntó, como si fuera del todo razonable que una joven estuviera a solas en una habitación con un estafador y un cigarrillo encendido.

Así que le dije:

—Cuando esto termine, será un alivio librarme de usted.

—Me echaría de menos, señorita Lion.

—Dudoso.

—Probable.

—¿Tiene que decirme algo más? —pregunté con una ceja arqueada.

—Solo que mañana por la noche esté vestida a las nueve. Vendrá un cabriolé a recogerla. Fíjese en que el caballo tenga una pata blanca.

—Qué enigmático.

—Y hágase algo elaborado en el pelo. Ya sabe cómo lo llevan las chicas últimamente.

Dicho esto, pasó junto a mí, me guiñó un ojo y salió por la puerta delantera antes de que me diera tiempo a disipar el humo.

Por supuesto, escondí el disfraz en los recovecos más profundos de la buhardilla antes de llamar a Pierce para cenar.

Él tuvo la cortesía de no preguntarme por mi extraña cita.

Yo tuve la descortesía de no darle explicaciones.

15 de septiembre

Empiezo a creer que el cielo y el infierno están conspirando. Muy probablemente en mi contra.

Por regla general, ni se me revuelve el estómago ni se me forman nudos en él. No, qué va; mi culpa se manifiesta de otras formas.

Esta noche ha sido una excepción. Me he encontrado fatal durante toda la aventura.

Aunque quizá no sea tanto culpa como miedo escénico. Es difícil saberlo.

Ojalá él no hubiera...

Bueno, no tendría que haber interferido de ningún modo. Esperaba la más absoluta anonimía en el salón de baile. ¿Quién se cree que es?

El vestido y el corsé que lo acompañaba no me dejaron más opción que meter a Agnes en el ajo.

—Tira tan fuerte como te atrevas, Agnes —susurré—. La cintura parece peligrosamente ajustada.

—¿Desea ponerse ese vestido tan ridículo, señorita?

—Sí, Agnes.

—Pero... parecerá una chica en un salón de baile.

Seré una chica en un salón de baile, Agnes, pensé.

—Es una velada de disfraces con amigos, Agnes —dije.

—¡Ah! Mi madre dice que la reina hace esas cosas.

Mi sonrisa fue tan falsa como el jade de imitación cuando respondí:

—Sí, seré idéntica a la reina.

Eso satisfizo a la pobre muchacha, que tiró con todas sus fuerzas.

Puede que Agnes sea pequeña, pero es capaz de apretar un corsé como la mejor.

Ni que decir tiene que, cuando me cubrí con mi viejo abrigo largo, me lo abroché hasta la barbilla.

En cuanto llegó el cabriolé —con una raya blanca en la pata del caballo—, salí corriendo por la puerta con las ridículas botas de tacón mientras Agnes me deseaba que disfrutara de la velada. El cochero no se volvió para mirarme cuando entré: era un hombre desgarrado con el sombrero calado hasta los ojos.

Me acomodé en un rincón y respiré hondo para armarme de valor.

—Van a tener que arreglarle el pelo, y a Marge le va a tocar maquillarla.

Di un respingo.

La voz iba acompañada del resplandor de un cigarrillo. Pasó medio segundo antes de que la silueta oscura de Jack tomara forma en la esquina opuesta a la mía cuando los ojos se me acostumbraron a la luz.

—Este es, sin duda, el más ridículo de los episodios —afirmé. Y era cierto—. Tendría que ser una escena de una novela desesperada.

Sonrió, el blanco de sus dientes reflejó la luz de una farola al pasar, y preguntó:

—¿Soy el héroe o el villano?

Me mordí el labio y miré por la ventana con aire malicioso.

Jack dejó escapar una risa grave en la oscuridad. Lo cual, en mi humilde opinión, zanjó la cuestión.

—El villano —dije.

Lanzó el cigarrillo por la ventanilla abierta. Como parecía una estrella fugaz, pedí el deseo de volver a Lapis Lazuli sana y salva.

—¿La tiene?

Suponiendo que el «la» se refería a la pulsera, levanté la mano para que viera el resplandor que me rodeaba la muñeca.

—¿Estamos involucrados en algún tipo de espionaje, Jack?

—El espionaje es para los patriotas, querida. Mis preocupaciones no son tan *pro patria mori*.

Eso podría habérselo dicho yo. Podría haberle dicho muchas cosas. Con la espada de doble filo de la retrospección, me planteo si debería haberlo hecho. En ese momento, me limité a dedicarle una expresión que había ensayado en Bournemouth (y de la que estoy bastante orgullosa).

A la que él respondió:

—Inesperadamente feroz, señorita Lion.

Jack me dio unas instrucciones sencillas.

—Después del número de baile principal, las chicas bajarán y se dispersarán entre el público: sonrisas, risas, coqueteos inofensivos. Debe buscar a un hombre de cuarenta y cinco años con una cicatriz larga en la mejilla izquierda, una corbata Ascot verde oscuro al cuello y una rosa blanca en la solapa. Y con esmeraldas en la pitillera. Acérquese a él, sonría, sea amable. Él le quitará la pulsera de la muñeca. Entonces será libre de irse. Este mismo coche la estará esperando en el callejón trasero. Claro. Sencillo. Ah, cuando llegue, pregunte por Marge.

Y Jack se apeó del cabriolé. Abrió la puerta mientras aún estábamos en marcha y desapareció.

He aceptado su naturaleza depredadora; sin embargo, debo

admitir que también es un poco mago.

No tardaron mucho en dejarme en The Drunken Duck.

(He ahí una frase que jamás pensé que escribiría).

El coche se detuvo en el callejón y me dirigí a la puerta trasera.

Levanté la mano, dudé y, tras decidir que me sentiría mucho más cómoda una vez que la pulsera se encontrara lejos de mi persona, llamé a la puerta. Con aire severo. De desaprobación.

Debía de tener aspecto de estar tan obstinadamente perdida como me sentía, porque la mujer que abrió la puerta —una mujer con un conjunto amarillo y rosa— dijo:

—¿Qué quieres, patita?

—Busco a Marge.

Me miró de arriba abajo.

—Muy bien, pasa.

Era un laberinto de mala iluminación y trajes baratos, y desde el fondo del pasillo me llegaban música, vítores y el tipo de groserías que enviarían a tía Eugenia a una muerte prematura.

No, debo rectificar.

El tipo de groserías que harían que tía Eugenia me enviara *a mí* a una muerte prematura.

Marge estaba en una sala llena de disfraces y chicas y, cuando me vio, frunció los labios.

—¿Eres la esposa esporádica de Jack?

—¡Perdona! —fue la única respuesta que se me ocurrió dar—. Jack ha sido mi marido una sola y única vez. No creo que merezca la palabra «esporádica».

—Sí, sí. Siéntate, bonita. Tenemos que hacer que parezcas una de las chicas.

Oh, cielos. Vaya si lo hizo.

Tras quitarme el abrigo —«Mucho mejor», murmuró Marge—, me peinaron, rizaron, cepillaron y tiraron del pelo en todas las direcciones, y luego me lo amontonaron en lo alto de la cabeza en un recogido tremendamente exagerado. Cuando empezaba a albergar la esperanza de que la tortura hubiera terminado, Marge me dijo:

—Esta noche las chicas llevan los pájaros. Allá vamos.

Y sacó un nido y dos pájaros falsos. Para ponérmelos en el pelo.

Cerré los ojos e intenté recitar un salmo.

No se me ocurrió ninguno.

Fue entonces cuando abordó el problema de mi rostro.

Colorete, algo alrededor de los ojos, los labios pintados más allá de todo pensamiento virtuoso.

—No estás tan mal una vez que te arreglas un poco, cariño.

Sin duda, el epitafio de mi futura lápida.

Emma M. Lion

RIP

No estaba tan mal una vez que se arreglaba

—No tengo que bailar, ¿verdad?

—Eso depende de qué hayas venido a hacer.

—Se supone que tengo que mezclarme con el público después de la actuación y..., eh..., bueno, encargarme de unos asuntos para Jack.

—Entonces no bailes, cielo. Espera entre bastidores hasta que las chicas terminen el número. Ya te unirás después. Tú sonríe. Es lo único que tienes que hacer.

Un plan sensato.

Era difícil que algo saliera mal.

O eso pensé yo.

Una vez que Marge me declaró «una verdadera chica pato», me llevaron entre bastidores, donde me vi rodeada de patitas (algunas lo bastante mayores como para llamarlas gallinas) que susurraban sobre esto y aquello, sobre los pretendientes que las esperaban, lo que planeaban hacer en su día libre, etcétera. Entonces comenzó la música, se alzó el telón y allá que fueron, bailando como... Bueno, desde luego no era un vals. Agarrándome la pulsera de rubíes de la muñeca derecha con la mano izquierda, me apoyé en un poste para mirar.

—No te habrás vuelto tímida, ¿eh, patita? —dijo la voz de un viejo tramoyista a mi espalda.

—No, yo...

Pero, antes de que pudiera explicarle que no pensaba lanzar patadas al aire por nadie, me empujó hacia la pista.

En primera fila y justo en el centro.

Fue un momento de petrificación absoluta.

Allí estaba yo, luchando por no caerme, parpadeando para protegerme de las luces.

Que conste y que se sepa que las candilejas son enemigas cegadoras.

Cuando tuve el buen juicio de darme la vuelta y salir corriendo, choqué de frente con una de las bailarinas y casi nos caímos las dos al suelo.

Hubo risas, más de las que me habría gustado.

Y así hice lo único que se me ocurrió.

Me volví, sonreí e hice una reverencia.

Solo para verme embestida por una bailarina que intentaba seguir la coreografía.

Me caí de bruces.

La ~~única salvación~~ cruda realidad que lo hizo soportable fue que el público me consideraba el alivio cómico.

Cómico para ellos. No un gran alivio para mí.

Cuando volví a ponerme en pie, intenté hacer unos pasos de vals para esconderme detrás del grupo de chicas. Pero, mientras avanzaba dando saltitos, ellas —todas lanzándome miradas asesinas— formaron una fila y supe lo que se avecinaba.

El temido cancán de tiempos pasados.

¡No! ¡Desde luego que no! Eché a correr a ciegas, tropecé hasta el borde del escenario mientras agitaba los brazos en un intento por retrasar lo que parecía inevitable y estuve a punto de desplomarme en los brazos de un hombre sentado en la mesa que tenía delante.

El público contuvo el aliento al unísono, y yo, negándome a aceptar tal destino, concentré todos mis esfuerzos y energía en enderezarme. Lo cual logré. Un gran alivio.

Después de dedicarle una sonrisa deslumbrante a mi público, pretendía hacer una reverencia digna, pero el tacón de una bota se me enganchó con el de la otra y me hizo salir despedida hacia atrás dando tumbos. Y aquí es donde la historia se vuelve confusa, pues lo único que recuerdo es una serie de empujones seguida de una formidable caída hacia los bastidores.

Desde el montón de terciopelo rojo en el que me hallaba, me pareció oír aplausos.

Tras recuperarme, me puse de pie y cojeé hasta la sombra más

oscura que pude encontrar.

No pasó mucho tiempo antes de que la música alcanzara un espantoso *crescendo*, las chicas acabaran con un «¡Uh, uh!» y la actuación llegara a su fin. Tras varias reverencias, mis compañeras patitas se desperdigaron entre el público. Con una mueca y después de asegurarme de que mi nido seguía en su sitio, salí por una puerta lateral que daba a la galería.

Mientras en el escenario comenzaba un número cómico, con su música ridícula y todo, intenté sonreír al pasar junto a varias mesas con hombres que buscaban llamar la atención de cualquier bailarina. Yo no estaba para tonterías y me apartaba cuando tendían las manos para atraerme hacia ellos y entablar conversación. Tenía una misión que cumplir. Mi actitud era la de Macbeth: «Lo mejor sería acabar con esto rápidamente».

Sin embargo, por muy decidida que estuviera, no vi a ningún hombre con una corbata Aston verde y una rosa blanca. Por no hablar de una cicatriz.

Me abrí paso entre las mesas delanteras entre frases como: «¡Buen espectáculo, buen espectáculo!». Mientras me dirigía hacia la parte de atrás, me topé con un grupo de jóvenes que ya se había apropiado de tres bailarinas para su diversión.

—¡Ahí hay otra!

—¡Llámalas!

—No está tan mal.

(¡Era la segunda vez en la misma noche que alguien decía que no estaba tan mal! A duras penas podría interpretarse como un cumplido).

Un patán que no paraba de reírse en otra mesa dio un paso atrás

tan rápido que casi me tiró al suelo.

—¡Cuidado! —grité cuando escapé por poco de que me derribara.

El joven se volvió. Sonrió. Y me encontré cara a cara con nada más y nada menos que mi primo, lord Damian Spencer.

¡Damian!

¡Quien se suponía que estaba persiguiendo a alguna belleza italiana!

—Perdóname —masculló—. ¿Estás ocupada? Estamos buscando a una más...

—Tengo una cita —grazné.

Entonces los ojos se le enfocaron bajo la neblina de la borrachera.

—No puede ser... ¿Emma? No. Espera. ¿Cómo te llamas?

—Jane.

Y, esquivándole, pasé a su lado a toda prisa.

Fue entonces cuando vislumbré una pitillera cubierta de esmeraldas; seguí con la mirada los dedos enguantados del hombre que se llevaba un cigarrillo a la boca y lo encendía.

Una rosa blanca. Una corbata Aston verde. Una cicatriz en la mejilla izquierda.

Parecía una persona horrible.

Sus acompañantes eran menos amenazantes, pero solo un poco.

No había mujeres en su mesa.

Me sudaban las palmas y me tragué el nudo de nervios que se me había formado en la garganta mientras intentaba pensar en la mejor forma de abordar la situación. Me abrí paso entre unas cuantas bailarinas y me acerqué por detrás. Tras agacharme, le susurré al oído lo que pensé que tal vez diría una bailarina:

—Disculpe, jefe.

Fue, sin lugar a duda, el momento más humillante de mi vida. Las palabras, que pretendían evocar una vida dura en los barrios marginales, sonaron extremadamente refinadas, como si estuviera a punto de preguntarle si la exposición de jardinería continuaría el próximo verano. No podría haber quedado más claro que estaba fuera de mi elemento.

El hombre debió de pensar lo mismo, porque volvió la cabeza con brusquedad y me miró como si me hubieran salido alas.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —preguntó con una voz ronca, cargada de sospecha.

Le puse la mano en el hombro.

—Solo charlando un rato, supongo.

Sus acompañantes sonrieron con sorna. Y él —con el rostro curtido y el cabello aceitado— levantó la mano hacia mi muñeca y la apartó.

—Vete, cariño. Siento decepcionarte.

Tardé unos instantes en darme cuenta de que me había quitado la pulsera en ese único movimiento.

—No se preocupe por mí —dije—. Si le soy sincera, preferiría estar en casa con una buena taza de té y estudiando las teorías de Euclides.

Entonces toda la mesa se me quedó mirando, así que les dediqué una sonrisa cortés antes de alejarme con paso tranquilo y chocar de lleno con la espalda de un hombre que acababa de levantarse.

Hablando de Euclides, fue una geometría bastante inoportuna.

—Mis disculpas —dijo él.

—La culpa es mía —respondí.

Y entonces se dio la vuelta.

Nos miramos a los ojos.

A él se le abrieron como platos.

—¿Pero qué...?

Acababa de toparme con el duque de Islington.

Ante el desastre que se avecinaba, intenté salir corriendo, pero unos dedos férreos me agarraron del brazo y tiraron de mí hasta que quedamos cara a cara.

—¿Qué está haciendo aquí? Respóndame.

—¡No es asunto suyo!

—Ahora sí que lo es, maldita sea.

—Islington...

Pero no me dejó articular ni una palabra más.

—¿Qué lleva puesto? ¿Cómo...? Venga. Nos vamos.

—Islington, no necesito...

Pero me apretó el brazo con más fuerza, como si fuera una niña, y empezó a llevarme casi a rastras hacia el borde de la abarrotada sala.

—No monte un escándalo —le susurré.

—Si sigue sonriendo como la necia que es, nadie le dará importancia.

—¿Que nadie le dará importancia a que el duque de Islington se lleve a una bailarina a la fuerza? ¿De verdad cree que eso no dará que hablar?

Frunció el ceño —una imagen imponente que contemplar— y, en lugar de dirigirse hacia la salida habitual, giró, conmigo a la zaga, hacia la puerta que daba a los bastidores.

—Sé dónde está el escenario —dije con tono cortante.

—Me preocupa más si sabe dónde está su sentido común.

—Me lo he dejado en la última mesa, con Euclides.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad.

Habíamos franqueado la puerta del escenario y, sin prestar atención ni a las miradas curiosas ni a las risas mal disimuladas del resto de las patitas, un Islington muy decidido se negó a detenerse hasta que encontró la salida y me sacó al aire húmedo del callejón trasero.

—Mi carruaje está esperando a la vuelta de la esquina —declaró mientras seguía tirando de mí y yo medio saltaba, medio me caía.

—Islington, tengo un cabriolé...

—Ni una palabra, señorita Lion. Ni una sola palabra. Todavía no.

Entonces, al darse cuenta de que su carruaje esperaba en una calle muy transitada, frenó en seco, frunció el ceño, me soltó el brazo, se quitó la chaqueta del esmoquin y me la echó por los hombros.

—Parece...

—¿Una verdadera chica pato?

Aquello no calmó la furia de Islington.

—¿Le parece gracioso? —espetó.

No era una pregunta. Era una condena.

La verdad es que sí me parecía un poco gracioso.

Salimos a la calle y allí estaba el carruaje de Islington. Su cochero nos vio, se mostró más que sorprendido al ver al duque con una bailarina y se dispuso a bajar. Pero Islington lo detuvo con un gesto.

—A Lapis Lazuli House, en St. Crispian's —ordenó.

A continuación, abrió él mismo la puerta del carruaje y me ayudó a medio lanzó hacia el interior.

Estaba más que indignada, así que me enderecé y me ajusté la

chaqueta sobre los hombros. Islington se sentó a mi lado y el carruaje comenzó a moverse.

—No había ninguna necesidad de que hiciera todo eso, Islington. Tenía mi propio cabriolé esperando. De hecho, estaba a punto de marcharme cuando me ha visto.

—No ha sido ninguna molestia —respondió con frialdad y mirando al frente. Aquel hombre era la furia personificada—. No puedo ni imaginarme...

—Pues no lo haga —repliqué—. ¡No tenía derecho a entrometerse!

—¿De verdad?

—¡De verdad!

Entonces se dignó mirarme.

—¿Tiene la menor idea de lo que su padre me habría hecho si la hubiera dejado en ese lugar?

Resoplé.

—¿Qué derecho tiene a invocar al fantasma de mi padre? ¡No sabía que le hubiera dejado a cargo de mi bienestar moral!

—No habría podido dormir tranquilo.

—Bueno, pues ahora seré yo la que no pueda dormir, porque me he dejado el abrigo largo en el camerino. ¡Y le he robado los pájaros a Marge!

Me llevé la mano al pelo y confirmé que todo seguía en su sitio a pesar de mi dramatismo.

—Mañana pasaré a recoger su abrigo —respondió él furibundo. Luego, al cabo de varios minutos de lo que solo puede describirse como un silencio amenazante, reanudó su ataque—. ¿Qué hacía en un lugar así? ¿Acaso... ha aceptado un trabajo como bailarina?

—¡No! Por supuesto que no. Estaba ahí con un propósito muy concreto y ya lo he cumplido.

—¿Y cuál era ese propósito?

—¡No es asunto suyo!

—¡Descarada insolente! ¿Acaso no tiene ningún sentido del decoro? ¿Está intentando que la maten?

Qué absurdo.

Me eché a reír a carcajadas.

—¿Se acuerda de hace dos semanas, cuando Pierce, usted y yo estuvimos hablando junto a la fuente hasta altas horas de la madrugada? ¡Aquel día no se habló de decoro!

—Ahí estaba a salvo. Y, dado que acabábamos de salir de casa de lady Trewartha, su reputación también lo estaba. Bailar en The Drunken Duck es un asunto muy distinto.

—Se lo repito, Islington, lo tenía todo bajo control. —Y entonces la injusticia de sus acusaciones unilaterales me vino de golpe a la mente—. ¿Qué hacía usted allí? —No respondió, solo apretó la mandíbula y se mostró tremendamente molesto. Así que añadí—: Está siendo un poquito hipócrita esta noche, ¿no le parece?

—Estaba allí porque mi primo y heredero, el joven más estúpido del imperio, no para de meterse en líos. Sabedor de que seguro que se gastaría una gran parte de su asignación en unas mesas de juego para las que no tiene aptitud, intentaba llamarle la atención de una forma discreta y severa antes de que pasara otra ruinosa noche en el club.

Una razón de peso, lo admito. Sin embargo, la mía era igual de noble.

—Está hecho todo un ángel de la guarda, Islington. Debería

reconocerme el mismo mérito.

Entonces volvió a lanzarme la severa y redundante pregunta:

—¿Qué hacía allí?

—¡No tengo por qué decírselo!

Y así continuó la discusión.

Cuando el carruaje llegó a Whereabouts Lane, golpeé el techo y el cochero detuvo los caballos.

—Gracias por su innecesaria caballerosidad, Islington. Seguiré sola hasta mi casa. Su chaqueta.

Y me la quité y se la tiré antes de apearme. Estuve a punto de torcerme el tobillo cuando la estúpida bota se me enganchó en un adoquín.

—Deje que la acompañe hasta la puerta —insistió.

—Puedo arreglármelas sola.

Y empecé a caminar por la calle con toda mi magnificencia.

Pero a los Islington, al parecer, no se les disuade fácilmente.

Al menos no al que me ha tocado a mí.

Había salido del carruaje y me estaba siguiendo por Whereabouts.

—No puede participar en ese tipo de espectáculos, Emma.

—Sí puedo.

—No creo que...

—¡Ni siquiera sabe lo que estaba haciendo!

—¿Me equivoco al suponer que es la mujer que ha estado a punto de caerse del escenario?

—¡Ha sido a propósito!

(No había sido a propósito).

(Él no tiene por qué enterarse nunca).

—¿Qué demonios se le puede haber pasado por la cabeza? ¿Ha

bebido?

—¡Por supuesto que no!

No puede decirse que fuera una batalla de Titanes, pero imagino que Zeus y los suyos habrían huido.

Discutimos sin parar durante todo el camino hasta Lapis Lazuli House, donde, de manera inesperada, vimos nada menos que al Joven Hawkes caminando por el otro lado de Whereabouts, con un libro bajo el brazo y las manos en los bolsillos.

Aquello era una broma cósmica en su máxima expresión.

Noté que se me sonrojaba la cara y, al darme cuenta de que no iba cubierta con la chaqueta de Islington, me sentí ~~algo incómoda~~ más avergonzada de lo que creo haberlo estado en toda mi vida. Hawkes levantó la vista, nos vio a Islington y a mí allí parados, torció la boca hacia un lado y luego se acercó poco a poco con una expresión indescifrable.

—Hola —saludó mientras desviaba la mirada de Islington a mí.

—Hawkes —dijo Islington en tono enérgico.

—Buenas noches —respondí con el mismo entusiasmo.

Hawkes no hizo ningún comentario sobre mi aspecto ni sobre la evidente irritación de Islington.

No estoy al tanto del grado de amistad que existe entre los dos hombres, pero parecen conocerse bastante bien.

Islington dijo:

—Nos pilla al final de una odisea.

En el mismo preciso instante, yo dije:

—Esto no es lo que parece.

Parecíamos dos escolares a los que acaban de sorprender.

Hawkes se cambió el libro de debajo de un brazo al otro. Luego,

con las manos de nuevo en los bolsillos, echó los hombros hacia delante como para resguardarse de un viento invisible.

—Lo que parece es que la señorita Lion ha participado en algún tipo de espectáculo de baile y que a Islington no le ha gustado la idea. —A continuación, nos miró a ambos con una expresión solemne en el rostro—. ¿He interpretado bien la situación?

A mí se me escapó la risa por la nariz e Islington me lanzó una mirada furiosa.

El Joven Hawkes no se inmutó.

—Todos nos hallamos en circunstancias extrañas de vez en cuando.

—Sí, bueno, la señorita Lion se ha superado a sí misma esta noche, como puede ver.

—No soy una niña sujeta a su censura, Islington.

—Su comportamiento podría indicar lo contrario.

—Sacarme a la fuerza de The Drunken Duck no dice mucho a favor de su propia madurez.

Hawkes parpadeó.

—Islington se ha autoproclamado mi ángel de la guarda —le dije al Joven Hawkes—. Lo cual, sin duda, es una desgracia para todos nosotros.

—Alguien tiene que poner freno a los ridículos enredos que parece provocar. ¿Y si le hubiera pasado algo?

—¿Algo peor que usted?

Arqueó una ceja.

Me entraron ganas de pegarle un puñetazo. Muchas ganas.

Hawkes me miró a los ojos y luego dijo sin el menor atisbo de humor:

—Me gustan los pájaros.

Respiré hondo.

—¡Gracias!

Y entonces Islington me echó a los pies de los caballos. En sentido figurado.

Por muy tentadora que tal vez le hubiera resultado la acción literal.

—¿Ha escrito su sermón para mañana, Hawkes? Quizá podría predicar algo pertinente para Emma, quien, esta noche, como usted mismo ha dicho, ha frecuentado un salón de baile. No, permita que me corrija. No ha frecuentado un salón de baile. ¡Ha bailado en él! O lo ha intentado, para ser más exactos. Su actuación ha sido de cariz cómico, eso se lo aseguro.

Mi mirada habría petrificado a los muertos.

Los Islington, sin embargo, parecen inmunes.

—Tenía mis razones —dije con los dientes apretados.

Entonces Hawkes comentó (sin ironía, debo señalar):

—Solemos tenerlas.

—Asómbrenos a ambos —me retó Islington.

No lo hice, a pesar de que las horquillas que me sujetaban el nido empezaban a resbalarse de forma desafortunada.

La situación estaba estancada.

Y se me estaba cayendo un nido de la cabeza.

Llegados a ese punto, decidí que Islington y yo íbamos a ser el uno la proverbial piedra en el zapato del otro.

Me mantuve firme.

Hawkes, al parecer, se había cansado de la escena que se desarrollaba ante él.

—Buenas noches, Islington. Señorita Lion.

Y pasó entre los dos y se alejó caminando por Whereabouts Lane hacia la oscuridad.

Harta de considerar que ya había hecho suficiente el ridículo por una noche, levanté la barbilla, volví a colocarme el nido de pájaros en lo alto del peinado delirante y dije con altivez:

—Siguiendo el ejemplo del Joven Hawkes, le deseo buenas noches, Islington.

—Buenas noches —respondió él—. Me alegro de que esté viva para ver cómo acaba el día.

Y nos separamos.

Agnes, bendita sea, estaba sentada en las escaleras delante de la puerta de mi buhardilla, dormida, con una vela a medio quemar.

—Agnes, querida —dije en voz baja—. ¿Qué estás haciendo?

Se frotó los ojos y bostezó:

—Ah, señorita Lion, sabía que necesitaría ayuda para quitarse el vestido. ¿Se ha divertido en la fiesta de disfraces?

Qué dulzura después del vinagre de Islington. Le di un beso en la mejilla.

A Agnes le gustaron tanto los pájaros que rescatamos de mi pelo que le dije que podía quedárselos para hacer un arreglo floral.

A Islington le estaría bien empleado que los colocara justo debajo de su retrato en la cocina.

16 de septiembre

Acabo de volver de la iglesia. Es muy posible que haya sido el sermón más satisfactorio de mi vida.

Al despertarme por la mañana y verme un tenue rastro de colorete en las mejillas, pensé que tal vez me conviniera rendir culto en el anonimato de mi buhardilla. Sin embargo, no deseaba que Islington creyera que me ausentaba por vergüenza.

Me vestí con recato, me recogí el pelo en un moño elegante y sin duda decoroso y subí por la Diagonal hasta la iglesia con la confianza de una puritana.

La capilla comenzaba a llenarse de los feligreses habituales.

(Aunque me fijé en que el banco de atrás estaba sin duda desprovisto de cualquier número de Réprobos).

Tras saludar de manera piadosa a algunos de mis vecinos, me senté en mi fila habitual. Ni demasiado cerca de la parte delantera ni demasiado al fondo. La señal de un alma equilibrada. No habían pasado más de tres o cuatro minutos cuando alguien se sentó a mi lado con gran determinación.

Islington. Bien vestido, con la mirada clavada al frente.

—No recuerdo haberle visto antes aquí —~~pregunté~~ lo acusé a modo de saludo—. ¿Es usted un hombre que frecuenta la iglesia?

—Lo soy cuando me interesa —respondió—. Por lo general, escucho desde el despacho de Hawkes. ¿Es usted una mujer que frecuenta la iglesia?

—Casi todos los domingos.

Lo dije en el tono más piadoso que fui capaz de emplear.

—Y todavía sigue esperando a que surta efecto, por lo que veo.
Estuve a punto de pellizcarlo.

Cuando el Joven Hawkes se puso en pie, Islington y yo nos cruzamos de brazos y nos preparamos.

Hawkes carraspeó.

Según recuerdo, este es el relato más fiel de lo que se dijo:

—Las historias bíblicas a menudo nos parecen lejanas en estos tiempos modernos. Eso les resta la intensidad y la emoción de la conexión personal y las sustituye por el sabio consuelo del mero observador. Hay ocasiones en las que la comodidad de tal perspectiva nos coloca en una posición de desventaja. Por eso, de vez en cuando, resulta útil situar ese contexto a la luz de una comparación contemporánea. Tomemos como ejemplo a la mujer sorprendida en adulterio. ¿Y si no hubiera muerto hace tiempo, sino que estuviese viva y residiendo en Londres? ¿Y si fuera bailarina en The Drunken Duck... —se oyó una oleada de murmullos confusos— y, en lugar de a un fariseo que busca sorprender a Cristo en una situación indefendible, nos imagináramos a un hombre influyente de nuestros días, cuya posición da peso a sus opiniones? Un conde o... un duque. Consideremos ahora la situación. El..., eh..., duque ha condenado a esta mujer y la ha llevado a rendir cuentas ante Dios y la comunidad por sus pecados.

»¿Y con qué nos encontramos? Con que Cristo traza una línea con el dedo en el polvo de la calle y luego invita a quien esté libre de pecado a lanzar la primera piedra. Se hace un silencio incómodo e inesperado. Uno a uno, quienes la acusaban dejan a la mujer para que se dirija a su Señor en privado. Él ajustará cuentas con ella. Él hablará de los asuntos relacionados con The Drunken Duck.

»Pero, a efectos de lo que nos ocupa hoy, no nos detendremos en el Señor Jesús y la bailarina. Confío en que Él se ocupará de ella y le ofrecerá el consejo necesario, tal como se recoge en el capítulo ocho del Evangelio de Juan. Centrémonos, en cambio, en el hombre influyente. Aquel al que se le concedió permiso para apedrear a nuestra bailarina (ya fuera de forma literal o simbólica) solo si él mismo estaba libre pecado. Sigamos a este hombre cuando se aleja de la polvorienta plaza de Jerusalén y recorre las callejuelas que conducen a su cómoda casa, a su situación privilegiada. Cristo no designó a este hombre para que fuera el juez de nuestra bailarina. No, le pidió que mirara hacia dentro, a su propio corazón. Este duque que deseaba denunciar la paja en el ojo ajeno no ha visto la viga en el suyo. Este hombre somos todos nosotros.

»En un esfuerzo por contribuir a nuestro propio progreso espiritual, he seleccionado cincuenta y tres versículos de las Escrituras de los que nosotros, el proverbial duque, podríamos aprender personalmente; una forma de mirar hacia dentro en lugar de señalar. ¿Empezamos?

Y eso fue lo que hizo.

El Joven Hawkes repasó cincuenta y tres versículos sobre todos los temas, desde la hipocresía del sepulcro blanqueado hasta el momento en el que el Antiguo Testamento asegura que el Señor mira el corazón, y no se detuvo hasta haber comentado todos y cada uno de los que había entre medias. Yo estaba emocionadísima y mi sonrisa se hacía más amplia con cada comentario. Islington permanecía tan callado como las estatuas mudas del Areópago.

Y, cuando todo terminó, cuando se cantó el himno y el servicio concluyó, me volví hacia Islington y lo vi sentado con la espalda

rígida, los brazos cruzados y mirando al frente sin parpadear. Al cabo de un rato, respiró honda y lentamente, cerró los ojos y, entonces — justo cuando me preparaba para un segundo ataque verbal—, comenzó a reírse con tal estruendo que todos los que quedaban en la capilla se volvieron para mirarlo.

Islington no retomó su acusación, ni bíblica ni de ningún otro tipo.

Al salir de la capilla, me pidió disculpas.

Unas disculpas sinceras. No a medias.

Dijo las palabras auténticas.

—Le pido disculpas, señorita Lion.

—Bien hecho —repliqué.

—Me pasé de la raya.

—Así es. Se pasó más de dos o tres rayas, me temo.

Entonces él —el duque de los hombros rectos y el humor distante — apartó la mirada de mí y dijo:

—Temía por su seguridad. Y no pude... Es decir, podría haber expresado mi preocupación de una manera más diplomática.

Sus ojos de color avellana seguían mostrando ciertos sentimientos residuales de la noche anterior. Pero, cuando me miró de nuevo a la cara, ahí había otro recuerdo. Un pensamiento ajeno a mí, podría jurarlo.

Como si no fuera solo a Emma M. Lion a quien le estuviera diciendo que tuviera más cuidado, sino a otra persona.

Vi más allá de la fachada de su porte ducal, y fue un momento demasiado largo como para resultar cómodo. Pero había captado el rastro de algún recuerdo del pasado. Y aquel hombre, tan acostumbrado a ser el único árbitro en el juego del sabueso y el conejo, se dio cuenta de ello.

Le cambió la expresión.

—Supongo que no va a contarme qué hacía allí.

—No, no es probable.

—¿Hacemos un trato, entonces? —preguntó.

—¿Qué tipo de trato?

—Yo me volveré a leer los cincuenta y tres versículos completos si usted se lee el capítulo ocho del Evangelio de Juan.

—Ay, Islington. —Suspiré—. Ya me he propuesto no volver a pecar. Aunque, si supiera lo que estaba haciendo, entendería que estaba justificado.

—¿Qué estaba haciendo?

Sonreí.

—¿Té, Islington?

—Me temo que mi madrina me ha invitado a lo mismo. ¿Podría acompañarla otro día?

—Si trae a este yo contrito, será bienvenido cuando quiera.

Abrió la boca para decir algo, se lo pensó mejor y se puso el sombrero.

—Hasta nuestro próximo..., eh..., encuentro inesperado.

¡Vaya!

Más tarde

Llevo toda la tarde pensando en Islington.

Y en lo que puede que haya vislumbrado bajo el control de sus emociones.

Me supone un misterio.

Y de esos tengo unos cuantos.

Madre mía.

Esto requiere de un recuento.

Misterios en el año de 1883
¡EMMA M. LION EXIGE RESPUESTAS!

Islington, el duque de

¿Por qué perdió su admirable control por culpa de mi estúpida aventura?

¿En quién estaba pensando cuando lo hizo?

Niall Pierce

¿De dónde es y quién es su gente?

¿Por qué se fue a Estados Unidos?

¿Cómo se hirió la pierna?

¿Por qué tiene tantos fantasmas?

(Aparte de por las consecuencias obvias de su profesión).

El Joven Hawkes

¿Por qué parece que nunca duerme?

Más tarde

Un lacayo acaba de traerme mi abrigo largo, gastado y raído.

Lo he aceptado con toda la dignidad que he sido capaz de reunir.

17 de septiembre

Todo lo esencial para la reunión en el banco

1. El Sobre, que contiene los pagos de Pierce hasta fin de año. Lo he trasladado de debajo de mi colchón a un rincón oculto en la buhardilla oeste. (Será un alivio tener esa suma a buen recaudo en el banco).
2. El tarrito con lo que he logrado ahorrar de las cuentas del hogar. Muy poco. No le he dicho gran cosa a Agnes respecto a llevar una dieta más puritana. Puede que eso cambie después de hoy.
3. Mi más humilde expresión.
4. Una pizca de valor.

Más tarde

Al llegar al banco, esperaba encontrarme con el mismo señor Penury de aspecto bancario de hace unos meses, pues confiaba en que el señor Penury de Regent's Park fuera un acontecimiento raro y singular. Una expectativa razonable. La secretaria me acompañó al despacho del banquero y cerró la puerta a mi espalda.

Penury no estaba sentado a su escritorio.

No.

Estaba revolviendo algo en una mesa situada en la esquina, cerca de una ventana.

Sobre la mencionada mesa habían servido el té de la tarde. Y había un precioso arreglo floral en un jarrón.

Iba a ser el señor Penury del parque.

Me sentí complacida, curiosa y más que un poco preocupada por si el señor Penury del Parque no era tan experto en finanzas como el señor Penury del Banco.

—¿Qué es esto? —pregunté con una sonrisa radiante.

(Una sonrisa radiante parece la respuesta adecuada a que tu banquero te reciba con flores en un jarrón).

—Esto es la señora Penury.

—Qué maravilla.

—Sí, mi esposa es una maravilla —respondió con sinceridad—. Por favor, siéntese. Tengo sus cifras preparadas. Las revisaremos dentro de un momento.

Me ayudó a acomodarme en la silla y luego él hizo lo propio.

—¿Le sirvo? —pregunté.

—Por favor. Para mí sin azúcar.

Una vez que estuvimos preparados para el refrigerio (¿cuáles son exactamente los parámetros de un refrigerio? ¿El té entra dentro de la categoría de refrigerio?), el señor Penury carraspeó.

—Para ser una mujer que ya no habla, expresa mucho sin decir nada cuando está... descontenta, digamos. Sobre todo conmigo.

Apreté los labios con fuerza, incapaz de contener la media sonrisa que se me dibujaba en el rostro. Me encantan los giros inesperados, y las confesiones matrimoniales de tu banquero entran en esa categoría.

—Mi esposa lo pasó bien con usted y con su amiga, la señorita Bairrage, cuando nos encontramos en el parque. Me di cuenta de que se pasó toda la tarde pensando en ustedes dos, así que, cuando

me indicó que le gustaría saber más, le conté su historia a grandes rasgos.

Bebió un sorbo de té, incómodo.

—Aquí debo revelarles que he traicionado su confidencialidad, pero no su confianza, señorita Lion. Mi esposa insistió en conocer los detalles y, como no solo es callada, sino también discreta, compartí con ella el infame modo en el que se vio sumida en tales apuros económicos.

La revelación fue incómoda, ~~pero no podía reprochárselo.~~

Eso no es cierto y lo elimino del acta.

Podía reprochárselo.

Y se lo reprocho.

Le reprocho su papel en todo el asunto.

Por muy considerado que fuera el detalle del té.

En cuanto a que se lo haya contado a la señora Penury, creo que su silencio es digno de confianza. Mi vergüenza es, probablemente, la única consecuencia de su indiscreción.

Es algo con lo que vivo bastante a menudo.

Y entonces comenzó un torpe intento de reparar el daño según los criterios de su esposa.

—Se disgustó mucho conmigo cuando... Eh... A lo que me refiero es a que... Verá, mi esposa cree que debería haber... Ella es muy... Teniendo en cuenta toda la situación, cree que podría y debería haber hecho más para localizarla y asegurarme de que entendía lo que el señor Flat estaba haciendo con la renta de la casa. Que debería haber prestado más atención a la disminución de los fondos. Que debería haber averiguado si usted disponía de algún otro dinero. Me escribió una carta muy larga al respecto. La tercera en

todos los años que han pasado desde que dejó de hablar. Señorita Lion... —me miró—, cuando mi esposa escribe, le hago caso.

—En ese acto reside la sabiduría —dije.

De forma más cáustica de lo que pretendía.

—Sí, bueno. Ella la ha invitado a este té en señal de su solidaridad de hermana (las flores son para usted) e insiste en que su estabilidad financiera debería ser la preocupación más acuciante de este banco. Está claro que no entiende cómo funcionan las instituciones... —Entonces se detuvo, se llevó la servilleta a las comisuras de la boca y continuó—: Mi esposa tiene razón en que mi negligencia, aunque no ilegal, fue irreflexiva e irresponsable. Me comprometo a ayudarla a recuperar la solvencia. Bien, ¿comenzamos?

Hacía tiempo que la sonrisa forzada se me había esfumado del rostro, así que me limité a asentir con la cabeza.

Fue al abrir mi expediente cuando el señor Penury del Banco hizo acto de presencia. Frunció el ceño. La boca se le convirtió en una línea apretada y majestuosa. Se sacó las gafas del bolsillo, se las puso y se aclaró la garganta mientras repasaba las cifras con voz severa.

—Bien, señorita Lion. La última vez que estuvo aquí, le mencioné dos cosas. Una, que debía aprovechar cualquier oportunidad, incluida la fortuna de sus familiares, para ahorrar todo lo posible. Dos, que debía considerar qué trabajo podría aceptar. Antes de sumar el sueldo que ganó trabajando como acompañante de la hermana del señor Flat, tenía en sus cuentas lo necesario para cubrir los gastos de un año. Tras sumar ese sueldo, ahora tiene los gastos

de dos años. ¿Sigue su inquilino en su casa? No se ha marchado, ¿verdad?

—Pues, eh... No, señor Banco. Quiero decir, Penury. Señor Penury. Mi inquilino sigue en casa, y tengo más noticias en ese sentido. —Saqué el grueso sobre de mi ridículo—. Le he alquilado mi salón grande como estudio para hacer retratos. En este sobre encontrará su alquiler tanto del apartamento como del estudio hasta finales de año.

El señor Penury tomó el sobre y contó los billetes moviendo la lengua de la mejilla izquierda a la derecha mientras lo sopesaba.

—Bien hecho, señorita Lion. ¡Bien hecho! Le ha cobrado una buena cifra. Me alegro de que se mantuviera firme en su precio y no cediese. Diría incluso que ha salido ganando.

—¿De verdad? Bueno, Pierce... Es decir, fue el propio señor Pierce quien sugirió la cifra. Dijo que era justa.

—Lo es. A su favor. Bien, bien.

Y anotó unos cuantos números en una hoja de papel en blanco.

Yo oscilaba entre querer estrangular a Pierce y querer santificarlo.

—Bien, ¿ha conseguido ahorrar algo desde la última vez que la vi? —preguntó el señor Penury a continuación.

Le entregué mi tarrito.

Contó las monedas y depositó la mayoría junto al sobre. Me devolvió el puñadito restante.

—No supone una gran diferencia, pero todo ayuda. ¿Sigue aún el presupuesto que le marqué?

—Pues... Bueno, sí. Es decir, sigo pagando las cuentas mensuales con los fondos que quedaban en Lapis Lazuli House —expliqué—. No creo que nos hayamos pasado demasiado. Sin embargo, hubo un

incidente con un gato, y ahora el señor Flat se está recuperando de una pierna fracturada. Tuve que pagar al médico. En cuanto al único otro gasto digno de mención, supongo que debería hablar con mi cocinera. Puede que nos hayamos excedido, algo que corregiré. Los duques no necesitan tres postres, por muy distinguidos que sean.

El señor Penury juntó las cejas.

—¿La está cortejando un duque?

Rompí a reír.

—¡Uy, no, señor Penury! No está cortejándome. ¿Acosándome? Bastante. ¿Sermoneándome? Sí. ¿Fastidiándome? Sin duda alguna.

Penury dejó escapar un suspiro de pesar.

—Qué lástima. Un matrimonio ventajoso resolvería todo esto y más. ¿Está buscando casarse? Es su plan más sensato.

Entonces me tocó a mí soltar un suspiro. Uno cargado de algo un poco más afilado que el pesar.

—Señor Penury, creo que lo mejor es dar por hecho que debo encontrar un modo de conservar Lapis Lazuli House como *femme sole*. Aunque la Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas se aprobara el año pasado (causando una enorme conmoción en el corazón de los hombres de todo el país) y eso signifique que, en caso de matrimonio, la propiedad de Lapis Lazuli House seguiría siendo mía, creo que es prudente no casarme con un hombre por dinero, no sea que la necesidad me nuble el juicio y me encuentre atada a un necio. Creo que su esposa, de hallarse aquí presente, estaría de acuerdo.

El ceño de Penury se hizo aún más profundo. Juntó la yema de los dedos de ambas manos a la altura de la cintura.

—En eso tiene razón. Sin embargo, si apareciera el hombre

adecuado, y el dinero se parece más al amor de lo que uno podría suponer en un principio, no le dé la espalda a la oportunidad de ser feliz por el mero hecho de que él tenga los medios para salvarla.

Era lo más fiscalmente romántico que había oído en mi vida.

—De acuerdo —respondí.

Mi mente estaba de acuerdo.

¿Mi corazón? Bueno. Mi corazón piensa que Saffronia March ha tenido un éxito tremendo en su carrera de solterona (al fin y al cabo, tiene treinta y seis años) con tanto viajar de un lado para otro por Europa pintando a condes italianos.

—¿Tiene motivos para creer que su inquilino (el señor Pierce, ¿no?) pretende quedarse más allá de fin de año?

—¡Por supuesto! —respondí con una certeza rotunda.

Qué pregunta tan absurda me había hecho. ¿Por qué no iba a quedarse Niall? ¿Por qué tendría Niall Pierce siquiera la menor necesidad de marcharse?

Qué perspectiva tan triste.

No me gusta pensar en ella.

—Bien —continuó Penury—. Eso nos deja la cuestión de qué trabajo podría hacer usted para complementar el alquiler del señor Pierce.

Mi mirada vacía no se debía solo a la falta de entusiasmo por la idea, sino a un vívido recuerdo de mis tristes años en Bournemouth. Pero Emma M. Lion mantuvo la compostura decorosamente firme y no recurrió a un episodio amargo delante de su banquero.

No, eso lo reservaré para una noche amarga.

Sola. En un puente.

Mirando con desesperación el agua de más abajo. Retorciéndome

las manos y preguntándome cómo había quedado mi vida reducida a algo así. O cualquier otra cosa igual de trágica. No es que vea el tirarme al Támesis como una solución viable a mis males.

Para eso tenemos el té.

Y así le respondí:

—Una pregunta que he descuidado responder, ya que no tengo ni idea de para qué tipo de trabajo estoy capacitada.

Penury cogió una larga bocanada de aire y se recostó contra el respaldo de la silla.

—Fue acompañante de la hermana del señor Flat. ¿Consideraría volver a hacer ese tipo de trabajo?

—No.

—¿No?

—No, señor Penury, no volveré a considerar ese tipo de trabajo nunca jamás.

—Entiendo. ¿Por qué no elabora una lista de sus logros, de cualquier habilidad especial que tenga? Yo me encargaré de hacer averiguaciones por mi cuenta. Dispone de algo de tiempo ahora que ha alquilado el salón, pero, a principios del año que viene, tendrá que estar trabajando en algo, señorita Lion.

Asentí con más convicción de la que sentía.

—Intente recortar su presupuesto. Como sea. Tiene otro reto por delante.

Terminamos la reunión y, antes de que me marchara, el señor Penury del Banco se levantó y empezó a maltratar las flores para intentar envolver los tallos en papel. Al darme cuenta de que el señor Penury del Parque no iba a volver durante la visita, me hice

cargo de la tarea con elegancia y salí del banco con las flores en la mano y mis escasas habilidades en la mente.

Al llegar a casa hace un momento, he encontrado una nota entre las flores.

Señorita Lion:

Los hombres insensatos llevan años malgastando el dinero de las mujeres. Y nuestro sistema financiero suele concederles el derecho de hacerlo. Espero que haya disfrutado del té y que el señor Penury le haya sido de ayuda.

Rebecca Penury

18 de septiembre

Hoy han llegado diecisiete cartas para Pierce. Avergonzada, admito que se las he dejado en la cesta.

Más tarde

El primo Archibald ha vuelto a cenar en el comedor esta noche.

Me negué a irme cuando llegó.

La batalla estaba servida.

A decir verdad, ahora que el calor del verano ha pasado, preferiría que me subieran la bandeja a mi buhardilla.

Lo preferiría con creces.

Las noches en las que Pierce no me acompaña, claro está.

No obstante, eso sería ceder terreno.

Ya he dado grandes pasos en mi recuperación de Lapis Lazuli House de manos de su malvado señor feudal. El Salón de Recibir es ahora de mi Uso Habitual. ¿El Gran Salón? Obviamente, es el Estudio de Pierce. La Sala del Desayuno es un lugar maravilloso para esconderse, ya que Agnes y yo hemos mantenido en secreto que la uso. Y guardo mi paraguas en el vestíbulo. Archibald sabe que ha perdido la primera planta.

Si insistiera, podría reclamar uno de los dormitorios de la cuarta. Sin embargo, me he acostumbrado a mi buhardilla.

Más que eso, me gusta.

Me gusta la comunicación que Pierce y yo mantenemos a través de la rendija de la pared. Teobaldo entra y sale lo bastante a menudo como para hacerme compañía. Y mis ventanas tienen vistas

a los tejados de la ciudad. Ya no me parece algo con lo que conformarme —confesión: hubo unas cuantas semanas abrasadoras en julio en las que solo era algo con lo que conformarse— y es el único lugar de la casa que no parece contaminado por Archibald.

Teniendo en cuenta que la última vez que lo visitó se cayó y se rompió una pierna, no creo que haya bises.

Todo esto para decir que sí, insistí en quedarme en el comedor para cenar. Y él también.

Recé con fervor para que nuestra comida se desarrollara en silencio.

En voz alta.

Recé en voz alta.

Cuando terminé de bendecir la mesa, vi que a Archibald le suponía un gran esfuerzo pronunciar el «amén». Al final lo hizo, pero deprisa, como si la precipitación con la que lo decía fuera una señal de desacuerdo.

Y, en menos de un minuto, el hombre ya se había lanzado a hablar.

—Veo que te pareces a tu padre en la forma en la que te vistes para cenar —afirmó con un resoplido.

—Mi padre trabajaba mucho mientras tú no hacías nada. ¿Estás seguro de que este es el rumbo que deseas que tome nuestra conversación? —respondí.

Eso me concedió tres minutos más.

Y entonces:

—Me has agriado toda la comida.

—¿Qué hay en la mesa que pueda haberse agriado, primo?

—Los guisantes.

—¿Pueden agriarse los guisantes? Si llevaran una salsa de nata, claro, pero ¿yendo solo acompañados de unas inofensivas zanahorias?

—Estar agriado es un estado del alma —respondió él.

—¿Te refieres al estado permanente de la tuya? —bromeé yo.

Me lanzó la cuchara.

Me agaché debajo de la mesa.

Fue entonces cuando se decidió que él tomaría la cena a las siete y media; yo la tomaría a las ocho.

19 de septiembre

Emma:

Hola, querida. ¿Cómo estás? ¿Ha mejorado mucho tu mundo desde que mamá y yo nos marchamos de Londres? Sí, eso sospechaba. Si pudieras ver el programa de otoño que ha ideado mamá, sentirías lástima por tu prima. A mí, sin embargo, no me importa. Me mantendrá entretenida. Aunque sea a costa de otras personas. Es lo que suele ocurrir con los entretenimientos.

Me han dado instrucción de escribirte e informarte de que lady Harlow nos ha invitado a Mulberry Hall. Esto no entraba dentro de los planes de mamá, pero difícilmente puede negarse a ir. Por lo tanto, se te ordena entrar en acción.

Mamá insiste en que tomes el primer tren a Hampshire el 27 de este mes. No te preocupes por el billete, puesto que Rollins se reunirá contigo en la estación y se encargará de dejarte ubicada. Mientras la vieja guardia se aburre jugando a las cartas, tú y yo nos lo pasaremos en grande, se mire por donde se mire. Lo disfrutarás, te lo prometo. Y el lunes volverás a Londres y a tu amada Lapis Lazuli. ¿O debería decir a tu encantador Inquilino?

Arabella

Arabella:

Me preguntaba cuánto tardaría tu madre en llamarme a filas.

Si esto fuera una orden para acudir a Spencer Court, en Berkshire, tal vez intentara amotinarme. Pero me gusta Mulberry Hall. Quizá unos cuantos días en el campo contribuyan a mis lecturas y reflexiones. En cuanto a El Inquilino, mis labios están sellados.

Emma

20 de septiembre

Damian se ha dejado caer hoy por Lapis Lazuli House. Quiero pensar que solo ansiaba visitar a su querida prima.

Una idea bonita.

Y del todo falsa.

Ha venido a investigar.

El objeto de dicha investigación era: ¿estaba Emma M. Lion bailando en The Drunken Duck?

Nuestro saludo fue cálido: me besó en la mejilla e intercambiamos unas cuantas palabras amables. Verlo esforzarse por mostrar buenos modales me resultó delicioso.

Mientras que Arabella es la rosa inglesa de ojos azules y cabello rubio, Damian... no lo es.

En realidad, no es nada ni remotamente parecido.

Tiene los ojos castaños, del color anodino del cuero de las botas. El pelo es una versión más oscura de lo mismo y tiende a caerle sobre el ojo izquierdo sin la menor gracia. Su rostro no es desagradable, pero tampoco atractivo. Tan solo se mantiene en un punto normal y corriente entre ambos extremos.

Todo eso hasta que sonrío. Madre mía.

Cuando Damian Spencer sonrío, ocurre algo que solo puede explicarse como hechicería. Parece Puck disfrutando de un alegre baile con nosotros, los mortales; se le iluminan los ojos, el pelo se le rebela con aire cautivador y dos pícaros hoyuelos le adornan las mejillas.

Por eso Damian decidió, al inicio de su carrera como ser humano,

que lo suyo era la vida de frivolidad y excesos.

Tía Eugenia dijo una vez: «Negaría que es hijo mío si no hubiera dado a luz a esa criatura. En menos de una hora, me había guiñado el ojo y me había dedicado la más desagradable de las sonrisas».

Es posible que sea innecesario señalar que todo rastro de amor vaga perdido entre ellos.

Así pues, a pesar de que el saludo de Damian fue somnoliento — parecía que el pobre tenía dolor de cabeza—, vino acompañado de su inapropiada sonrisa de todos modos, que invocó a todas las potencias poderosas.

Podría haberle contado mi aventura sin que me juzgara.

Pero el amor y la confianza no son lo mismo, y yo lo quiero mucho.

La confianza es harina de otro costal.

—Emma —me miró con la expresión bizca de un joven que se ha acostado al amanecer—, ¿me engañó la vista o...? Eh..., ¿cómo lo diría? ¿Saliste el sábado por la noche?

—¿Salir? —fingí.

—Salir.

—Ahora que ha terminado La Temporada, es más probable encontrarme metida en casa que fuera de ella.

(Y metida en un buen lío, claro está).

Esbozó una sonrisa leve, perplejo.

—¿No estuviste...? Hum, ¿no estuviste... bailando?

—¿Bailando?

—En The Duck.

—¿The Duck, Damian?

—The Drunken Duck. El sábado por la noche. Fuera de casa.

¿Bailando con un...? —Se pasó la mano por encima de la cabeza en una mala imitación del tocado de una mujer—. ¿Un nido de pájaros en el pelo?

—¿Te imaginas que hubiera estado en The Drunken Duck con un nido en el pelo? ¿Qué diría tu madre? Seguro que me mandaría una de sus notas en un sobre melocotón.

—¿Estás segura? Se parecía mucho a ti. Se parecía muchísimo a ti. Jamás había conocido a nadie con tu mismo color de ojos. Y con tu voz.

—Damian, por mucho que me halague que pienses que soy bailarina en The Drunken Duck, no lo soy —respondí con sinceridad—. Ahora que tu madre ha dejado Londres, lo más normal es encontrarme en casa. —Hice un gesto con la mano—. Leyendo la Biblia. Hum, sí. Las amonestaciones de Pablo a las mujeres. No se lo digas a tu madre. Lo de Pablo, quiero decir. No lo aprueba. Bueno, basta ya de hablar de mí. ¿Qué estás haciendo en Inglaterra? Creía que habías jurado abandonarnos por una vida en el continente.

La sonrisa ladeada de mi primo amenazó con desmoronarse.

—Fondos, Emma, fondos. Puede que yo sea lord Spencer, pero mamá fue una fiera y consiguió que papá firmara todo tipo de tonterías antes de morir. Por tanto, mis ataduras fiduciarias solo me proporcionan unos ingresos cómodos hasta que cumpla los treinta años. Aun así, me veo en la necesidad de un generoso aumento. Supongo que tú no...

—No, yo no.

Suspiró.

—Mejor así. Este lugar no está nada mal —añadió mientras miraba a su alrededor.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Londres? —le pregunté.

—¿Yo? No lo sé. Tengo unos amigos en París. Ya veremos. Voy a evitar a mamá, si puedo. ¿Cómo está Bella?

—Arabella es la niña de los ojos de tu madre.

—Sigue dejando que la vieja la maneje a su antojo, por lo que veo.

—Comparten los mismos objetivos.

—¿Cuántos años tiene? ¿Diecinueve? Es una pena que nunca haya encontrado el valor de desafiar a mamá.

—Te lo quedaste todo tú.

Damian sonrió.

—Creo que sí.

No se quedó mucho más tiempo.

—¿Estás segura, Emma? ¿De lo de The Duck?

Me eché a reír.

Él también se rio, pero su mirada... No parecía creerme del todo.

Solo después de despedir a Damian me di cuenta de que Agnes había colocado el nido y sus respectivos pájaros en el aparador del vestíbulo. Lo cual me llevó a preguntarme si Damian también se habría dado cuenta.

Me puse las manos en las caderas, dejé caer la cabeza en señal de abatimiento y murmuré varias exquisiteces sobre mi suerte.

O sobre la ausencia de ella.

21 de septiembre

Esta mañana llueve.

Huele a Paraíso.

O a cómo olería el Paraíso si yo estuviera al mando.

No me parece que sea un comentario blasfemo, pero suena a que podría serlo. Nota para mí misma: «Consultárselo a Hawkes». Ahora que lo pienso, nunca he estudiado lo que dicen los registros teológicos sobre cuál es el aroma del Paraíso según la escritura canónica.

¿Tierra húmeda? ¿Hierba fresca? Ambas cosas conforman el aroma trascendente de la lluvia.

Y no hay más que decir.

Más tarde

¡Saffronia March está en casa! Y ha venido a visitarme. Agnes, que no sabía quién era, subió a buscarme a la buhardilla oeste, donde estaba cómodamente instalada con «Prudencia», de Emerson. «Cómodamente instalada» es una forma elegante de decir que estaba tumbada sobre un montón de cojines debajo de una mesa, con Teobaldo sentado a mi lado contando el paso del tiempo con la cola.

Tiempo de gato, claro. Que es muy distinto al nuestro.

Agnes se agachó.

—Ha venido una mujer a verla, señorita Lion.

—¿Sabes cómo se llama?

La muchacha me tendió una tarjeta. Era un naipe con un comodín

italiano. Me eché a reír, salí gateando de debajo de la mesa y, mientras me sacudía el polvo de encima, bajé al salón de recibir.

Estaba tal como la recordaba: un poquito más alta que yo, el cutis aceitunado, los ojos de color verde oscuro, la nariz fuerte, hermosa y algo torcida, los labios rojos y el vestuario más elegante y atrevido que se haya conocido en una mujer. Hoy llevaba un vestido azul cielo bordado con flores de crisantemo burdeos y naranja.

—Emma Lion, te pareces a tu madre más que nunca —dijo a modo de saludo—. Tómalo como un cumplido. Era preciosa. Pero tienes los ojos de tu padre, de eso no me cabe duda.

—¡La esperaba a principios de mes! —respondí—. Y basé esas expectativas en el calendario gregoriano, por el que supongo que ya no debe usted regirse. ¿Qué ha pasado?

—Francia.

Nos sentamos.

—¿Francia?

—Francia, Emma. Tengo una debilidad.

Y se lanzó a una perorata en francés de la cual solo alcancé a entender que amaba la locura y la comida de los franceses, más dignas que las que ofrece Londres. O eso creo. Mi francés está oxidado. Y es rústico. En Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, estudiábamos francés con una pila de informes de agricultores como única ayuda.

Si me encontrara en apuros en la Francia rural, quizá no fuera capaz de pedir ayuda, pero podría preguntarles por la salud de sus berenjenas. Y recomendar varios remedios para mantener las plagas alejadas de los viñedos.

Tendré que poner este talento en conocimiento del señor Penury.

Francés de granja.

Tal vez pudiera marcharme a trabajar a una granja en Normandía. Al principio no nos caeríamos bien (el granjero y yo), ya que él es callado, hosco y hermoso. Yo trabajaría tan duro que las manos se me llenarían de ampollas hasta quedar en carne viva. Un día, el granjero sufriría un horrible accidente. Lo cuidaría hasta que se recuperara y protegería sus calabacines de las heladas tempranas. A regañadientes, me ganaría su respeto, lo cual llevaría al amor justo en el momento en el que hubiera ganado el dinero necesario para volver a Londres y salvar Lapis Lazuli. Nos rompería el corazón. Pero él me enviaría verduras todos los años. Y yo le enviaría poesías muy malas.

Pensándolo bien, no creo que sea un plan muy sensato.

Cuando la señorita March terminó de hablar de su amor por París, le pregunté:

—¿Se ha traído algún conde italiano a casa?

—Oh, Emma. Se necesitaría a un hombre imposible para convencerme de que debo casarme. Además, los condes no son de mi agrado. ¿Un vizconde? Puede ser. El título de vizcondesa me sentaría bien. Tengo la nariz adecuada.

—Así es —convine con solemnidad.

Es totalmente cierto que parece un retrato.

—Bueno, ¿y tú qué has estado haciendo?

—¿De verdad quiere saberlo? Mi vida está bastante marcada por lo ridículo —advertí.

—Mejor aún.

Y así le conté algunos de los acontecimientos más destacados desde que salí de la escuela, ocurridos tanto en Bournemouth como

aquí, en St. Crispian's. Generalidades para las cosas importantes, detalles para las pequeñas ironías. Nada demasiado personal ni demasiado impersonal.

Al cabo de una hora de charla, la señorita March dijo:

—Me voy ya, pero ven a visitarme. ¿Qué tal el domingo por la tarde? Puedes pasarte al volver de la iglesia. Si es que sigues asistiendo, claro.

—Casi todos los domingos. ¿No tendría pensado asistir usted también, por casualidad? —le pregunté pese a que sabía que ella practica una confesión del todo distinta.

La señorita March arqueó una ceja.

—Después de haber estado en Italia, me siento demasiado católica para un servicio anglicano. Aunque lo celebre el Joven Hawkes. Por cierto, ¿cómo está? ¿Tan seductor como siempre?

—¿Seductor?

—¡Emma, sí!

Rompí a reír.

22 de septiembre

Esta mañana he visitado a madame Tasset.

—¿Y cómo se encuentra su guardarropa? —me preguntó nada más llegar.

Abrí la boca, la cerré y fruncí los labios.

—¿Que cómo se encuentra mi guardarropa?

—Eso he dicho, ¿no?

Y así le respondí:

—Bastante satisfecho. Aunque a veces se siente triste.

—Usted... —me clavó un dedo en el pecho— tiene que hacer que sus prendas estén siempre felices.

Pero, con su marcado acento, «prendas» sonó como *pgendas*.

—Creo que son felices. Algunos días, extremadamente alegres —respondí.

Emitió un gruñido de descontento y luego dijo:

—Tenemos mucho trabajo. Su tía quiere verla bien vestida, y yo tengo una gran visión. Bien...

Dio una palmada.

Otra.

Y así comenzó la conversación más extensa sobre mi vestuario que he tenido en la vida. Habría vestidos. Vestidos de recepción, vestidos de día, vestidos de noche.

—¿Necesitaré tantos? —pregunté.

—He recibido instrucciones, señorita Lion. La Temporada pasada, usted hizo las veces de una presencia humilde y olvidable. Ahora debe llamar la atención. Como prima de la señorita Spencer, su

belleza reflejará la calidad del linaje, la elegancia de su parentela. Debo crear una imagen. Desde las enaguas hasta los guantes. Todo... —hizo un gesto con la mano— perfecto. La seda será toda de Lyon. Habrá terciopelo, volantes, fruncidos, adornos, tafetán, encajes de todo tipo, cintas, borlas, sobrefaldas, zapatos de seda, bordados.

Parecía que estuviera hablando de un circo muy elegante.

—Hum. —Fruncí el ceño—. ¿Podría sugerir que no empleemos polisones demasiado agresivos en nuestra causa?

—Las mujeres llevan polisones —replicó tajante, como si yo fuera un trozo de hilo.

—Sí. Sea tan espléndida como quiera con las borlas y las cintas, pero mantengamos el carácter conservador del polisón, como hicimos la otra vez. Ya sabe que la Estética se está rebelando contra la rigidez de la alta costura en estos momentos. Solo pido unos cuantos elementos más relajados.

—Eso es demasiado bohemio para su tía —respondió madame Tasset.

—Sí, pero no para mí. Deme un poco más de espacio en la falda, por favor. Al fin y al cabo, una debe poder caminar con soltura. Soy una gran paseante.

Frunció el ceño.

—Solo si puedo compensarlo con adornos. Y terciopelos estampados.

—Como quiera. Doy por hecho que también tendré algo de ropa para el campo.

—Tendrá de todo. Incluso prendas de luto.

—¿De luto?

—Su tía dijo que era por si acaso decidía enviar a su descendencia a una muerte prematura.

—¡Arabella! —exclamé.

—Al otro.

—Oh, Damian. Sí, bueno, puede que lo haga él mismo.

Madame Tasset arqueó las cejas al mismo tiempo queladeaba la cabeza. Los largos pendientes que le adornaban las orejas emitieron un destello.

—Estoy confeccionando un guardarropa de invierno con colores intensos y oscuros. Cuando llegue la primavera, elaboraré otro con tejidos y tonos más claros.

—Sea tan generosa como sea necesario y más aún.

—Si me promete que será capaz de hacer que tal cantidad de *prendas* estén siempre felices.

—Puedo hacer felices a un montón de prendas, madame. —Crucé los dedos a la espalda, porque sabía en qué estado se encontraba mi vestuario—. Y quizá si pudiera añadir unas cuantas faldas y blusas sencillas, con botones y mangas como las de los hombres, para que me las ponga en casa... Solo cuando limpie —agregué a toda prisa al ver su expresión de horror—. Así no ensuciaré sus otras creaciones.

Se dio unos golpecitos con el dedo en la barbilla y dijo:

—*Alors commençons.*

A lo que respondí:

—*Le maïs est mûr dans le champ.*

Ella empezó a asentir, luego se detuvo y dijo:

—*Comment?*

Traducción del francés por Emma M. Lion

Madame Tasset: Empecemos.

Emma M. Lion: El maíz está maduro en el campo.

Madame Tasset: ¿Qué?

23 de septiembre

Después del servicio de la iglesia —del que el Joven Hawkes estuvo ausente—, llamé a la puerta delantera de la señorita March y me recibió el ama de llaves, que me acompañó escaleras arriba hasta el estudio del tercer piso. Saffronia March tiene una vivienda peculiar, incluso para los estándares de St. Crispian's. De ladrillo y algo torcida. Lo cual quiere decir que es de construcción irregular. O sea, que empieza en un sitio y termina en otro.

Quizá debería explicarlo...

Según cuenta la leyenda

Hubo una disputa por el terreno entre dos vecinos, ya que las tasaciones conocidas habían quedado destruidas en el Gran Incendio de Londres de 1666. Según la tradición local, los dos hombres, Clackson y Thrush, comenzaron obstinadamente la construcción de sus respectivas viviendas con los muros pegados el uno al otro mientras luchaban por cada centímetro de la supuesta línea divisoria. Se construyeron las dos plantas bajas, luego las primeras; parecía que la casa de Thrush estuviera a punto de caer sobre la de Clackson. Sin embargo, antes de que pudieran añadirle la segunda planta a cualquiera de las dos casas, se demostró, sin lugar a dudas, que el viejo Thrush era propietario de la mitad del terreno de Clackson. Este, que no deseaba empezar de nuevo, buscó clemencia. Se llegó a un acuerdo. Y así Thrush terminó su casa construyendo las plantas segunda y tercera sobre las plantas baja y primera de Clackson, con una escalera que conectaba las dos partes

irregulares de la casa de Thrush. ¿Qué pasó con el espacio vacío sobre la primera planta de Thrush? Lo convirtió en una azotea con jardín.

Y por eso la casa pasó a llamarse «La Victoria de Thrush» o «La Victoria», para abreviar.

El abuelo de la señorita March le compró La Victoria de Thrush a la propia familia Thrush. Y hace tiempo que los Clackson vendieron su sobrecargada casa a un tal Ezra Starr, que ahora tiene noventa y tres años.

Estoy divagando.

Cuando entré en el estudio de la tercera planta, vi a Saffronia March sentada a un escritorio atestado en un rincón, revisando montones de cuadernos de bocetos.

—¡Hola, Emma!

—¿Eso es Italia?

—Mayormente, sí. ¿Te apetece dar un paseo?

—Desde luego.

Busqué una silla, la liberé de sus ocupantes previos (frascos de cristal llenos de pinceles) y la coloqué junto al escritorio de la señorita March. Esta lucía un vestido negro, el pelo oscuro recogido en un moño suelto y la mente ocupada en los bocetos que se extendían ante ella mientras buscaba cuáles escogería para darles forma completa. Cada vez que terminaba con uno de los cuadernos, me lo pasaba con aire distraído y yo estudiaba con detenimiento todos los matices de forma y color. Es buenísima.

Creo que para mi padre fue un alivio poner a la señorita March bajo su ala, puesto que su propia hija —por muy querida que fuera— no tenía madera de artista.

A pesar de que no tengo ningún tipo de destreza para la pintura, sí tengo el ojo lo bastante entrenado como para saber que algún día no serán solo las obras terminadas de la señorita March las que se exhiban en los museos, sino también sus cuadernos de bocetos.

Uno de ellos contenía una carta que, dado que Saffronia no le dio la menor importancia a que estuviera allí, leí. La caligrafía con la que estaba escrita era preciosa y declaraba el amor más apasionado e imperecedero jamás conocido en un hombre. O en Italia.

—Cielos —dije sonrojada.

—¿No es maravillosa? —respondió ella—. Era atractivo, bastante alto, tenía mucho dinero y apreciaba el arte.

Arqueeé una ceja y agité la carta con gesto inquisitivo. «¿Por qué no llegó a nada?».

La señorita March respondió a mi pregunta tácita.

—Estaba comprometido con otra mujer. La carta me llegó con una invitación a la boda.

—Ah —respondí con mi mejor tono de desaprobación ducal.

Saffronia asintió con aire ausente y luego me pasó otro cuaderno de bocetos.

Fueron unas horas encantadoras. El ama de llaves preparó el té en el patio de la azotea, encima del primer piso, y allí estuvimos riéndonos de las aventuras italianas de Saffronia; ella dibujaba distraídamente mientras yo disfrutaba del sol de septiembre.

—¿Cómo ha estado hoy Hawkes?

—Ausente, por desgracia —le dije—. Un coadjutor se ha encargado del sermón y ha sido solo aceptable. Nos marchamos convertidos en un grupo de feligreses bastante abatido.

—Qué pena.

No le conté que la última vez que Hawkes me había visto fuera de la iglesia llevaba un nido de pájaros en el pelo. Hay cosas que es mejor dejar en los anales de la cada vez más tenue memoria.

—¿Cuántos años han pasado? —preguntó Saffronia tras un silencio prolongado.

Solo hay una respuesta a esa pregunta entre nosotras.

—Siete.

—¿Ya siete?

—Ajá —respondí mientras me servía otra taza de té—. Yo tenía trece años.

—Yo veintinueve —afirmó, y miró más allá de donde estábamos sentadas—. Me encontraba en París, acababan de exponerme con gran éxito en una sala en la que solo me aceptaron gracias a la influencia de tu padre. Cuando recibí aquella carta de tu madre, Emma, me... —Tragó saliva—. Se me partió el corazón. Mucho más que cuando murió mi propio padre. Declan vio mi obra por primera vez cuando yo tenía tu edad y me dijo con absoluta rotundidad que no debía hacer nada más que crear arte. Me puso en contacto con sus amigos, algunos mecenas adinerados (los pocos que podían convencerlo de que dedicara tiempo a un retrato), y tu madre tampoco se quedó atrás a la hora de ofrecerme apoyo. Y luego me escribiste que ella lo había seguido tan solo unos meses después, y me... Siento no haber podido ir a buscarte para llevarte conmigo. Para traerte de vuelta a St. Crispian's. Tenía que terminar varios encargos. Llevaba una vida que no era adecuada para una joven. Y estabas bajo la tutela de tu tía.

—Lo último que necesitaba era hacerse cargo de mí, señorita March —respondí—. No habría servido de nada. Yo buscaba

aferrarme a un hogar, no seguir a una artista en alza por todo el continente sintiéndome una carga, en cualquier caso.

No me lo discutió. Sabía que tenía razón.

Permanecimos en silencio durante media hora, cada una sumida en sus propios pensamientos.

Hasta que:

—¿Alguna vez te dijo qué...?

—No —respondí—. Nunca me lo dijo. Encenderé una vela esta noche.

—¿Esta noche? ¿Ya es 23?

Y seguimos sentadas con nuestras cavilaciones durante un buen rato.

Más tarde

He encendido una vela por mi padre.

24 de septiembre

La señora Penury del Gran Silencio, la esposa de mi banquero, me ha invitado a tomar el té.

La invitación ha llegado con el correo de hoy.

Me siento halagada. Y solo tengo tres preguntas.

Pregunta Uno: ¿Por qué?

Pregunta Dos: ¿Se espera de mí que hable todo el rato? ¿O que permanezca sumida en un silencio espléndido y anguloso?

Pregunta Tres: ¿Cómo voy a saber cuál es la respuesta correcta a la pregunta dos?

No hay, me temo, ningún precedente histórico o literario para tal situación (al menos que yo sepa). En lo que a mujeres silenciosas se refiere, mi deficiente educación solo me ha permitido conocer dos:

Juliana de Norwich, figura histórica de carne y hueso, y Lavinia, personaje shakespeariano no tan de carne y hueso.

Juliana de Norwich. Mi padre tenía la edición Cressy de sus escritos, *Revelaciones del amor divino*. Me lo leía en voz alta cuando era pequeña. (Me pregunto qué habrá sido de él. Sé con certeza que no estaba entre los libros que vendí). Por lo que recuerdo, el silencio de Juliana se debía a que se había convertido en anacoreta y había hecho voto de silencio. Pensándolo mejor, quizá no fuera una mujer silenciosa, sino simplemente aislada. ¿Me parece recordar alguna mención a una ventana a la que los vecinos podían acercarse para hablar con ella...? Si resulta que Juliana de Norwich sí hablaba, su

cociente de utilidad respecto a cómo prepararse para un té en silencio disminuye de manera considerable.

Lavinia. De *Tito Andrónico*, la obra de Shakespeare que menos le gustaba a mi padre. Pobre Lavinia. Su silencio no fue ni una elección personal ni una vocación religiosa. Le fue impuesto tras una brutal violación, durante la cual los villanos le cortaron la lengua y las manos para impedir que revelara quién había cometido el crimen. (¡Sé quiénes sois, Quirón y Demetrio!). Dado que este silencio forzado es muy distinto al de la señora Penury, no ofrece ayuda alguna.

Así pues, me lanzaré al té silencioso sin indicación alguna respecto a cómo debo abordarlo.

25 de septiembre

Hoy han llegado quince cartas para Pierce.

Y, pese a que aún quedaba mucho espacio en la cesta, empieza a preocuparme que tenga razón.

Más tarde

La casa de los Penury está en Mayfair. Una dirección que, según el Evangelio de lady Eugenia Spencer, es digna. Más o menos. «Si uno se decanta por una humildad mayor de la que yo apruebo, Emma, Mayfair es moderadamente aceptable».

¡Vaya!

Fui andando porque la economía y el ahorro son mi causa, y me sentí muy virtuosa por haberlo hecho. Sentada en un banco a la vuelta de la esquina para que se me bajara el rubor de las mejillas tras la caminata, me tomé unos momentos para recomponerme.

«Recomponerse». Qué expresión tan extraña. Para recomponerme tendría que haberme compuesto ya una primera vez. Como si una fuera una partitura musical. Si lo fuera, ¿cuál sería? ¿Emma M. Lion en re menor?

Una vez recompuesta, me acerqué a la puerta principal y dejé caer la aldaba de latón con fuerza.

El ama de llaves me invitó a pasar.

Con una sonrisa, me aferré a mi ridículo, un recurso contra lo inesperado.

Me dejaron sola en una sala bastante bonita con ventanas altas. Fruncí el ceño. No porque no me gustara la estancia, sino más bien

por lo contrario. Las casas más elegantes de Londres están sumidas en un exceso desmesurado, de manera que la muerte por pluma de avestruz te acecha a la vuelta de cada esquina. Pero eso no ocurría en la habitación de la señora Penury. Todos los muebles eran de calidad pero sin exageraciones. Los cuadros tenían marcos sencillos. Los textiles eran elegantes pero discretos. Y no había ni un solo cachivache por ningún lado.

Qué maravilla.

Justo cuando me incliné hacia delante para observar los detalles de un cuadro —obra de un aficionado, pero muy hermoso—, la señora Penury entró en la sala. Su vestido de rayas doradas y blancas reflejó la luz y fue una visión encantadora.

Me enderecé.

—Hola, señora Penury.

Una inclinación de cabeza me devolvió el saludo. Me indicó con un gesto que me sentara en el mullido sofá de respaldo alto y luego se acomodó en un sillón situado en un ángulo oblicuo respecto a mí.

El sofá estaba decidido a ahogarme en comodidad. Durante un momento, me pregunté si no tendría que agarrarme a un cojín a modo de balsa para evitar desaparecer por completo. Sin embargo, con unos pequeños ajustes, logré mantener el equilibrio.

Llegó el té.

La señora Penury se dedicó a preparar nuestro tentempié en silencio. En lugar de preguntarme si me apetecía azúcar o miel, pan o mermelada, se detenía, me observaba con aire reflexivo y elegía lo que creía que me gustaría. Parecía una especie de juego.

Vale la pena dejar constancia de que disfruté de sus elecciones.

Los minutos iban pasando en silencio y al final sentí que era mi

deber decir..., bueno, cualquier cosa. Y, aunque había planeado y ensayado una breve biografía de mi persona —tres líneas como máximo—, lo que salió de mi boca fue más generoso.

Comenzó con:

—Quizá le interese saber algo sobre mí, ya que me ha invitado a su casa. Sinceramente, llevo desde ayer preguntándome cuál sería el protocolo de este *tête-à-tête*. No hay referencias para una situación así. Juliana de Norwich me ha fallado por ser del todo inaccesible; verás, no tengo ningún ejemplar de *Revelaciones del amor divino* y, por tanto, no puedo confirmar que hiciera voto de silencio. *Tito Andrónico*, con su silenciosa Lavinia, falla a todo el mundo excepto a los carniceros más sanguinarios de entre nosotros. Así que, una vez más, al no tener indicaciones sobre cómo prefiere que se aborde su silencio, he ideado un plan en dos partes. La Primera Parte consiste en decir algunas cosas sobre quién soy, por lo que supongo que tiene un interés moderado pero no excesivo.

Respiré hondo y carraspeé.

—Mi padre es un fantasma, irlandés para más señas, y mi madre murió poco después. Doy por sentado que él necesitaba compañía. En cuanto a mí, no hay mucho que decir. Vivo en St. Crispian's y cumpliré la mayoría de edad este enero. Soy demasiado bondadosa con la gente cruel y quizá un poco desdeñosa con las jovencitas insensatas (a pesar de que bien podría ser yo misma una de ellas). Pero, la verdad, si una ha de vestir de naranja, que lo haga con clase. No hace falta convertirse en un espectáculo. ¿En cuanto a lo que se me da bien? Nada. No toco ningún instrumento. No pinto (mi pobre padre se llevó una decepción). No bailo. Bueno, sé bailar. Es

decir, en las fiestas lo hago lo bastante bien como para disfrutarlo con mesura, pero no me hago ilusiones de triunfar como profesional.

»Lo que sí hago es leer. Ya ve. No soy una completa ignorante. No tanto como me gustaría. Me refiero a lo de la lectura. No a lo de ser una ignorante. Aunque es posible que mi vicario crea que sí lo soy. Una ignorante, no lectora. Pese a que avanzo en mis estudios a paso de tortuga, se me da muy bien recordar los hechos. ¿Qué más ocupa mi tiempo? Los líos. Meterme en ellos. Líos, apuros, circunstancias de naturaleza dudosa. Un duque me ha informado recientemente de que parece que atraigo las situaciones desesperadas. Discrepo. No obstante... —levanté las manos—, no puedo negar los asombrosos sucesos que rodean a mi persona, teniendo en cuenta que Los Diez Réprobos acaban de ascenderme a Leonor de Aquitania. En cuanto sepa lo que eso significa, se lo diré. Si no es demasiado deshonroso.

Durante todo ese tiempo, la señora Penury había hecho caso omiso por completo de su té, con una expresión de sorpresa congelada en el rostro. A punto de caer presa del pánico, añadí una coda:

—Eso es mucho más, estoy segura, de lo que desea saber de mí. En cuanto a lo que yo sé de usted, es una mujer amable. Esconde notas en las flores. Una virtud. Esta estancia demuestra que no depende de las modas pasajeras, ya que la decoración es elegante pero sin exageraciones. Puede que los franceses no la aprueben. Eso no es malo del todo.

La señora Penury cerró los ojos, levantó una mano para taparse la cara, se estremeció —como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por no estallar— y luego resopló.

Me quedé paralizada. Me pregunté si no la habría roto para

siempre.

—Señora Penury, ¿se encuentra bien?

Otro resoplido, seguido de una convulsión de los hombros cuando empezó a reírse.

La mujer había permanecido en silencio durante diez años, pero menos de tres minutos en mi presencia y había sucumbido. Me daba miedo que una frase acabara por completo con su vida de silencio.

Sin embargo, después de calmarse y pasarse un dedo por debajo del ojo para enjugar una lágrima descarriada, soltó un suspiro de satisfacción y me miró con aire expectante.

—Supongo que querrá saber cuál es la Segunda Parte de mi plan. Bueno, tras una breve introducción (aunque es obvio que la brevedad ha fracasado), tenía la intención de sumirme en un silencio absoluto. —Saqué mis Emerson del ridículo, le entregué *Autoconfianza* a la señora Penury y me quedé con el libro de ensayos para mí—. Por si prefiere leer a escuchar mi mal trabajada autobiografía.

La señora Penury examinó el libro, la encuadernación, el título estampado en oro. Luego, abriéndolo con ademán experto, miró la portada, la dedicatoria —que le hizo enarcar una ceja— y comenzó a leer.

—¿Es usted...? —comencé, pero levantó un dedo sin apartar la vista de la página.

Así que me encogí de hombros, abrí mi propio libro —acabo de empezar «Experiencia»— y me puse a leer cómodamente.

Y cómodo fue.

La una en compañía de la otra, leímos y leímos y leímos.

Un buen rato más tarde, mucho después de que hubiera pasado

el lapso razonable para un té, la señora Penury cerró *Autoconfianza* con un golpe seco. Se puso en pie con el libro aún en la mano, se alisó las faldas tras sacarlas del sillón y caminó hasta un escritorio bien ordenado. Siguió un garabateo frenético.

Yo, sin saber qué otra cosa hacer, me guardé el libro en el ridículo y me dispuse a marcharme. Justo cuando estaba a punto de salir, la señora Penury se levantó de su escritorio, cruzó la estancia y me devolvió mi ejemplar de *Autoconfianza* con una mirada indescifrable. Luego, me acercó las manos al rostro, sonriendo.

Y me dio un beso en la frente.

Era imposible pasar por alto el trasfondo maternal. Tuve que parpadear para mantenerme con firmeza en el terreno de la sorpresa en lugar de en el de las lágrimas.

Sin dejar de sonreír, la señora Penury me dio unas palmaditas en la mejilla y luego regresó a su escritorio.

Me marché.

Más tarde

Acabo de verle bajar de un cabriolé. Perdóneme por decírselo, pero me ha parecido que tenía dolor.

SÍ, HE TENIDO UN LARGO DÍA DE DOLOR.

¿Le apetece cenar conmigo?

A menos que tenga pensado salir otra vez.

NI EL MISMÍSIMO DIABLO SERÍA CAPAZ DE SACARME DE CASA ESTA NOCHE. ACEPTARÉ SU INVITACIÓN CON MUCHO GUSTO.

Más tarde

Cuando informé a Agnes de que Pierce cenaría conmigo, frunció el ceño.

—¿Qué pasa, Agnes?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, señorita, he decidido no contarle a mi madre que el señor Pierce la acompaña durante la cena.

—¿Tan impropio lo consideraría tu madre? —pregunté mientras ocultaba una sonrisa bajo una expresión seria y puritana.

—Creo que cuestionaría varios aspectos, señorita.

—¿Varios? Madre mía. ¿Cuáles?

—Bueno, para empezar, que sea un solterón.

—Solo pasa unos cuantos años de los treinta, Agnes. No creo que eso cuente como ser un solterón.

—Y que usted sea una doncella. Es decir, una señorita. Es decir, una mujer casadera.

—«Casadera». Eso suena aterrador. —Tenía toda la razón, por supuesto. A simple vista, resulta más que un tanto escandaloso. Sin embargo, una debe protegerse de los Juicios de la madre de Agnes —. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez, Agnes, que no es raro que las mujeres casaderas den alojamiento y comida a otras personas? ¿Incluso a hombres solteros? Hay pensiones de ese tipo por todo Londres.

—Sí, pero él no es... Y usted está tan... Ninguno de los dos se arregla siquiera para cenar.

—Me temo que ahí nos has pillado.

Esta noche, cuando hemos terminado de cenar y nos hemos quedado sentados a la mesa charlando con tranquilidad, le he dicho

a Pierce que me marcharía el día 27 y que debía mantener a Agnes con vida si el primo Archibald se descontrolaba.

—Si es que no la mato yo mismo del susto —respondió.

Me di cuenta de que se estaba frotando la pierna lesionada en un intento de aliviar el dolor. No parecía estar funcionando.

—Creo que ha decidido que no es usted una amenaza con mayúscula, señor Pierce, solo con minúscula. Eso debería tranquilizarle un poco.

—Ah, ¿sí? —dijo él.

Pero fue una pregunta sin entonación, una que arrastraba el peso de algo más.

Busqué cualquier cosa para aligerar el momento.

—¿Sabe que creo que Teobaldo ha acabado con todos los ratones del desván?

Pierce asintió, pero, como estaba segura de que no había oído lo que había dicho, lo intenté de nuevo. Cuando la compañía está distraída, lo menos que una puede hacer es entretenerse a sí misma.

—De hecho, Teobaldo se ha convertido en corredor de apuestas y hay varios pardillos apostando por todo, desde Parian hasta el número de ratones en el jardín. Nuestro gato está amasando una pequeña fortuna y espera retirarse con una buena suma de dinero y una casa en Piccadilly.

—Ajá —respondió Pierce. Luego se quedó quieto y frunció el ceño mientras levantaba la mirada hacia mí—. ¿Acaba de decir que Teobaldo planea jubilarse en Piccadilly?

—Algo parecido.

Sonrió. Una sonrisa libre y sincera; poco común, casi infantil.

—Me alegro de que esté desplumando a los pardillos de

St. Crispian's con tanta facilidad.
—Yo también.

26 de septiembre

Los preparativos para el campo han consistido en revisar las cuentas con Agnes, asegurarme de que sabe qué debe hacer si el primo Archibald padece algún tipo de episodio de locura (llamar a Pierce) y prometerle que volveré con todas las extremidades intactas.

—Mi madre dice que no hay mayores antros de iniquidad que las casas de campo de los ingleses adinerados.

—Cielos, Agnes. Estoy consternada. Nunca he visto tales niveles de degeneración en el campo.

—Quizá estén disimulados, señorita.

—Quizá, Agnes.

Más tarde

¿ES POSIBLE QUE ANOCHE ME DEJARA EL RELOJ DE BOLSILLO EN EL COMEDOR?

iiiTiene un reloj de bolsillo!!!

¿SÍ...?

¿Ahora no está seguro de si tiene un reloj de bolsillo?

ESTOY SEGURO DE QUE LO TENGO. LO QUE ME PREGUNTO ES POR QUÉ SU ENTUSIASMO SE MANIFIESTA CON UNA EXCLAMACIÓN TRIPLE.

SIEMPRE he querido uno —una pieza antigua, de oro—, de esos

que los padres les legan a sus hijos (io hijas!). Mi padre tenía un reloj precioso y siempre soñé con que me lo regalara.

¿QUÉ LE PASÓ?

Le dieron un pisotón. Un caballo. Y bastante grande, por cierto. Fue un mes antes de que mi padre muriera, y le decía a mi madre en broma que era un presagio. Supongo que lo era. Se le estaba acabando el tiempo.

ESO ES TRISTÍSIMO, EMMA.

HACE QUE A UNO SE LE QUITEN LAS GANAS DE LLEVAR UN RELOJ DE BOLSILLO.

No deje que mi historia le disuada de ello. ¡Qué pena no llevar nunca uno! Este sería un mundo mucho menos romántico si nadie se atreviera a llevar un hermoso reloj de bolsillo. El clic cuando se abre. El chasquido cuando se cierra. El tictac de los mecanismos entremedias. Creo que escribiré una oda.

¿ODA A UN RELOJ DE BOLSILLO?

Sí. Bien, para responder a su pregunta, no. No lo he visto. Y tampoco me fijé en él después de la cena. Sin embargo, les preguntaré a Parian y a Agnes antes de marcharme por la mañana. Si está en esta casa, lo encontraré. Si no lo encuentro, quizá le convenga buscar en El Recaudo.

EL MALDITO RECAUDO.

¿SE VA MAÑANA ENTONCES?

Sí. Me voy al campo y a la entera disposición de mi fiera tía.

LE DESEO UNA SUERTE FIERA PARA HACERLE FRENTE.

Gracias, Niall.

¿CUÁNDO VUELVE A CASA?

El lunes.

HASTA EL LUNES PUES.

Hasta entonces.

27 de septiembre

Está confirmado. Emma M. Lion franqueó la puerta principal de Mulberry Hall y lady Harlow la recibió con la misma consideración solemne que a cualquier otro invitado. Incluso me asignaron mi propia habitación.

Qué lujo.

Esto es, hasta que tía Eugenia apareció e intentó rectificar su mundo.

—Oh, Lily. No es necesario que mande a Emma a la Habitación Campánula; compartirá la Habitación Rosa con Arabella.

Pero me había olvidado de lo poco que le gusta a lady Harlow ser rectificada por lady Eugenia Spencer.

—Querida Eugenia, Arabella tiene una doncella que la atiende. No las amontonemos. A Emma le encantará la Habitación Campánula y, como está en el mismo pasillo que la Rosa, las chicas tendrán sobrado tiempo para compartir secretos.

Tía Eugenia apretó los labios al tiempo que el ojo se le crispaba.

Pero no dijo nada.

Triunfo, me has honrado con tu corona dorada.

—Bien, Emma, como sabes, mi Violet está guardando reposo y no puede acompañarnos. Pero Arabella y tú no tenéis por qué preocuparos. Además de los viejos y aburridos amigos que conforman mi grupo —a tía Eugenia se le escapó un «ejem»—, he invitado a unos jóvenes que llegarán en el tren de la tarde a tiempo para la cena. Ahora, sube a tu habitación. Descansa e instálate.

Ahora mismo me estoy «instalando» sentada a un escritorio

frente a la ventana que da al parque. Me pregunto si seré capaz de arrastrar a Arabella a dar un paseo antes de que llegue la hora de cambiarse para la cena. Tendríamos que darnos prisa, porque el gong de la cena no espera a ningún paseante.

Más tarde

Humor cruel, tú eres la vida.

Tras un breve paseo en solitario —Arabella no quería ir, Arabella tampoco quería que fuera yo y me absorbió la mayor parte del tiempo—, me cambié para la cena.

Dato interesante: lady Harlow me ha asignado una doncella —asombroso— que se tomó con calma mi aspecto posterior al paseo, no dijo nada sobre el barro y me transformó en una joven presentable en un tiempo récord. Mi cabello tenía un aspecto de lo más civilizado y, tras aplicarme un toque de perfume, me mandó al salón.

Mulberry Hall es grande. No siempre es fácil orientarse cuando se conoce poco el lugar. Quiso la suerte que deambulara un poco más de lo que conviene antes de llegar al salón adecuado, que bullía con la conversación de los invitados de mayor edad. Arabella se encontraba de pie entre ellos, la preferida de todos.

Justo cuando le estaba haciendo una señal a mi prima para que se uniera a mí, lady Harlow me agarró del codo.

—Demasiados viejos y muy pocos jóvenes. Pero no te preocupes, Emma —dijo lady Harlow—. Los jóvenes caballeros han llegado hace menos de treinta minutos y tienen órdenes estrictas de bajar en breve.

Ante la perspectiva de contar con la presencia de dos jóvenes

caballeros, pensé: «Aquí estás, Emma. Lista para conocer a alguien interesante. Fuera de los límites de St. Crispian's, quiero decir».

Y entonces apareció Roland.

Un dios Sol sonriente.

Me volví hacia Arabella.

—¿Sabías que Roland iba a venir?

—Por supuesto. ¿No te alegra?

Claro que me alegraba. Así se lo dije. Y pregunté:

—¿Quién ha venido con él? Alguien nuevo e interesante, espero.

En ese mismo instante, la figura desgarrada de un joven alto, por no decir desastrosamente desmañado, entró en la habitación. Charles Goddard.

—No, Arabella —gemí—. No, no, no. Me prometiste que nos lo pasaríamos en grande en el campo. No dijiste nada de mástiles ni de jirafas ni de pretendientes no pretendidos.

—Cálmate, Emma. Los cuatro nos lo pasaremos muy bien.

—Si me pide matrimonio...

—No puede —me aseguró Arabella—. Mi madre le ha dicho que tendrá permiso para casarse contigo una vez que yo esté establecida. Eso te da al menos un año para hacer algo lo bastante imprudente como para acabar con cualquier posible idea de unión entre ambos. En cuanto a qué podría ser ese algo imprudente, te sugiero que te fugues con tu Inquilino. Ya vivís prácticamente en una unión de hecho, según están las cosas.

Roland y El Desafortunado se encaminaron hacia donde nos encontrábamos Arabella y yo, y tuve la ingenuidad de pensar que, al igual que Roland había pasado de ser un niño horrible a..., bueno,

un semidiós, quizá ahora Charles Goddard resultara más interesante y menos irritante de lo que lo recordaba.

Me equivoqué incluso solo con esperarlo.

Ni que decir tiene que, aunque no nos sentamos juntos durante la cena —a lady Harlow le gusta desesperar un poco a sus invitados jóvenes la primera noche para que, al día siguiente, se alegren cuando los lance al uno contra el otro—, él me dedicó varias sonrisas de media luna desde el otro lado de la mesa. Le conferían un aspecto como de estar a punto de morir de viruela.

Cálmate, Emma.

Esto también pasará.

28 de septiembre

A pesar de lo que puedan decir, no empujé a Charles Goddard al lago a propósito. Yo estaba intentando recuperar el equilibrio y él estaba intentando tener un gesto galante.

Y el desastre sobrevino.

29 de septiembre

Anoche, después de cenar, cuando los hombres y las mujeres se sentaron a jugar a las cartas, Charles me acorraló. Es una afirmación literal.

Me acorraló en una esquina.

Era imposible escapar.

¿Cómo describir a Charles Goddard desde las distancias cortas? Bueno, verle la cara requiere estirar el cuello al máximo. Tiene una voz de registro medio que tiende a tornarse un tanto jadeante cuando quiere hablar. En especial conmigo. Tiene los dientes perfectamente alineados, lo cual, por desgracia, se convierte en un inconveniente en lugar de en una ventaja, dado que tiene las orejas de soplillo (las orejas de ese hombre son de lo más sorprendente); la forma de sus ojos es un círculo perfecto, tiene el pelo de un marrón fangoso y anodino y su nariz parece la de un niño.

Será mejor que no hablemos de sus labios. Sin embargo, si una viera pescado en el menú, podría recordar los mencionados labios con una nitidez alarmante.

Era ~~casi~~ indecente la proximidad combinada con el extraño encorvamiento de su persona para poder mirarme a la cara y susurrarme al oído al mismo tiempo.

Está mucho más comprometido con la idea de un «nosotros» de lo que había supuesto hasta ahora.

Registrarlo todo aquí es una tarea irrealizable, así que presento las nimiedades más notables que se susurraron:

—Señorita Lion. Es una suerte encontrarme aquí, este fin de

semana, con usted. Las probabilidades parecen astronómicas. ¿No cree? ¿Siente lo afortunados que somos? Sé que su tía me ha exigido que mantenga a raya mis pasiones, pero las siento. Mis pasiones. Como cabría esperar. «Pasión» proviene del latín *pati*, que significa sufrimiento o resistencia. Soporto el sufrimiento por usted, señorita Lion. Y, aunque no debemos hablar de las cosas que están por venir, solo diré que pienso en... —interrumpió su susurro para tomar un poco de aire— el banquete de nuestra boda a todas horas. Usted sentada a mi lado, vestida de un blanco virginal. —Esto se dijo en voz alta. No miento. No miento. No miento—. Y yo de pie para darle la bienvenida a todo el mundo, y quizá comparta una breve historia de la iglesia donde nos casaremos. Está en mi condado natal, Surrey. Todo lo bonito ocurre en Surrey. Y luego la agarraré de la mano. Me encantan las tartas de especias en las bodas. Mamá hacía que nuestra cocinera me horneara una todas las mañanas. El té siempre era...

—Señor Goddard —logré decir al fin, cuando sentí que me invadía una peligrosa sensación de claustrofobia—. No tengo intención de casarme con usted. Lo entiende, ¿verdad?

—Lo entiendo. Su tía ha dicho que debemos esperar. La escena que he descrito no podrá tener lugar hasta dentro de un año, quizá dos. Así que debemos pensar en el futuro en silencio, en nuestro corazón. Pensar en nuestros hijos requiere toda una tarde. Un niño, luego otro niño, luego una niña, luego un niño, luego una niña, luego un niño, luego una niña, luego una niña, luego un niño.

Tomó otra larga bocanada de aire.

Y yo también.

Era una cantidad extraordinaria de partos la que le estaba

deseando a mi persona, y la idea de tener a nueve niños altos, desgarrados y de mejillas sonrosadas, con velas por orejas y unos dientes inquietantemente perfectos revoloteando a mi alrededor era una imagen tan aterradora que, cuando volvió a llenarse los pulmones, cerró los ojos y añadió «Y luego un niño», me temo que perdí toda capacidad de actuar con sensatez.

Hundí con fuerza mi zapato en el suyo.

—¡Ay! —gritó, y al agacharse se golpeó la cabeza contra la mía mientras yo trataba de escapar.

Todos nos miraron.

Según me contó Arabella en confianza más tarde, pareció que hubiéramos tenido un arriesgado encuentro amoroso.

—Disculpe, señorita Lion —dijo él con los ojos cerrados a causa del dolor y tanteando con las manos en el espacio que había frente a él, donde yo ya no estaba.

—Ay, lo siento mucho —respondí con lágrimas en los ojos por el ataque—. Mire. Mi tía me está llamando. Gracias.

Mientras tanto, Roland estaba sentado a una mesa de juego, con cuatro mujeres que lo adoraban y le doblaban la edad, sin dejar de sonreírme.

Más tarde

Roland y yo nos hemos pasado casi una hora compitiendo en tiro con arco esta tarde.

Era lo único que hacíamos juntos cuando éramos pequeños que no acababa en lesiones.

Aunque no puede decirse lo mismo de los insultos.

—¿Te apetecería apostar en esta última ronda? —preguntó

cuando nos acercábamos al final.

—¿Qué?

—Si gano, tienes que contarme todo lo que te dijo Charles Goddard.

—¡Ja!

—¿Y si ganas tú?

—Quiero un libro —contesté, y fijé mi apuesta sin ningún pudor.

Roland jugueteó con la flecha que tenía en las manos.

—Ya hemos hablado de esto, Emma. Los libros valen más que una simple conversación.

Entorné los ojos y encoqué la flecha.

—Los detalles de mi futuro banquete de boda fueron de lo más reveladores, Roland. Se utilizó la palabra «virginal». Dos veces.

Accedió al trato.

Disparamos.

Gané.

Por un estrecho margen de cinco puntos y los escasos despojos de mi dignidad.

—¿De verdad vas a negarme los detalles de tu banquete de boda?

—preguntó una vez que recuperamos las flechas de la diana.

—Sí, Roland. ¿Quieres saber por qué? Porque no los recuerdo después de haber dado a luz a un niño, luego a otro niño, luego a una niña, luego a un niño, luego a una niña, luego a un niño, luego a una niña, luego a una niña, luego a un niño. ¡Y luego a otro niño!

—¿Quiere que tengas diez hijos?

—Al parecer, está escrito en las estrellas.

—Quedarás agotada.

—No he dicho que fuera en mis estrellas, Roland.

Entonces me pegó con una flecha y lo perseguí.

30 de septiembre

Por la mañana me vi obligada a asistir a la iglesia mientras Arabella descansaba.

El sermón fue... todo un alarde.

Fue pedante y recargado, sin el menor atisbo de poesía.

Si Hawkes deja St. Crispian's en alguna ocasión, puede que me vea forzada a convertirme en cuáquera y a quedarme en casa. (¿Los cuáqueros se quedan en casa? ¿Se reúnen? ¿Desaprueban algo de lo que pueda haber hecho a lo largo del último año?).

Me tomo un momento para rezar

*Dios mío,
bendice al Joven Hawkes.
Y guárdalo.
En St. Crispian's.
Para siempre.
Amén.*

Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí. La iglesia.

Charles Goddard se sentó lo más cerca de mí que pudo ~~sin comportarse de manera irrespetuosa en una iglesia.~~

Cuando el sermón llegaba a su penosa conclusión, su mano se abalanzó sobre la mía a tal velocidad que casi podría haberse tomado por la de una alimaña.

Superó con creces lo soportable.

—Creo que voy a vomitar —murmuré, y luego me levanté y hui

por el pasillo.

Más tarde

Sé de buena tinta que Charles Goddard pasó tres horas intentando localizar a su amada enferma. «Se le revolvió el estómago durante el sermón, lady Spencer, pero no consigo averiguar adónde ha ido. ¿Deberíamos avisar a la policía?». Y fue en ese momento cuando, casualmente, lady Harlow recibió una tímida pero sincera misiva de Charles Goddard en la que le preguntaba si podría quedarse una semana más, después de que el resto de los invitados se marchara, en su hermosa casa.

Escrito por servidora.

Mientras tanto, yo había escapado a través de un arroyo y cruzado tres kilómetros de bosque y estaba tumbada en un campo de hierba alta leyendo a Emerson.

Qué decepción perpetua es la sociedad actual...

A lo cual no puedo sino responder, señor Emerson, que me resultaría imposible estar más de acuerdo.

1 de octubre

Roland y yo tuvimos la suerte de coger el mismo tren de regreso a Londres.

—Estaré en Londres unos días antes de viajar a Suffolk para pasar la mayor parte del otoño.

—¿Cazando?

—Es muy probable —respondió—. He invitado a unos amigos a venir y todos disfrutaban del deporte. ¿Tú cazas?

—No.

Aunque la imagen de Emma M. Lion con una escopeta en las manos es verdaderamente inspiradora. Lo cual me lleva a pensar en lo que dijo Pierce sobre la hermana de Islington aquella noche junto a la fuente: ¿que era capaz de disparar contra un naípe y atravesarlo mientras montaba a caballo o algo así? Madre mía. Qué aburrida soy.

Estoy divagando.

Nos sumimos cada uno en nuestros pensamientos, los míos estimulados por la lectura. Entonces Roland dijo:

—Es una pena que Charles se haya quedado, Emma. Podría haber completado el grupo de regreso a casa.

Levanté la vista de mi Emerson con aire inocente.

—Sí. Una pena enorme.

Pero Roland sonreía cuando se volvió a mirar por la ventana.

Más tarde

Lapis Lazuli House está tal como la dejé. Agnes ha limpiado el suelo

del vestíbulo, pulido la escalera y ventilado la buhardilla. Cuando llegué —casi sin aliento— me fijé en que, sobre el escritorio, había un pequeño ramo de flores otoñales recogidas a mano que se parecían sospechosamente a las que asoman por las vallas de los jardines de Primrose Hill.

En la mesita, había veintitrés cartas para Pierce.

Lo admito. Tenía razón en lo de que necesitaba una cesta.

Me encanta volver a casa.

2 de octubre

BIENVENIDA A CASA.

Gracias.

¿QUÉ TAL EL CAMPO?

Peligroso. Muy muy peligroso.

¿PELIGRO POR PARTE DE HOMBRE, AVE O FIERA?

Hombre. Aunque creo que podría clasificarse como ave. Demasiado frágil para ser una fiera.

TENIENDO EN CUENTA SU CLASIFICACIÓN ALTERNATIVA, ¿DEDUZCO QUE FUE FÁCIL MANEJARLO?

Eso pensé yo. Si recibir un pisotón firme no disuade a un hombre de intentar agarrarle la mano a una chica en la iglesia, ¿qué recursos le quedan a ella?

¿INTENTÓ TOMARLE LA MANO DURANTE UN SERVICIO RELIGIOSO?

Salí huyendo. Con Emerson.

Nos refugiamos en un campo de hierba verde hasta que pasó el peligro.

ESTÁ DEMOSTRANDO SER TODA UNA TRANSCENDENTALISTA.

¿Qué es una transcendentalista?

SIGA LEYENDO.

3 de octubre

Roland vino a visitarme por la mañana.

—Me voy mañana, así que he pensado que debía saldar mi deuda.

Me entregó el libro que me debía envuelto en papel dorado.

Acaricié la textura eufórica del papel con los dedos y solté un suspiro de satisfacción. La felicidad es que te regalen un libro.

—¿No vas a abrirlo? —me animó.

Innecesariamente.

—Es un ritual reverente, Roland.

Se echó hacia atrás e hizo un gesto de impaciencia.

Cuando por fin empecé a desenvolver el papel —tras concederle a la expectación el momento que merecía—, el corazón comenzó a latirme con fuerza. Destapé un precioso cuero azul, muy suave. Cuando le di la vuelta, leí el título en la cubierta.

Jane Eyre

Con mi nombre, una vez más, grabado en la esquina.

—Oh, Roland. Eres un encanto de persona.

Me agarré al libro y levanté la vista hacia él. Evitando que la verdad se me reflejara en el rostro. Pero Roland tenía el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es precioso.

—Algo no va bien. Puede que hayamos sido enemigos, pero conozco los códigos secretos que esconden tus expresiones. A ver si

lo adivino. Ya lo tienes. Lo noto por cómo se te hunden las cejas sobre los ojos.

Me resistía a ser sincera.

—Yo... Bueno, sí, lo tengo. Más o menos. Es decir, sí. Tengo un volumen en mi estantería. Sin embargo, no es azul, y este es precioso.

—Esta es la segunda vez que te fallo. ¿Tu biblioteca no era inexistente?

—Más o menos.

—¿Qué significa «más o menos»?

—Significa que es muy limitada. Y parece que tengo una inclinación tácita por los ejemplares duplicados. O, mejor dicho, tú tienes una habilidad sobrenatural para adivinar los que tengo.

—Dámelo. Te compraré otro.

—¡Roland! —Me lo apreté contra el pecho—. Tiene mi nombre grabado en la esquina.

—¿Y qué?

—¡Cómo que y qué! Si alguien viera un ejemplar tirado por ahí, ¿qué pensaría de mí? «Ahí está la chica que echó a Jane de casa», eso es lo que pensaría. ¡Inadmisibile!

El ceño fruncido de Roland se transformó en una mirada de decepción consigo mismo.

Hermosa congoja.

—Tenía la esperanza de comprarte algo nuevo. —Entonces una expresión de malicia le invadió el rostro—. Supongo que, si vas a tener todos esos hijos, necesitarás algo que leer durante las largas noches. No te irá mal tener un ejemplar de repuesto por ahí.

Hice una bola con el papel dorado y se la tiré.

Más tarde

Quizá debería casarme con Roland.

Él me compraría una biblioteca entera. Sería imposible que pasara más de un año antes de que me regalara un libro que no hubiera leído.

Más tarde

¿Es inmoral casarse con un hombre solo para conseguir una biblioteca?

Y, si resulta que ese hombre es tremendamente guapo, ¿es más pecado o menos?

Más tarde

Los matrimonios por interés son muy comunes.

Comunes en las iglesias, nada menos.

4 de octubre

Esta mañana ha llovido.

Dentro y fuera.

Al parecer, hay una gotera nueva en el tejado de la buhardilla oeste.

Tras encontrar un viejo cubo de metal para recoger el agua, le pregunté a Teobaldo si podría repararla mientras yo estaba en el Reed and Rite. No me hizo ni caso y fue a echarse una siesta sobre el viejo cojín que hay junto a la ventana.

Dieciocho cartas para Pierce.

¿Quién es toda esa gente?

Más tarde

La tarea de arreglar el tejado ha recaído sobre Parian.

—¡Pero si no sé hacerlo! —protestó.

—Se las ingenió para construir un destilador en Lapis Lazuli Minor antes de que el señor Pierce se mudara, ¿no?

Se le sonrojaron las mejillas, pero no admitió verbalmente el delito.

—Espero que ponga ese ingenio en práctica. Usted solo piense que el primo Archibald no puede seguirle hasta el tejado. Será un respiro bien merecido. O al menos merecido. O al menos un respiro. Merecido o no.

5 de octubre

He intentado elaborar una lista de oficios a los que podría dedicarme. Dado que he estado muy ocupada con cosas importantes...

COMO POR EJEMPLO

- * El señor Pierce
- * Emerson
- * Escapadas al campo
- * Evitar pretendientes no pretendidos

... todavía no me he tomado el tiempo necesario para reflexionar sobre mis fortalezas y cómo aplicarlas a una profesión noble. Por lo tanto, me compete (una palabra horrible, la verdad) intentarlo.

No soy un dechado de virtudes productivas, pero algo debe de haber. Sé encabezar una insurrección, ya que en la escuela lo hice en múltiples ocasiones. Ahí es nada...

Quizá debería hacer una lista.

POSIBLES VÍAS DE EMPLEO para una tal EMMA M. LION

Encabezar una insurrección:
¿Contra quién, a favor de quién?

~~Trabajo en la cocina:~~

Prescindiría de mi personal antes de probar algo así.

Secretaria personal de alguna clase:

Anodino pero posible.

Lo que hace Mary:

Máquinas de escribir; modernas, poco comunes, caras.

Lavandera:

Véase ~~Trabajos en la cocina.~~

Plantarme en una esquina y hacerles comentarios ingeniosos a los
transeúntes:

Mi verdadera fortaleza.

Tesorera de una sociedad benéfica femenina:

Siendo malversar fondos el objetivo.

Dependiente:

*¿Las dependientas ganan lo suficiente como para justificar tener dos
sirvientes?*

Bailarina en The Drunken Duck:

Soy una verdadera chica pato. Pero ¿bailar...?

Mendiga:

Aceptaré monedas o libros.

Casarme con Roland Sutherland:
Cada día me parece más aceptable.
Los dos nos merecemos algo mejor que un matrimonio de
conveniencia.
Sin embargo, ¡libros!

Quizá debería empezar por interrogar a Mary.

6 de octubre

Islington, el duque de, salía del Reed and Rite justo cuando Emma M. Lion entraba.

La escena fue como sigue:

—Disculpe —murmuré en tono cortés.

—Disculpe.

Y entonces llegó el momento del reconocimiento mutuo.

—Hola, Su Excelencia.

—¿Su Excelencia, señorita Lion? ¿En serio?

—¿Puede negar que ese es el saludo apropiado para el título que ostenta?

—Como quiera. Espero que me llame Su Excelencia en todo momento. La pondrá en su sitio.

—Islington, no sea tan formal.

Una levísima oscilación en su expresión seria.

—¿Desean tenerla como clienta aquí, en el Reed and Rite? —dijo para provocarme.

—Mi humilde óbolo vale tanto como el de un duque.

—Qué bíblica, señorita Lion. ¿Irás a la iglesia mañana?

—Sí, muy piadosamente, Islington. ¿Y usted?

—Aún está por decidir. Sin embargo, tengo la tarde libre.

Y así lo invité a tomar el té.

7 de octubre

Parian y el primo Archibald no aparecen por ninguna parte. Deben de haber salido.

Un domingo bendito, sin duda.

Más tarde

Acabo de darme cuenta de que pensaba decirle a Agnes que Islington viene a tomar el té.

No se lo he dicho.

Y ella ha salido a disfrutar de su día libre.

Estoy sola en casa (maravilloso) y soy la responsable de preparar un té adecuado para Islington (nada ideal).

No puedo enviarle un mensaje para decirle que ya no está invitado.

¿Verdad?

~~Debe de haber tarta en la despensa.~~

~~Suele haber tarta en la despensa.~~

¿Hay tarta en la despensa?

Más tarde

No, no hay.

Estoy preparada para salir hacia la iglesia en cualquier momento.

Creo que Nuestro Señor habló una vez de un buey en un pozo.

Puede que en realidad se refiriera a un Islington en el salón.

Lo cual significa, por tanto, que no habrá una Emma M. Lion en la

capilla.

Más tarde

Tengo la cara roja como un tomate. El pelo hecho un auténtico desastre. Me he quemado la mano dos veces y he intentado hacer una tarta tres. Justo cuando estaba a punto de subir las escaleras y tirarme desde la buhardilla oeste, Agnes —Ángel de Luz— irrumpió en la cocina.

—¿iSe está muriendo, señorita!? ¿Señorita?

—Estoy aquí, Agnes.

Tosí mientras dispersaba el humo con algún tipo de lata. El retrato de Islington apenas se vislumbraba.

—¿iSe está quemando la casa!?

—No. No. Solo es que... Islington viene a tomar el té. Debe de estar a punto de llegar. He quemado tres tartas y...

En el momento en el que pronuncié el nombre de Islington, Agnes se enderezó.

—¿Va a venir el duque? ¿Aquí?

—Sí.

—¿Ahora? ¿A tomar el té?

—Sí.

Asimiló la información, adoptó un gesto de determinación y luego dijo:

—Fuera de aquí, señorita Lion. Vaya a ponerse presentable. Yo me encargaré del té.

—Agnes, yo...

—iSeñorita Lion, fuera de aquí!

Y me empujó hacia las escaleras de la cocina.

Ahora estoy pensando qué vestido de tarde me dará un aspecto presentable. Mi pelo necesitará bastante...

Madre mía. Alguien acaba de llamar a la puerta.

Más tarde

Agnes ha obrado un milagro.

Tras diez minutos de lavarme, cambiarme y hacerme algo parecido a un recogido bonito en el pelo, aporreé la puerta del estudio de Pierce —sin obtener respuesta— y luego fui al encuentro de Islington, que esperaba en el salón de recibir.

—Hola, Islington —lo saludé al entrar corriendo—. Perdóneme si huelo a humo.

El duque se levantó del sofá verde.

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Puede que haya humo alrededor de mi persona.

—¿Se ha aficionado a la pipa?

—No. He intentado prepararle el té. Hay cadáveres de tartas esparcidos por todas partes como prueba de que carezco de talento para la cocina. Supongo que tendré que tachar la repostería de la lista.

—¿La lista?

—No es nada. Siéntese.

Nos acomodamos y respiré hondo al mismo tiempo que me colocaba las manos con aire inocente sobre el regazo.

Islington evaluó mi apresurado intento de arreglarme con la mirada.

Él estaba, como siempre, perfecto.

—¿Es mi té quemado la razón de que no haya asistido a la iglesia?

—preguntó.

—¿Usted ha ido?

—Sí. Más que nada porque esperaba su beata compañía.

Lo dijo sin siquiera pestañear.

También lo dijo sin que yo apaleara a un duque.

(Mi contención es casi un pequeño prodigio).

—Esta mañana me he dado cuenta de que era el día libre de Agnes, de ahí mi intento de prepararle el té. Que no ha salido bien. Agnes se ha escandalizado, se lo aseguro, y ahora mismo está restaurando el orden en el mundo. Puede que le lleve unos minutos, pero espero que en breve prepare algo que no sean ofrendas quemadas.

Y así continuamos conversando.

Islington —cabe señalar— se mostró agradable, aunque no muy hablador. Sonrió mientras manteníamos lo que tía Eugenia llamaría una Conversación Socialmente Apropiada, también conocida como palique. El tiempo, sus planes para el invierno (no, aún no ha decidido si se marchará de la ciudad), las ventajas de tener tus caballos en Londres, etcétera, etcétera.

—¿De qué ha hablado hoy Hawkes? —pregunté.

—De la *Eneida*.

Me mordí el labio. Durante un momento, pensé que iba a echarme a llorar.

Dichosa tarta.

Islington parecía estar a punto de romper a reír. O, al menos, así lo indicaban sus ojos.

—¿Me está tomando el pelo? —quise saber.

—Sí. Ha hablado de las diez vírgenes.

—Ah. —Me recosté en la silla—. ¿Y cómo acabaron?

—Como siempre. La mitad dentro, la mitad fuera.

—Parece que siempre repiten el mismo patrón.

—Así es.

—¿No ha habido poesía?

—Sí, ha habido poesía. Pero toda obra de Hawkes. Ese hombre es un portento de la oratoria.

—Cierto.

Fue entonces cuando Agnes entró —sin el carrito del té, gracias a Dios— cargada con una bandeja llena de cosas deliciosas. Té con pan, queso, fruta, otra salsa en un cuenco y una tarta reciente, humeante y esponjosa rociada con caramelo.

No sé cómo lo hizo.

—¡Agnes, haces verdaderos milagros! —exclamé mientras la muchacha lo depositaba todo en la mesa.

—No es nada, señorita —respondió con la cara tan sonrosada como un glaseado.

—Una presentación preciosa —añadió Islington—. Es al estilo europeo, del que disfruto particularmente.

Agnes, que estaba ocupada con las servilletas de tela, se llevó una mano al corazón como para sujetárselo. Estuvo a punto de desmayarse.

—Gracias, Su Excelencia —susurró.

Tras lo cual se dio la vuelta y salió corriendo de la estancia.

Si hubiera sido una carrera, habría apostado a su nombre por la victoria.

La puerta volvió a abrirse apenas un instante después. Pierce entró en la sala.

—¡Pierce! Justo acabo de llamar a la puerta del estudio. ¿Té?
Islington se puso en pie mientras Pierce cruzaba la habitación.
Se estrecharon la mano.

—Pierce.

—Islington.

—Me alegro de ver que se ha recuperado de lo de la otra noche.
Pierce sonrió con ganas.

—Nada puede derribar a un buen hombre.

Me quedé mirándolos con los ojos abiertos como platos, no tengo duda. ¿De qué estaban hablando?

Se sentaron uno en cada extremo del sofá y luego me miraron con movimientos paralelos.

—Supongo que, después de azuzar mi curiosidad hasta hacerla salir disparada por la carretera y luego abandonarla en la cuneta, tendré que servir el té, ¿no?

Los rasgos entrenados de Islington ni siquiera se crisparon, mientras que los de Pierce pasaron del ceño fruncido a una media sonrisa en un tiempo récord.

—Los dos asistimos a la misma cena. Había obstáculos para marcharse.

—Pierce es un invitado muy popular, señorita Lion —dijo Islington con tacto.

—¡Cielos! —exclamé—. ¿Acaso le lanzaron las redes un par de debutantes atentas que competían entre sí?

Pierce se sonrojó al estilo de un pirata. (Cabe preguntarse si tal cosa es posible. Lo es).

—Hermanas —aclaró Islington.

Pierce se volvió para mirar a Islington.

—¿Eran hermanas? Increíble.

Me reí.

Tras servir el milagro que Agnes nos había preparado, nos acomodamos para disfrutar de una ociosa tarde de domingo.

Fragmentos de conversación durante el té

Islington: No huele en absoluto a humo.

Pierce: ¿Humo?

Lion: Un accidente en la cocina.

Islington: Es noble por su parte haberlo intentado.

Lion: Sé hacer una tarta, Islington.

Islington: ¿De verdad?

Pierce: ¿De verdad?

Lion: ¡Por supuesto! Mantuve viva a una ogresa durante tres años.

Islington y Pierce: ¿Qué?

[*Lion bebe un sorbo de té con aire de superioridad y mira por la ventana*].

Islington: ¿Es usted religioso, Pierce?

Pierce: Jamás consumo esas cosas.

Pierce: Yo sí noto cierto olor a humo.

Lion: ¡Islington! ¡Me ha dicho que no olía nada!

Islington: Pretendía ser educado.

Pierce: Apenas se nota.

Lion: Bueno, me niego a sentirme avergonzada. Será humo sagrado, considerando que es domingo.

Islington: Creo que eso solo cuenta si ha estado en la iglesia.

Lion: ¡Usted ha sido mi razón para no ir! Y además usted casi nunca va. Yo asisto casi todas las semanas.

Pierce: ¿Todas las semanas?

Islington: No se preocupe. No ha servido de mucho para mejorar su carácter.

Lion (irónicamente): Ja, ja, ja.

Pierce: Lo siento, me estaba quedando dormido.

Lion: Será de puro cansancio.

Pierce: No dormí bien anoche.

Islington: Es tarde. Debería irme.

Lion: Debería comerse el último trozo de tarta. Haría más que feliz a Agnes.

Islington: Muerte por tarta. No estoy seguro de confiar en sus motivaciones.

Lion: Virtuosas, como casi siempre.

[Islington abre la boca, seguro que para hacer algún comentario respecto a The Drunken Duck; mira a Pierce, no dice nada].

Pierce: Ah, Emma, esto, señorita Lion...

Lion: No creo que tenga que preocuparse por escandalizar a Islington. En Lapis Lazuli House existe la peligrosa costumbre de llamarse por el nombre de pila. Tenga cuidado.

[Islington arquea una ceja].

Pierce: Sí, bueno, Emma, he revelado las fotos que le hice.

Lion: ¿Qué?

Pierce: En las escaleras de la entrada, con Teobaldo. A finales de agosto.

Lion: Ah, isí!

Pierce: Se las llevaré. O le pasaré una por la pared.

[Islington desvía la mirada de mí hacia Pierce].

Lion: Teobaldo ha vomitado dos veces en la buhardilla. ¿Ha comido algo?

[Islington abre la boca, se lo piensa mejor, no dice nada].

Pierce: No, que yo sepa. *[Tras volverse hacia Islington].*
Compartimos la empresa conjunta de un gato. Temporalmente.

Islington: Ah. ¿Teobaldo, el Rey de los Gatos?

Lion: Lo sospechaba desde hace tiempo.

Pierce: Demasiado Shakespeare.

Islington: ¿Existe tal cosa como demasiado Shakespeare?

Lion: Ah, mira. El duque de St. Crispian's tiene algo de sentido común.

Islington: ¿Quiere que me termine la tarta o no?

Lion (apretando los labios): Sí, Su Excelencia.

8 de octubre

Esta tarde he ido a la pensión de Mary para informarme sobre su máquina de escribir, esa rareza. Como no sabía apenas nada sobre estos objetos, me ha resultado fascinante ver a Mary trabajar. Es curioso: parece un escenario en miniatura, con las letras dispuestas en botoncitos extraños como en el foso de una orquesta. Las palabras «Sholes and Glidden» revelaban su origen.

—Es una máquina muy moderna —presumió Mary mientras la acariciaba como si fuera un perrito—. En mi humilde opinión, mucho más eficaz que una bola de escribir.

—Tú nunca has sido humilde en nada, Mary —respondí.

Ella sonrió.

—Debe de ser terriblemente cara —añadí con recelo.

—¡Uy, sí! Pero mi horrible hermano se hizo con ella, a saber cómo, y declaró que era mi herencia. Por suerte, porque he podido complementar mis ingresos y mejorar mis habilidades deseables.

Inquietante. Y aterrador.

Sin embargo, unas habilidades deseables son justo lo que necesito.

Mary me enseñó a colocar los dedos y luego, a modo de ejemplo, se puso a transcribir una de las páginas de su profesor. Sus dedos volaban, pulsaban las teclas rígidas con una velocidad y una fuerza fluidas. ¡O eso parecía hasta que lo intenté yo! Era penosamente lenta y cometía algún error en casi todas las palabras.

—Requiere algo de práctica —señaló Mary—. Toma, te he

dibujado un mapa del teclado. Ejercítate con esto hasta que memorices dónde van todas las letras.

—Pero ¿por qué están tan mezcladas? ¿Por qué no empezar por la A y seguir hasta la Z?

—Es más fácil de lo que crees, tenerlo todo así de disperso. Solo hace falta practicar.

—Y tener una pequeña fortuna para comprarse una de estas horribles criaturas.

La sonrisa con la que me respondió fue dolorosa.

—Un poco, sí. Y no estoy segura de si ganarías lo suficiente para conservar a Agnes o a Parian.

—Parian será el primero en irse.

—¿Seguido de ese espantoso señor Flat?

Suspiré.

Mientras comíamos galletas rancias, le conté a Mary lo de la enorme cantidad de correo a nombre de Niall Pierce que recibimos.

—Es imposible que sean todos clientes —dedujo.

—No, creo que la mayoría son amigos.

No le mencioné que examinaba la caligrafía. Había muchas de mujeres, así como de hombres.

—No lo entiendo —dije—. Es normal que un hombre con un pasado turbulento tenga amigos, pero deberían ser unos pocos desesperados que se aferran los unos a los otros debido a su desgracia compartida. Por principio, Pierce debería ser una especie de recluso.

—Debemos recordar que incluso Rochester tenía amigos en París.

—Es cierto —respondí, y tras un momento de reflexión añadí—:

Aunque, si los amigos de uno le dejan a cargo de una criatura malcriada, ¿de verdad merecen ese nombre?

Más tarde

Esta noche le he abierto la ventana al aire más delicioso de octubre. Tan delicioso como puede serlo el aire de Londres. El calor no se ha retirado demasiado rápido, pero hay un toque de frío, ligero y fresco.

El cambio está aquí.

A mi padre siempre le gustó más el otoño. Mi madre decía que era por su melancolía natural.

No estoy de acuerdo. Uno no tiene por qué preferir la primavera para ser un alma satisfecha.

9 de octubre

Mientras estaba sentada en un banco en Primrose Hill, vi a un hombre y una mujer que, por lo que parecía, estaban casados. Él cotorreaba sin parar como una urraca, amontonaba demasiadas ideas en el escaso espacio que los separaba. Ella miraba a su alrededor con aire melancólico. En busca de alguien que la rescatara, sin duda.

Media hora más tarde, vi a otra pareja; ella parloteaba y miraba a su alrededor mientras paseaba por todo el parque sin callar ni un momento. Él parecía irritado, distante y resignado.

Se me ocurrió la posibilidad cósmica de que se hubieran casado con las personas equivocadas.

¿Y si hubieran sido el Él y la Ella a los que tanto les gustaba hablar de naderías los que paseaban por el parque, espoleados por los mismos intereses, una pesadilla para sus vecinos, pero felices en su propia compañía? Y un día se cruzarían con otra pareja de edad similar; estos dos, en cambio, caminarían contemplando la ciudad, intercambiando algún comentario ocasional, satisfechos en su espacio de silencio.

¿Y si en Londres hay miles de personas a las que se les ha escapado por poco la persona con la que podrían charlar sin parar o con la que podrían pasear en un silencio dichoso?

Es un pensamiento triste, pero ¿y si es cierto?

Más tarde

El correo era una montaña de correspondencia para Pierce —

empiezo a preguntarme si debería cobrarle— y una carta para una tal Agnes Dowd. Mi sospecha de que ese era el nombre completo de mi acompañante ficticia —obra de Arabella— se vio confirmada cuando abrí el sobre de color melocotón.

Señorita Agnes Dowd:

Le escribo debido a mi preocupación por su protegida y mi pupila. Aunque no nos hemos visto nunca, confío en que nuestros objetivos sean similares. Principalmente, evitar que Emma se meta en cualquier lío que cause dolor o vergüenza a su familia y preservarla para un matrimonio respetable. Ella me ha comentado algunas de sus opiniones, que me hacen pensar que puedo confiar en sus servicios. Además, Emma me ha dicho que tiene verrugas. No confío en las verrugas en la cara en general, pero, cuando se trata de una acompañante, las apruebo de todo corazón. Por favor, escríbame para confirmarlo.

Creo que es prudente que iniciemos una correspondencia con el objetivo de rodear a Emma por todos los flancos. Debe desechar sin pensárselo dos veces cualquier posible reserva que tenga respecto a este plan. Mis opiniones prevalecen sobre las suyas en todos los aspectos.

Lady Eugenia Spencer

Maldición. ¿Qué atrocidad es esta?
Esto podría complicarse.

10 de octubre

Cuando volví tras dar un paseo a media tarde, la casa olía de maravilla. Mis investigaciones me llevaron a descubrir que Agnes (la Agnes de verdad, la cocinera, no la Agnes falsa, la acompañante) estaba preparando un caldo de pollo para la señora Spires.

—No se encuentra bien, señorita, y he pensado que la receta de mi madre la animaría.

—Es un gesto muy considerado por tu parte. Qué suerte tiene la señora Spires.

—Sí, señorita.

Conservo un bonito recuerdo de un día de junio en el que salí a pasear por St. Crispian's con mi padre. De pronto, me dio un codazo, se agachó y me dijo: «Si alguna vez quieres pasarlo bien, pequeña Emma, fíjate en la señora Spires. Se toma muy en serio la virtud cristiana de sentirse ofendida por todo el mundo».

Cuando le repetí esas frases a mi madre, ella suspiró, le lanzó una larga mirada a mi padre y me mandó a leer el Sermón de la Montaña hasta la hora del té.

Estaba rememorando esto con cariño cuando me di cuenta de que Agnes seguía hablando.

—¿Qué decías, Agnes?

—Solo que me alegro de poder hacer estas cosas por usted, ya que mi madre dice que una gran dama no tiene tiempo para llevar a cabo sus propios actos de servicio cristiano y, por tanto, sus sirvientes deben hacerlos por ella.

—Bien hecho. ¿Para dejarme a mí la depravación pagana?

Agnes se quedó callada y frunció el ceño mientras se esforzaba por recordar las sabias palabras de su madre.

—No sé si ha dicho eso alguna vez, señorita.

Más tarde

Mary:

Hagamos un plan tentativo para jugar a las cartas en Lapis Lazuli. Por lo que tengo entendido, es lo que hace la gente normal. Podríamos intentarlo al menos. En pos de la normalidad, claro. Las dos sabemos jugar a las cartas. ¿Mañana por la noche?

Emma

Emma:

Cartas, estupendo. Creo que estoy libre. Si no puedo salir de la pensión de la señorita Lamb, quizá tengas que venir a mi mucho menos elegante habitación.

Mary

11 de octubre

Todo empezó de manera muy inocente.

De verdad.

El destino me ha repartido una mano de cartas y no sé qué hacer con ella.

Con ellos.

Con nada.

Aunque, sea lo que sea lo que acaba de ocurrir, siento que va a marcar el rumbo de mi vida.

Pierce, que ha puesto en marcha todo el ardid, es un sinvergüenza.

Pero será mejor que no me adelante a los acontecimientos.

Por la mañana, salí a dar un largo paseo con mi libro *Frases en latín para los impenitentes*.

Acta deos numquam mortalia fallunt.

Las acciones de los mortales nunca engañan a los dioses.

Volví, me quité los guantes y, cuando le estaba echando un vistazo al correo, se oyó un golpeteo rápido en la puerta del salón grande.

Me quedé inmóvil.

Volvió a oírse.

Así que hice lo que haría cualquier joven decente.

Dije:

—¿Hola?

La puerta se abrió. Pierce, con el periódico en la mano y una expresión distraída en la cara, me anunció sin ceremonias:

—Esta noche cenamos en casa de Islington. A las ocho en punto.

Creo que mi grácil respuesta fue algo así como:

—Eh... Pero... ¿Vamos a...? ¿Ha enviado una invitación? Tenía otros planes.

Levantó la vista.

—¿Puede cancelarlos?

—Pues...

Guardé silencio un instante para evaluar la situación.

Una nunca cancela un plan. (Lección setenta y nueve de lady Eugenia Spencer).

Pero solo es una velada tentativa para jugar a las cartas con Mary. Tentativa. Quizá una no pueda alterar una Velada, pero, si no puede cambiar los Planes Tentativos, ¿qué nos queda, entonces, en nuestro mundo incivilizado?

Así que respondí:

—Sí. Puedo reorganizar mi agenda.

—Bien —dijo Pierce, y luego—: Estaré en su puerta a menos cuarto. ¿Vamos caminando?

—¿En qué puerta? —pregunté, y él levantó la mirada por encima de mí y señaló la delantera.

—En esa.

—Muy bien.

Volvió a su trabajo.

Y pensé: «Islington me ha sorprendido. Una invitación a cenar por medio de un corresponsal de guerra».

La buhardilla estaba hecha un verdadero desastre, así que pasé la

tarde ordenando, arreglando, bajándole a Agnes la ropa que había que lavar, limpiando el polvo de mi estantería y de los seis libros.

Le envié una nota a Mary en la que le ofrecía mis disculpas y que terminaba diciendo:

Perdóname por cancelar el plan.

Te lo contaré. Te divertirá.

Con la cena en casa de Islington en mente, contemplé mis vestidos. ¿Qué tipo de personas eran su gente? ¿Cuántas iban a asistir al evento? ¿Cómo de formal era una invitación informal a la cena de un duque? (Esta última frase suena contradictoria). Como no tenía nada en qué basarme, pequé de... Bueno, me puse el vestido verde mar, el que me hace juego con los ojos. Dado que no tenía joyas y no quería ponerme el vestido que tía Eugenia me había arreglado —sin duda, el más elegante que poseo, pero ¿demasiado elegante?—, y dado que no tenía ni idea de lo que llevaría el resto de las mujeres asistentes, pensé que el verde mar estaría a la altura de las circunstancias.

Agnes, bendita sea, me ayudó a arreglarme el pelo y el resultado fue atrevido pero muy favorecedor.

Casi oí a Arabella decir: «Ahí está mi hija de irlandés».

Parian trepó hasta lo que ha empezado a llamar las Hébridas Exteriores para informarnos con resentimiento a Agnes y a mí de que Pierce estaba esperando abajo.

—Bastante elegante para ser un tipo tan tosco —resolló.

—¿De verdad? —dije mientras examinaba mi reflejo preocupado.

—Está preciosa, señorita —me aseguró Agnes con una sonrisa

radiante—. El duque la verá desde el otro lado de la mesa, a la luz de todas las velas y el cristal brillante, y se enamorará de usted.

Me reí a carcajadas.

—Oh, Agnes, qué perspectiva tan horrible.

Parian y ella parecieron decepcionados, aunque por distintos motivos. Agnes, por la pérdida de su cuento de hadas. Parian, por la pérdida de trabajar en la casa de un duque.

Cogí un chal color crema, me recogí la seda de las faldas lo justo para salvar varios tramos de escaleras y bajé a reunirme con Pierce.

Era cierto que estaba guapo, tanto como la noche en la que lo vi, poco después de que se mudara a Lapis Lazuli Minor, a la luz de las farolas de la calle con aquel aire tan misterioso. No tenía un aspecto ni remilgado ni demasiado pulido, sino sofisticado.

—El intrépido señor Pierce —dije—, tan a gusto cenando con los ricos y nobles.

—Para nada —respondió. Luego, el fantasma de una sonrisa—. Usted es la que vuela alto en esta casa. Yo nado en las aguas profundas.

—¿A quién acaba de elogiar?

—A los dos. ¿Vamos?

El paseo fue agradable. Ninguno de los dos hablamos mucho.

—¿Le gustan las cenas con muchos invitados? —pregunté mientras cruzábamos Baron's Square.

—Depende de quiénes asistan. Si son amigos —extendió las manos—, no me importa. Si son clientes, como suele ser el caso, me aburro ocho de cada diez veces.

Luego, mientras subíamos los escalones hacia la puerta delantera, dijo:

—No creo que vaya a tener que preocuparse por las formalidades de una gran cena. Esta será bastante pequeña.

—¿A qué se refiere? —pregunté justo cuando se abrió la puerta.

El mayordomo desvió la mirada desde el señor Pierce hacia mí.

—Adelante. El duque...

—No hace falta, Crosby. Estoy aquí. No nos compliquemos. Este hombre es fotógrafo de guerra. No necesita formalidades vacías. Quiero presentarle a una persona, Pierce.

En ese momento —en ese momento terriblemente esclarecedor—, el duque me vio.

Se detuvo en seco.

Me entraron ganas de retorcerle el pescuezo a Pierce y arrojarlo a los lobos.

Islington no dijo «Ah», pero sopesó y evaluó mi existencia recorriéndome de arriba abajo con su mirada de ojos color avellana.

Me di cuenta de que concluía que no estaba a la altura, lo cual en «latín impenitente» significa que Islington no me había invitado a la cena.

—Veo que ha traído protección, Pierce. Señorita Lion, bienvenida.

Pierce e Islington se estrecharon la mano.

—Un buen hombre habló una vez de los mejores ángeles de nuestra naturaleza. La señorita Lion es el mío.

—¿Los *mejores* ángeles? —preguntó Islington mientras me dedicaba una sonrisa.

Yo, sin saber muy bien cómo disculparme por haberme presentado sin estar invitada, respondí con malicia:

—Para la historia que compartimos, Islington, es usted tremendamente grosero.

—Venga, señorita Lion. ¿Qué hay de malo en bromear un poco entre amigos tan antiguos?

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen? —preguntó Pierce.

—No mucho... —contesté yo.

—Años... —respondió Islington.

Pierce nos miró, receloso de nuestra simultánea contradicción.

—Hablando de malos modales, no voy a tenerles esperando de pie en el vestíbulo. Señorita Lion, sígame, por favor. Pierce.

La historia recordará que no, el duque no me ofreció el brazo.

Pobre Agnes.

—¡No me había invitado! —le siseé a Pierce.

Aun en la penumbra —el duque tenía más luces de velas que de gas; un tanto quijotesco para 1883—, vi la sonrisa pícara de Pierce.

—A mí sí me habían invitado, y la invité a usted porque sabía que a Islington no le importaría.

Mi madre se habría horrorizado.

Tía Eugenia se horrorizaría si alguna vez llegara a sus oídos.

(Arabella sonreiría y me diría que había sido muy traviesa).

Y entonces, porque no soy capaz de mantener la boca cerrada, añadí en un susurro:

—¡Traidor de las Tisbes inocentes del mundo! ¡Rata!

—¿Tisbe? —susurró él a su vez—. ¿La de Píramo y Tisbe?

Me libré de responder, pues en ese momento Islington nos condujo a lo que supongo que es uno de los comedores de la familia. Con una iluminación tenue. Cómodo. Masculino. La mesa estaba puesta para cuatro (probablemente, la razón de que Islington nos hubiera retenido en el vestíbulo, pues su mayordomo habría tenido que rectificar la situación y añadir el cuarto cubierto).

Miré a mi alrededor en busca del otro invitado a nuestra —a su— reducida cena.

Y, oh, sorpresa, ¿quién estaba justo al otro lado de la sala, con el hombro apoyado en la repisa de la chimenea, la cabeza inclinada sobre un libro y el pelo revuelto de una forma poco clerical y muy agradable?

Hawkes.

El Joven Hawkes.

El vicario.

La autoridad divina de St. Crispian's.

Islington fue todo modales impecables a pesar de la informalidad.

—Sé, por el estado de su alma, señorita Lion, que ya conoce al Joven Hawkes.

Oh, Islington. Siempre tan ingenioso.

—Así es. Sí, eh, lo conozco. —Recuperé la compostura y dije—: Hola, Hawkes.

No me pareció que el vicario se extrañara al verme, pero sí que sentía curiosidad.

—Buenas noches, señorita Lion.

—Buenas noches.

—Qué grata sorpresa verla aquí.

Entonces sonrió.

—Me han secuestrado.

—Suenan dramático.

—Está resultando serlo.

—¿Secuestrada, señorita Lion? —me reprimió el duque—. Esa definición es excesiva, ¿no le parece?

—Le dije que estaba invitada y la obligué a cancelar un

compromiso anterior.

Pierce proclamó su pecado con una naturalidad descarada.

—Los hombres sabremos sobrellevarlo —respondió Islington sin sonreír.

Como si fuera una leprosa.

—Yo... Yo, desde luego...

Mi determinación de salir corriendo de allí aumentaba por segundos. Me libraría como pudiera, con elegancia o sin ella, y disfrutaría de mi humillación en el solitario bastión de mi buhardilla.

Pero el Joven Hawkes dijo en voz baja:

—Creo que le están tomando el pelo, señorita Lion.

Islington y Pierce se miraron. Pierce, la personificación de la Malicia pura y dura. Islington, con tal aire de superioridad que no pude evitar exclamar:

—¡Criaturas horribles! ¡Horribles!

—Por supuesto que le dije a Pierce que la invitara —soltó Islington al mismo tiempo que señalaba la mesa con cuatro servicios—. Iba a mandarle una invitación, pero él se ofreció a hacerme el favor.

—Ahora sé que me considera un filisteo —añadió Pierce—, pues cree que la invitaría a la mesa de otro hombre.

—Es usted un filisteo —confirmé con una mirada furibunda.

—Hablando de filisteos... —Islington señaló a Pierce—. Hawkes, ¿conoce a...?

—Niall Pierce —dijo el Joven Hawkes, y le tendió la mano—. Es un placer.

Pierce se puso tenso y luego, mirando con recelo al Joven Hawkes —como si la religión fuera algo contagioso—, le estrechó la mano.

—¿Es un hombre de Iglesia? —preguntó sin rodeos.

Entonces ocurrió la cosa más extraña. El Joven Hawkes se limitó a curvar la mitad de su sonrisa.

—El Joven Hawkes es nuestro vicario —aclaró Islington.

—¿No es cura? —preguntó Pierce en un tono áspero mal disimulado.

—No —contestamos Islington y yo al unísono.

—Basta con que me llame Hawkes —respondió él.

Una vez hechas las presentaciones, todos nos sentamos a la mesa, Islington y Hawkes a un lado y Pierce y yo al otro. El mayordomo me apartó la silla para ayudarme a sentarme.

—Perdone la informalidad, señorita Lion —dijo Islington—. Buscaba una velada más tranquila que ostentosa.

—Siempre perdono la informalidad —respondí—. Ahora bien, el comportamiento infame...

Al duque pareció hacerle gracia.

Y nos sirvieron el primer plato.

~~Saber que era tan bienvenida como cualquier otro contribuyó en gran medida a que me calmara y no tardé en relajarme. Tampoco me preocupaba el hecho de estar cenando a solas con tres hombres, tres hombres solteros, ni lo considerablemente problemático que resultaría que tal hecho saliera a la luz pública de la sociedad educada. No, no me preocupaba en absoluto.~~

Eso no es cierto.

Me sentí escandalosa.

Al principio.

No obstante, a pesar de lo incómoda que me sentía por haber sido el blanco de la broma, mientras comíamos y charlábamos, ocurrió algo maravilloso. Hawkes, que al parecer es muy amigo de

Islington, sonrió un poco más de lo que estoy acostumbrada a ver, solo un poco. No convendría que perdiera por completo su expresión de filósofo un tanto afligido. E Islington se mostró cercano y encantador. Entretanto, Pierce —con su nube de tormenta a raya— llenó la sala con sus anécdotas. En cuanto a mí, bueno, dije lo que se me pasaba por la cabeza y a veces incluso resultó ingenioso.

Y, en algún momento entre medias, una llave encajó en la cerradura, se abrió una puerta.

Como si los cuatro hubiéramos creado una habitación que antes no existía.

Lo cual parece una locura.

¿Cómo expreso lo que quiero decir?

Islington, que mantiene una larga amistad con Hawkes y una familiaridad cómoda con Pierce, parecía haber decidido que yo también tenía un hueco en los círculos que conforman su vida. Hawkes era... Bueno, Hawkes. El proveedor de su propio reino silencioso. Pero, en su tiempo libre, estaba rodeado de menos misterio y de más diversión de lo habitual. Pierce —a quien he visto desenvolverse con una tranquilidad espectacular en público— se mostraba aún más sereno en aquella comodidad. Sin fingimientos, sin poses. Permitted que el humor impregnara los recuerdos que compartió. También se cuidó de que sus pullas contra todo lo religioso no hicieran mella, mientras que Hawkes parecía disfrutar del desafío que suponía el desdén espiritual de Pierce. Todas estas dinámicas crearon una sensación que no sabría definir. Pero sentí un cosquilleo en la nuca, como un susurro de una edad dorada.

Parece una tontería escribirlo ahora. Pero hubo un momento en el que ya se había retirado la comida y todos nos quedamos en silencio

mirando alrededor de la mesa. Creo que no fui solo yo quien sintió que se estaba gestando algo. Solo que no entendíamos qué.

—Lion —dijo Islington en medio del silencio.

—¿Qué? —respondí con brusquedad.

Solo había una persona que me hubiera llamado así alguna vez.

—Pierce, Islington, Hawkes. —Me miró—. Lion.

Lo miré con sorpresa.

—¿Quiere que le felicite por haberse acordado de cuatro nombres después de llevar casi tres horas en nuestra compañía?

—Me ha parecido que le quedaría bien.

Me quedaba bien. Me queda bien. Solo que el propietario original de tal uso fue Maxwell.

Pierce, creo, con los ojos medio encapotados, vio mi fantasma. Evaluó mi silencio. Lo miré, y luego aparté la vista pensando que era absurdo sentir que necesitaba el permiso de Maxwell.

Es, al fin y al cabo, mi apellido. Por derecho propio.

—Lion —respondí—. O Emma. Pero solo aquí. Entre ustedes, quiero decir. Si se corriera la voz de que he cenado sin acompañante y con tres hombres, ¡tres hombres solteros!, que además me llaman Lion, mi reputación estaría arruinada. Incluso en St. Crispian's.

Islington irguió los hombros ya erguidos y me miró con lo que parecía una mezcla de diversión y resentimiento a partes iguales.

—Jamás me habían acusado de arruinar la reputación de una mujer.

—¿Cómo llamaría a esto?

Hawkes, que había sacado su libro en cuanto habían retirado los platos, sonrió por encima de la página que estaba leyendo.

—Mi tía, la condesa de Alwick, que vive al lado, está

cómodamente instalada en la biblioteca con el propósito expreso de cubrirla si fuera necesario —informó Islington—. En cuanto a mis sirvientes, son igual de comunicativos que los muertos. Tiene tanto acompañante como discreción. Estese tranquila.

¡Vaya!

—¿Su tía lleva todo este rato en la biblioteca? ¿No tiene hambre? —balbuceé al imaginarme a una pobre mujer (bueno, de pobre nada) con un vestido de noche, sufriendo en la biblioteca con su abanico y soñando con una sopa de tortuga.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la condesa de Alwick? —preguntó Islington.

—Pues... —Levanté las manos y negué con la cabeza—. ¿Debería haber oído hablar de ella?

Pierce soltó una risita.

—Hasta yo la conozco de oídas, Emma.

Hawkes pasó una página.

—Mi tía es escritora —respondió Islington—. Está más loca que una cabra. Ha aceptado una bandeja en la biblioteca y está absorta redactando su última novela. Cuando le pregunté si quería unirse a nosotros, me dijo: «Ni aunque me persiguieran los perros del infierno. Tengo que terminar el capítulo trece».

—¿Acaso el don de la escritura es cosa de familia? Me cuesta imaginar que los textos de su tía sean mejores que los suyos.

Islington entornó los ojos.

Estaba claro que pensaba que el hecho de que me refiriera a él como un buen escritor se acercaba demasiado al temido secreto de que había leído su diario. Dos veces. Habría podido evitar lo que dije a continuación si el hombre no se lo hubiera merecido. Pero ¿para

qué están los Islington si no es para divertirse un poco de vez en cuando?

—Vamos, no sea tan modesto. Esas cartas sentimentales que me ha enviado son pura poesía. ¿Le pidió a Hawkes que lo ayudara a escribir los poemas?

Hawkes levantó la vista.

Islington abrió la boca, luego volvió a cerrarla. Estoy segura de que tenía preparada una réplica mordaz, pero su código ético personal lo obligó a contenerse. Lo único que delataba la curiosidad de Pierce era que no paraba de toquetear con una mano la servilleta que había quedado en la mesa mientras que Hawkes había cerrado el libro y se había recostado en la silla con los brazos cruzados, como si estuviera contemplando una escena espontánea en una obra cómica.

Islington apretó la mandíbula, la movió de un lado a otro. Sonreí.

—Estoy bromeando, Islington. No me cabe la menor duda de que sería incapaz de juntar dos palabras que tuvieran sentido. Y mucho menos una carta sentimental. Es providencial que su tía represente a la familia en ese aspecto.

—Desde luego, Lion.

El mayordomo apareció con la intención de servirles bebidas a los hombres. Algo que jamás he presenciado, ya que las damas siempre se retiran antes. Esperaba que Islington me mandara a sentarme con la condesa de Alwick hasta que preguntó:

—¿Qué va a tomar, Lion? ¿Limonada? ¿Ginebra de endrinas? — Luego añadió en tono desafiante—: ¿Whisky?

—No saque la ginebra de endrinas —respondió Pierce por mí—. Lion prefiere algo un poco más fuerte. Tomará oporto.

—No bebo oporto —siseé.

—Conmigo sí —afirmó Pierce.

Su expresión distaba mucho de ser inocente.

El Joven Hawkes arqueó una ceja.

—Sí. Bebí oporto con usted. Pero no lo bebo. De manera habitual. Ni siquiera lo he bebido dos veces. Hay una gran diferencia.

La hay.

Y ahora, en el registro de mi vida, lo mantengo. Hay una gran diferencia.

—¿Demasiado para usted? —preguntó Islington.

—He visto a la señorita Lion apurar un Cleopatra de un solo trago —comentó Hawkes en voz baja, arrellanado en la silla y tamborileando distraídamente con los dedos sobre la mesa.

Pierce no entendió a qué se refería, pero Islington sí. Se le ensombreció el rostro.

—¡Por el amor de Dios, qué hacía allí bebiendo eso!

—¿Y con el vicario? —añadió Pierce en un murmullo.

Con un gesto piadoso, me acomodé un nido invisible en lo alto de la cabeza y pedí un café.

En algún momento del ritual de Lo Que Hacen Los Hombres Una Vez Que Las Mujeres Han Abandonado El Comedor (respuesta: nada más que más charla), pensé en la tía de Islington y pregunté:

—¿Qué tipo de libros escribe la condesa de Alwick?

—Piratas, pícaros, peligrosos bandoleros con pistolas... —respondió el duque.

—Que rescatan a mujeres en apuros —añadí yo.

—No. Los pícaros y los bandoleros son mujeres que rescatan a hombres en apuros.

Estuve a punto de aplaudir.

—Está de broma. ¿Cómo tolera el mundo editorial semejante idea?

—No la toleró al principio, así que la condesa se compró una editorial. Desde ese día, ha vendido suficientes libros como para que todas vengan corriendo a buscarla.

—*Brava!* ¿Son buenos?

Islington bebió un sorbo de oporto y luego dijo:

—No lo sé, porque no he leído ninguno.

Miré a Pierce.

—A mí no me mire. Evito a los bandoleros por norma.

—Una pena.

El Joven Hawkes, que había vuelto a su libro, dijo sin levantar la vista:

—A mí me gustó *La maldición de los grajos*.

Luego, como si acabara de recordar algo, Hawkes se levantó, nos miró a los tres uno por uno y se marchó sin siquiera decir adiós.

—Qué raro —dijo Pierce.

—No en el caso de Hawkes —respondió Islington—. Es una especie de asombroso... Es decir, parece saber cuándo lo necesitan. Y desaparece sin más.

Pierce y yo no tardamos en hacer lo mismo.

No llegué a ver a mi acompañante, la condesa de Alwick, pero espero que terminara el capítulo trece.

Los novelistas, Dios los bendiga, son unas aves muy raras.

12 de octubre

Siendo la rapidez un elemento importante para el éxito de mi engaño, me ha parecido que hoy debía redactar una carta de respuesta a tía Eugenia con la voz de una tal Agnes Dowd.

El estilo de la señorita Dowd es breve y autodenigrante.

~~Querida lady Spencer~~

~~Señora~~

~~Mi estimada lady Spencer:~~

~~Es usted una desvergonzada, como demuestra el hecho de que haya tenido el descaro de meter las narices en asuntos que no le...~~

~~He recibido su carta con fecha del 9 de octubre y le agradezco sus agudas observaciones, su acertada preocupación y su condescendencia.~~

~~A Emma le resultan insoportables.~~

~~La señorita Lion tiene suerte de contar con una pariente así.~~

~~Su deseo de mantener a la señorita Lion en el recto y estrecho camino social es el objetivo de todo lo que hago. No se puede confiar en que una joven comprenda los ~~mecanismos~~ entresijos de lo que más le conviene.~~

~~Pese a que aún no está preparada para un matrimonio respetable, estoy ansiosa por ayudarla cuando llegue el momento.~~

~~En cuanto a las verrugas, confirmo su existencia, aunque parecen más bien lunares.~~

~~Tengo tres: dos en la barbilla y una a un lado de la nariz.*~~

Enviaré esta carta hoy mismo, ya que Emma y yo tenemos una clase esta tarde: El Hermoso Silencio, el Empeño de Toda Doncella.

Atentamente,

Agnes Dowd

* Es mejor no especificar demasiado.

Más tarde

Me he pasado por casa de Saffronia March sin avisar para pedirle que me transcribiera la carta. Estaba en su estudio, cubierta de pintura y medio distraída.

—¿Qué tontería es esta, Emma?

—Un hábil manejo de una situación engañosa —respondí.

—¿Y quieres que la reescriba?

—Sí. No puede estar escrita de mi puño y letra, y la otra persona a la que se me ocurre pedirle que lo haga es un hombre con una caligrafía bastante rotunda. Haría que tía Eugenia volviera corriendo a Londres.

—Entiendo. ¿Estás segura de que no quieres que incluya las líneas tachadas?

—Totalmente.

—Qué pena.

—¿A que sí?

Utilizó el papel que le proporcioné, un papel fino de un blanco anodino que denotaba una personalidad tacaña, una economía

forzada y un alma artística mermada: tres cosas que tía Eugenia valora.

—Podrías meterte en un lío, Emma —me advirtió la señorita March mientras volvía a centrarse en el cuadro que tenía en el caballete.

—No sería la primera vez.

—Ajá.

Pero el trabajo me la había arrebatado. Tras despedirme (sin que se diera cuenta), volví a casa y envié la carta con la confianza de que sería capaz de manejar la situación.

Porque soy capaz.

¿No?

13 de octubre

NOVEDADES SOBRE EMERSON

Mi lista

* He terminado de leer «Amistad».

Debemos ser de nosotros mismos antes de ser de otro.

* He terminado de leer «Experiencia».

El sueño persiste alrededor de nuestros ojos durante toda nuestra vida, al igual que la noche se cierne todo el día sobre las ramas del abeto. Todas las cosas nadan y brillan. Nuestra vida no está tan amenazada como nuestra percepción. Como fantasmas, nos deslizamos por la naturaleza, y no deberíamos conocer nuestro lugar de nuevo... ¡Ah, si nuestro Genio fuera un poco más genial!

* He terminado de leer «Círculos».

Así pues, no hay sueño ni descanso ni conservación, sino que todas las cosas se renuevan, germinan y brotan. ¿Por qué tendríamos que traer harapos y reliquias a esta nueva hora?

Cualquier hombre capaz de decir «Todas las cosas nadan y brillan» es una especie rara.

14 de octubre

Me raptaron en la iglesia. En el pasillo.

Hablando de piratas y bandoleros...

¿Mis captores? Los Diez Réprobos, que se han adueñado de manera permanente de la última fila.

No sé muy bien cómo acabé en medio de su cuadrilla de desesperados, pero allí estaba, flanqueada por cinco a la izquierda y cuatro a la derecha.

—Hola, L de A.

—Señorita Lion, hemos suspirado por usted.

—¿Todos? —dije.

—Por supuesto —respondió Charlie Cross—. Anoche, en el club, suspiramos por siete mujeres distintas. Usted fue la número tres.

—Admirable.

—Un lugar de honor. Ser la Leonor de Aquitania.

—¿En qué consiste ese honor exactamente?

Una pregunta razonable, en mi opinión.

Fue entonces cuando El Chico, que tenía aspecto de que lo hubieran arrastrado por los siete infiernos de Dante, dijo:

—No podemos hablar antes de la coronación.

—¿La qué?

—Son las reglas, ya lo sabe —suspiró Mastiff.

—Pero lo cierto es que no lo sé.

—Lo sabrá —sonrió Striker.

—Hum —respondí en un tono más que receloso—. ¿Puedo ir ya a sentarme en mi banco?

Me pareció que Los Réprobos se sentían dolidos. Y desconcertados.

¿Por qué iba alguien a rechazar el bendito privilegio de sentarse entre ellos?

—Pretendemos hacer gala de nuestro segundo mejor comportamiento de domingo —me aseguró Quality Jones.

—No se referirá a que nos echen a todos durante el sermón, ¿verdad? —pregunté.

—Lo juramos...

—Por nuestra vida.

—Oh. Miren. Hawkes el Zorro está intentando comenzar el servicio —dijo Sargent—. Caballeros, enviémosle nuestro cariño.

Y los nueve Réprobos le lanzaron un beso al Joven Hawkes, quien dejó escapar un prolongado suspiro de resignación y comenzó el servicio.

15 de octubre

No es que me lo esté planteando en serio..., pero ¿hasta qué punto es lucrativa la piratería?

16 de octubre

¿Cuáles son las repercusiones legales y morales de dedicarse a la piratería?

¿TIENE UN BARCO?

No.

¿Y ESO NO CONVIERTE SU CONSULTA EN ALGO IRRELEVANTE?

Usted conteste a la pregunta, Pierce.

LA PIRATERÍA ES ILEGAL.

LAS REPERCUSIONES MORALES DEPENDEN DE SU MORAL.

¿De mi moral?

DE LA MORAL DE CADA UNO.

Ay. Supongo que no debería plantearme esa opción.

IRÍA A LA CÁRCEL A VISITARLA.

¿A los piratas no los ahorcan?

POSIBLEMENTE.

Lleve a Hawkes entonces, para que me administre los últimos

sacramentos. Pero no lleve a Islington. Se burlaría.

¿EN SU AHORCAMIENTO? SEGURO QUE NO.

Hum. Puede usted mantenerse en su bendita ignorancia. No digo que el hombre no tenga corazón. Derramaría una lágrima antes del final.

¿TIENE LA ESCENA ENTERA YA PLANEADA?

No. Aunque quizá debería. Usted irá de negro, por supuesto. Y se pasará un año mandando notas a través de la pared. Todas quedarán sin respuesta. No se preocupe, Pierce. Superará el duelo.

ME ALEGRA SABERLO.

17 de octubre

Acabo de recibir la visita del Comité de Whereabouts Lane (cada calle tiene el suyo), que me ha recordado que Whereabouts va a acoger la celebración de la víspera de Todos los Santos de St. Crispian's. Un tal señor Spout, un tal señor Cray, un tal señor Lacey. Todos interrumpiéndose entre sí.

—Una fiesta de la cosecha.

—Una cosecha de almas, por así decirlo.

—Necesitamos que haga algo para contribuir al ambiente de la velada.

—Nos hemos reunido y hemos decidido que, como usted tiene al único estadounidense en su casa, debemos aprovecharlo.

—Es inglés —señalé.

—Según dicen, estuvo en Estados Unidos durante años.

—Y por eso creemos que su casa debería proveer las calabazas iluminadas.

Fruncí el ceño.

—¿Calabazas iluminadas?

—Sí. Hay constancia de que ocurre en Estados Unidos.

—Desde hace más de cien años.

—Esperábamos que las colocara en las ventanas de Lapis Lazuli House.

—¿En todas? —pregunté—. ¿Y quemar mi casa hasta los cimientos?

—Oh, no. La calabaza está húmeda. Debería apagar cualquier posible llama descarriada.

—Nada demasiado recargado, solo algo que cree cierto...

—Ambiente —completé.

—Sí, ambiente.

—Lamento informarles, caballeros, de que no tengo ni idea de cómo conseguir una calabaza —dije.

—No tiene de qué preocuparse.

—En efecto, no. Nosotros le proporcionaremos las calabazas.

—¿De verdad? —pregunté.

—¡Por supuesto!

—Somos un comité de trabajo.

—¿Va a asistir su estadounidense?

Fruncí el ceño de nuevo.

—No es estadounidense.

—Señorita Lion, nunca habíamos tenido a un estadounidense en nuestra calle. Tanto Baron's Square como Sterling Street y Traitors tienen la ventaja de contar con esa peculiaridad. Debe darnos algo con lo que podamos trabajar.

—Está bien. —Levanté las manos en señal de rendición—. El señor Pierce será nuestro estadounidense simbólico. Se lo comunicaré.

—Maravilloso.

—Estupendo.

—Sabía que al final tendríamos uno.

Pasaron otros cinco minutos felicitándose por su hallazgo, luego me recordaron lo que esperaban que proveyera para la víspera de Todos los Santos y se marcharon.

18 de octubre

Tengo que contarle una cosa.

SUENA INQUIETANTE.

Lo es. Le han nombrado estadounidense simbólico de Whereabouts Lane.

NO SOY ESTADOUNIDENSE.

Ese hecho ya se mencionó. Sin embargo, como el resto de las calles de St. Crispian's han tenido uno o dos estadounidenses, el Comité de Whereabouts Lane estaba ansioso por apuntarse una victoria.

¿HAY UN COMITÉ?

¡Por supuesto!

¡PERO QUÉ DEMONIOS!

¡Niall! No es para tanto.

SI YO SOY EL ESTADOUNIDENSE SIMBÓLICO, ¿USTED QUÉ ES?

No me había planteado esa pregunta. Supongo que soy o bien la huérfana simbólica, o bien la sobrina nieta heredera simbólica, o bien la santa simbólica, por vivir con el loco nada simbólico.

USTED ES LA AGITADORA SIMBÓLICA.

Vaya. En ese caso, ¿quedamos para tomar el té en el Reed and Rite dentro de media hora? Usted invita.

VOY A BUSCAR EL ABRIGO.

19 de octubre

Parian. ¡Parian!

¡Parian, nada más y nada menos!

¡Tiempos nefastos, sin duda!

(Insertar cita de *Macbeth* y llorar con amargura).

¡Parian ha visto a El Romano!

Había salido hasta tarde para ocuparse de algún asunto privado —ejem, en *The Cleopatra*, a juzgar por el olor— y, justo cuando estaba bajando al salón de recibir para recuperar el libro que me había olvidado allí, *Frases en latín para los impenitentes*, entró por la puerta delantera pálido como un fantasma.

O al menos como me imagino que debe de ser un fantasma.

No puedo saberlo con certeza.

YA QUE EL FANTASMA DEL BARRIO ME EVITA CON METICULOSIDAD.

—Bueno, ¿qué ha hecho? ¿O qué ha dicho? —le pregunté más que un poco ofendida.

Parian, como el hombre ridículo que es, temblaba y parpadeaba.

—Imposible saberlo. Me di la vuelta y no he parado de correr hasta llegar a casa.

Esto empieza a parecer algo personal.

20 de octubre

Mary ha venido a cenar esta noche.

Hasta me cambié para la ocasión.

Agnes se puso contentísima.

El primo Archibald había cenado antes, siguiendo nuestro acuerdo, y luego pasó un cuarto de hora gritando sobre indecencias e indigencias en el vestíbulo. No creo que conozca la diferencia entre ambas palabras.

Pierce no nos ha acompañado.

En cuanto a la comida, ha sido tan magnífica como lo permite nuestro presupuesto mensual. Agnes puede estar orgullosa de sí misma.

—¿Cómo está Jack? —pregunté durante el segundo y último plato.

(Oh, la elegancia de Lapis Lazuli).

—Ha desaparecido por completo.

—Ah, ¿sí?

—Intenté enviarle un mensaje y recibí una nota diciendo que no estaría disponible hasta noviembre.

—¿Que no estará disponible? ¿Qué quiere decir eso?

—No me dio detalles. Trabajo, supongo. Tiene que ganarse la vida de alguna manera. Yo, desde luego, le pago una miseria.

—Podría ganarse la vida colocando ladrillos —respondí en un tono bastante arrogante para ser alguien que lleva tiempo pensando, en vano, en qué tipo de empleo sería capaz de desempeñar—. Pero

sospecho que no será nada tan honrado. Y también sospecho que no necesita tu dinero.

—Me dijo que lo ayudaste con un trabajo el mes pasado — comentó Mary con una inclinación de cabeza nada inocente.

Me metí un bocado estratégico en la boca para no tener que responder verbalmente.

21 de octubre

Ha sido domingo de poesía.

Hawkes ni siquiera hizo un preámbulo sobre el Antiguo Testamento. Se limitó a comenzar con «Eco», de Christina Rossetti.

*Ven a mí en el silencio de la noche,
en el silencio de un sueño que habla,
con los pómulos suaves y con fulgores
de sol en la mirada.
Ven y regresa en llanto,
memoria, anhelo, amor de años acabados.*

*Oh, sueño, dulce sueño, qué agridulce,
debiste concluir en pleno cielo,
donde almas de amor permanecen, suben;
donde ojos sedientos
miran la lenta puerta
que nos impide, abriéndose, volver atrás, fuera.*

*Ven entre sueños para que yo viva
otra vez, aunque helada. Entretanto,
si volvieras te correspondería
latiendo, respirando.
Susúrrame, agáchate,
como hace tiempo, amor, tantísimo hace.*

Este comienzo no auguraba nada bueno para la congregación.

Alguien contuvo un sollozo. ¡Un sollozo! Y Hawkes, sin prestar atención a las penetrantes sutilezas de su voz, siguió en la misma línea. Terminó el sermón con una doble dosis de Tennyson. Suficiente para arruinar cualquier alma.

Leyó «Cruzar la barrera».

Esa estrofa final...

*Pues, aunque lejos de nuestros límites de Tiempo y Lugar
la corriente me lleva,
a mi Guía espero a la cara mirar
cuando haya cruzado la barrera.*

Ese habría sido un final apropiado, y Hawkes parecía ansioso por cerrar el libro. Sin embargo, apretó los labios. Y —como en contra de su voluntad— volvió a abrir el Tennyson. Tras una visible lucha consigo mismo, se le hundieron los hombros y, con una luz de disculpa en los ojos, paseó la mirada por la congregación.

*Muerto a su guerrero a casa le llevaron.
Ella no se desmayó ni rompió a gritar.
Todas las doncellas que la observaban aseguraron:
«Si no quiere fallecer, tiene que llorar».*

*Cantaron sus alabanzas en voz baja y apacible,
lo llamaron digno de ser amado,
el amigo más fiel y el enemigo más noble,
mas acabaron sin que ella hubiera llorado.*

Una doncella echó a andar con paso ligero,

*se acercó al cadáver con precaución,
le quitó el paño de la cara al guerrero;
aun así, ella ni se conmovió ni lloró.*

Y ahí lo dejó.

Hawkes no leyó la última estrofa, donde le sientan a su criatura en el regazo y las lágrimas al fin brotan. No, nos dejó junto a la tumba, con la mujer incapaz de llorar. Y con aire afligido —juraría que me miró a los ojos durante el murmullo de un instante— dio por finalizado el sermón. Ni siquiera pronunció un «amén».

22 de octubre

Es casi medianoche y llevo horas sin hacer nada más que mirar por la ventana.

He visto cuadros que representan escenas trágicas y, a veces, en ellos aparece una mujer con una mano sobre la boca para ocultar el dolor de ese momento. Es curioso que me haya sorprendido haciendo eso mismo ya dos veces mientras contemplo la oscuridad.

He visto que los hombres en estas situaciones maldicen y beben.

Y que las mujeres se quedan de pie junto a la ventana.

No me parece muy justo.

Ya he terminado de meter las cosas en la maleta, las pocas que necesitaré. Pierce me ha dicho que prepare una bolsa para pasar la noche. «Nunca se sabe con estas cosas», comentó.

Y pensar que permanecería sumida en una ignorancia dichosa y estaría profundamente dormida si esta mañana no hubiera mirado hacia un lado y hubiese dejado que mis dedos curiosos...

Bueno. Ya no puede evitarse. Tampoco desearía alterar el extraño curso de los acontecimientos.

Quod id est id est

Lo que es es.

Por la mañana subí a Primrose Hill.

Mis sentimientos por octubre son intensos: un amor profundo por el aire fresco, por una estación que transforma el paisaje hacia y por medio de la muerte. Siempre me ha encantado. Y esta mañana, mientras estaba sentada en el banco cerca de la cima de la colina

contemplando Londres y sus árboles, allí estaba. Un ejemplar de *The Times* felizmente abandonado.

Me gustan los periódicos descarriados.

Suelen tener algo interesante que decir.

Me apropié de él y abrí la página para echar un vistazo a las noticias del día.

Fue entonces cuando lo vi.

El anuncio del funeral.

Lord y lady Stuart anunciaban el funeral de su hijo, Maxwell Edward Shaw Stuart, repatriado tres años después de su muerte en Afganistán. El entierro tendrá lugar el 23 de octubre del año de Nuestro Señor de 1883.

Mañana.

Van a enterrar a Maxwell mañana.

Y Evelyn, que me prometió que me escribiría, no lo ha hecho.

Bajé a toda velocidad hacia St. Crispian's con el anuncio aferrado con fuerza en el puño. No oía nada. No veía nada de aquellos con quienes me cruzaba. Tenía los ojos cegados por la furia o las lágrimas. Deseaba lanzar una piedra contra una ventana. Maldecir algo, cualquier cosa. Darle rienda suelta a la ira.

Y entonces me choqué con una pared y estuve a punto de caerme.

O con lo que yo creía que era una pared.

Tuvo que agarrarme por la muñeca y decirme «Tranquilícese» para que me diera cuenta de que se trataba de Pierce.

Le puse una excusa poco convincente e intenté pasar a su lado, pero él me detuvo.

—¿Emma?

—En la calle no —logré decir.

Le entregué el periódico arrugado y salvé los pasos que me separaban de Lapis Lazuli House.

Pierce me siguió.

Sin decir nada, entré directamente en su estudio.

Cerró la puerta a nuestra espalda. Lanzó el periódico sobre su mesa de trabajo.

—¿Mañana? —preguntó.

—Mañana —repetí con los dientes apretados—. Evelyn prometió avisarme. Yo iba a estar allí. Ahora me lo perderé. ¡No tengo nada que ponerme, salvo mi abrigo viejo y raído! Aunque eso da igual, porque no tengo dinero para el tren. El banco ya estará cerrado a estas horas, no queda gran cosa en las cuentas de la casa y no puedo hacer nada al respecto.

—¿La misa es a las once?

—Eso dice.

—Berkshire no está lejos. ¿Cuánto tardaría, una hora como mucho? Si coge el tren de las ocho, llegará con tiempo de sobra.

Es imposible que una esté orgullosa de lo turbulento de su propio dolor. La razón se convierte en cautiva mientras que todos los malos modales salen a la luz. Respondí desde ese lugar.

—¿No me ha oído, Pierce?! —casi grité—. ¡No tengo forma de comprar el maldito billete! Esperaba disponer de cierto tiempo. Esperaba que me avisaran con dos semanas de antelación para poder prepararme y buscar algún tipo de solución con mi banquero. O vender alguna cosa de valor para pagar el billete y el alojamiento si fuera necesario. Lo tenía todo planeado.

—Yo le compraré el billete.

Lo dijo con gran naturalidad, sin aspavientos ni enfado. Y de repente me sentí tonta y estúpida.

—¡Desde luego que no! No soy una indigente. No aceptaré una caridad que no necesito.

Su expresión no mostraba desdén hacia mis principios, sino más bien hacia mi terquedad.

—No he dicho en ningún momento que sea una indigente, y no es caridad. Voy a comprarle el billete de tren. Y es más, voy a ir con usted. —Me tendió un pañuelo—. Está moqueando.

Parpadeé, carraspeé e hice un ruido poco elegante.

—¿Haría eso por mí?

—¿Darle un pañuelo? —Sonrió—. Por supuesto.

—No bromeo.

—Perdone.

—¿Vendría conmigo?

—Claro que voy a ir con usted. No sea tonta. Mis amigos no van solos a la guerra.

—No tengo un vestido negro. Madame Tasset me está haciendo uno, pero todavía no está terminado.

—Murió hace tres años. Ninguna convención debería exigirle que vaya toda de negro. Lleve otro vestido y póngase unos guantes negros y su abrigo negro. Solucionado. ¿Cuál de sus vestidos de día le habría gustado más a Maxwell?

—Debería ponerme el morado. Al menos es de medio luto —dijo con un suspiro—. A Maxwell, sin embargo, le habría encantado el verde.

—Póngase el verde.

—Su padre...

—... puede tirarse al lago.

La imagen del temible lord Stuart lanzándose al lago fue un estímulo inesperado.

Volví a sorberme los mocos, usé el pañuelo, hipé y respiré hondo.

—¿Y si me lo hubiera perdido?

—No se lo ha perdido.

—Lo he visto en un periódico abandonado en un banco del parque. ¿Y si lo hubieran enterrado y yo no me hubiera enterado nunca?

—Lo ha visto.

—¡Por casualidad!

—Por casualidad, por accidente, porque Maxwell la quiere allí. ¿Quién sabe?

—Pero...

—Quizá lo haya organizado Maxwell. No sé cómo demonios funcionan estas cosas, pero puede que él le haya hecho llegar la información.

Teniendo en cuenta que es un hombre que desprecia a la Iglesia, no me esperaba una muestra de fe así.

—¿Cree que le importa?— pregunté.

—¿Cómo no iba a importarle?

Y así Pierce me mandó a hacer la maleta. A través de la pared, me llegaban los ruidos de él haciendo lo mismo. Odio... Odio la idea de mañana más que cualquier otra cosa.

Más tarde

VÁYASE A LA CAMA, EMMA.

La finca de los Stuart linda con la casa de mi tía. Puede que ella también esté allí.

¿LE PREOCUPA?

No aprobará mi presencia. Se pondrá difícil. En cuanto a que le vea conmigo...

SI ESTÁ ALLÍ, NO SERÉ MÁS QUE UN AMIGO QUE MAXWELL HIZO EN AFGANISTÁN. USTED Y YO NOS CONOCIMOS EN EL CAMINO O ALGO POR EL ESTILO. NO HARÉ NADA QUE SE LO PONGA MÁS DIFÍCIL. DEBERÍA DORMIR.

SIGUE DANDO VUELTAS POR LA HABITACIÓN.

Ya he terminado. Me estoy preparando para acostarme.

LE ESPERA UNA BATALLA ARDUA POR LA MAÑANA.

BUENAS NOCHES.

23 de octubre

—Tienes mi humor negro, Emma. Al menos, el potencial para emplearlo. No dudes en utilizarlo cuando sea necesario.

—Declan, no.

—¿Por qué no? Puede ser algo muy útil.

Estas eran las palabras que tenía en la cabeza esta mañana, un recuerdo de mis padres flotándome en la mente antes de que lograra despertarme del todo.

O bien era una broma cósmica —innecesaria, pensé—, o bien mi propio subconsciente intentaba darle a este día sombrío cualquier ventaja que estuviera a su alcance.

Creo que ha empeorado las cosas.

Más tarde

No conseguí escribir ni una sola línea en el tren. Hice un pobre intento de leer el periódico que Pierce había comprado en la estación de St. Pancras. Acabé retorciendo distraídamente las páginas entre las manos enguantadas hasta que Pierce se vio obligado a rescatar lo que quedaba.

No dijo nada. No lo hizo esta mañana, cuando sacó mi pequeña maleta hasta el coche de caballos o cuando se llevó aparte a una preocupada Agnes y le susurró unas palabras. (Al parecer, la preocupación de Agnes por mí superaba el miedo que él le daba). Tampoco habló mientras comprábamos los billetes y buscábamos un sitio en el tren: mi reflejo en un lado de la ventana, el suyo en el otro.

Ayer solo me hizo una pregunta sobre el viaje.

—¿Hay algún lugar que desee visitar mientras estemos allí?

—Sí —respondí, consciente de que había lugares que merecían algún tipo de bendición.

—¿Habría alguna posada? ¿Un mesón donde podamos pasar la noche?

—Sí.

Y por eso, tras bajar del tren, nos dirigimos a The Frog and Crown, La Rana y la Corona.

—¿Qué los poseyó para ponerle semejante nombre? —preguntó Pierce.

—Una rana, imagino —dije mientras entrábamos.

Él se encargó rápidamente de reservar dos habitaciones. Aunque me dio vergüenza no haber pensado en el pago, Pierce se ocupó de ello sin siquiera mencionarlo.

Una vez dentro de mi habitación, me senté para arreglarme el pelo.

Me vi pálida en el espejo.

Tía Eugenia tiene la Firme Convicción de que el duelo de algún modo proporciona una gran belleza a las jóvenes. Yo no estoy de acuerdo.

El verde de mi vestido era demasiado alegre. Los guantes negros y el sombrero, un homenaje demasiado pequeño.

«A quién demonios le importa», me dije maldiciendo al estilo de un tal Niall Pierce.

Durante un momento me sentí mejor..., y luego pude sentir la reprimenda de mi madre muerta.

Y me sentí peor.

Pierce estaba en la puerta de The Frog, esperándome como una tormenta en el horizonte, con los brazos cruzados.

Cuando di un paso adelante, me ajusté los guantes y dije: «Vamos por la parte de atrás». Él asintió y me siguió sin decir palabra.

La presencia natural de Pierce se fundía con el día de octubre y, mientras caminábamos por la parte trasera del pueblo y nos adentrábamos en el camino rural, apenas lograba distinguirlo del día.

Los primeros veinte minutos transcurrieron en silencio. Luego:

—El periódico decía que iba a celebrarse en la parcela familiar del cementerio de Barrows Edge.

—Sí.

Frunció el ceño.

—Una ironía extraña.

—¿Qué? —pregunté.

—El nombre. Porque el oficial al mando de Maxwell se llamaba Barrows.

—Sí... Supongo que sí —respondí, aunque aquello no tenía mucho sentido para mi mente absorta.

No estaba preparada para la inquietante familiaridad. Para que el camino me recordara. Para el paseo por la hondonada, medio convencida de que tenía quince años y había escapado de alguna tediosa responsabilidad en Spencer Court. Y, al salir de entre los árboles, cuando la vista se amplió, sentí que debía volverme hacia Maxwell y comentarle cuántos se habían talado recientemente.

Y luego aparecieron los dos postes de piedra de la entrada del cementerio, apenas visibles en lo alto de la colina. Había una figura

apoyada contra uno de ellos fumando un cigarrillo con aspecto de que preferiría estar en cualquier otro sitio.

Evelyn.

Mi vacilación hizo que Pierce levantara la vista. Vio a Evelyn, realizó algún cálculo mental que se le reflejó en el rostro y se rezagó medio paso. Continuó caminando en diagonal con respecto a mí, extendiendo un silencioso tablero de ajedrez entre ambos. Quizá para que no pudieran abordarme sin encontrar resistencia.

Demasiado pronto llegamos a los postes de la puerta.

Me habría sido imposible mantener ni un solo pensamiento sin asomar a mi rostro en ese momento.

Así que él lo supo. Me vio y supo lo enfadada que estaba. Paseó la mirada de forma fugaz por mi ropa antes de desviarla hacia Pierce, a mi lado. Sin tener la decencia de parecer arrepentido, ni siquiera avergonzado, se conformó con un destello de incomodidad que enseguida quedó oculto bajo la apatía que tan bien conoce.

—Emma —dijo.

—Evelyn.

En el momento que siguió, en la manera en que apretó el cigarrillo consumido contra la piedra que tenía detrás y lo tiró al camino, su silencio dijo: «Sé que tendría que haberte escrito».

Me quedé mirando el extremo aplastado de la colilla, conté hasta diez y luego levanté la vista. Mi forma de decir: «Me debías eso, como mínimo».

Pierce, bendito sea, no dijo nada. Su nube de tormenta permaneció a mi espalda.

Evelyn dijo:

—Empezarán en breve.

Como si fuera una familia ajena a la suya la que iba a enterrar a su hijo predilecto.

Asentí con la cabeza.

Quise preguntarle si estaba bien. Pero entonces se sacó otro cigarrillo del bolsillo, lo encendió y tiró la cerilla. Esa fue su forma de decirme que no tenía nada más que dar, ni a mí ni a ninguna otra persona.

La actitud desafiante de Evelyn siempre ha sido su protección.

Hice amago de pasar junto a él cuando dijo:

—Tenían que asegurarse, tenían que verificar que era su cadáver. Los registros eran pura confusión. Habían informado de su muerte en dos lugares distintos.

No pude volverme para mirarlo al instante; me limité a escuchar sus palabras mientras esperaba ese dolor punzante que sientes cuando sabes más de lo que crees que puedes soportar.

—Exhumaron dos tumbas, los pobres necios. Pero, cuando decidieron que lo habían encontrado, enviaron a casa todo lo que llevaba encima y no se había podrido.

Miré de reojo el rostro de Evelyn.

Fue entonces cuando se sacó algo del bolsillo, lo sostuvo en el puño un momento —como si quisiera comprobar el peso— y luego abrió la mano.

Un pequeño colgante desgastado: un círculo de oro con las iniciales *EML*.

El colgante que mis padres me regalaron por mi décimo cumpleaños.

El colgante que le había puesto en la mano a Maxwell la mañana en la que se marchó.

—Es él, sin duda. Lo has encontrado, Lion.

Y entonces me lo dejó caer en la mano, tiró el cigarrillo recién encendido al suelo y pasó junto a mí hacia el grupo de personas que esperaba el comienzo del servicio.

Se me escapó un ruido confuso y me dispuse a seguirlo; sin embargo, la voz de Pierce me hizo detenerme.

—No empezará hasta dentro de diez minutos. No es necesario que se dé prisa.

Tras darle las gracias a Pierce sin pronunciar palabra, me di la vuelta y bajé por el camino. Me detuve cerca de una pequeña arboleda y respiré más hondo de lo que las lágrimas podían alcanzar.

En pocas palabras, Emma M. Lion se estaba desmoronando.

Más tarde

No recuerdo mucho del servicio. Bueno, sí, pero todo está envuelto en destellos de sentimientos que no soporto plasmar. La madre de Maxwell se sorprendió al verme. No sabría decir si para bien o para mal. Su padre no me saludó, no saludó a nadie. Se limitó a abrirse paso entre la gente con su presencia, tan abusón como de costumbre, dándose tono y haciendo caso omiso de los demás. Tenía el mismo bigote irritante de siempre.

Evelyn se escabulló hasta colocarse detrás del puñado de invitados, de los cuales no reconocí ni recordé a ninguno.

El vicario llevaba solo dos años en aquel cargo, así que no tenía nada personal que decir. Y lo único que alcancé a ver fue un ataúd horriblemente ornamentado, hundido en el suelo y conteniendo solo Dios sabe qué.

Pierce se cernía sobre mi hombro izquierdo, tres pasos por detrás,

tratando de ser tan invisible como podía, pero lo bastante parecido a un ave de presa como para hacer que todos los presentes lo miraran una o dos veces, incluso lord Stuart.

El servicio fue breve.

Las palabras bíblicas que se eligieron no fueron las más hermosas.

Hawkes, pensé, habría hecho un trabajo mucho más apropiado.

Luego, todos dimos un paso adelante y arrojamos un puñado de tierra sobre la tapa del ataúd. Excepto la madre de Maxwell.

Lady Stuart solo podía centrarse en mantener su compostura en un punto emocionalmente aceptable.

Daba la impresión de ser lo más difícil que había hecho en su vida.

Apenas se pronunció el amén final, lord Stuart se encaminó hacia la casa. Evelyn lo siguió, con su esbelta y elegante figura encorvada sobre otro cigarrillo. Su aspecto no podría haber transmitido mejor la sensación de que nada le importaba.

Los demás invitados se dispersaron.

Lady Stuart miró a su marido mientras este se alejaba y luego dio unos pasos vacilantes hacia mí.

—Emma, qué agradable sorpresa verte. Me alegro mucho de que hayas venido.

Nos abrazamos, pero fue un gesto frágil.

—Lady Stuart.

—Tu tía está fuera, la han invitado a pasar unos días en casa de unos amigos, como seguro que ya sabes. Se marchó antes de que fijáramos la fecha. Nos ha enviado sus condolencias.

—Estoy segura de que tanto ella como Arabella desearían estar

aquí —respondí.

Lady Stuart asintió y miró a su alrededor con nerviosismo.

—No me importa que la concurrencia haya sido escasa. Ha pasado tanto tiempo que algunas personas ni siquiera... Bueno. ¿Y tu amigo?

No había sido una falta de educación por mi parte, sino la incertidumbre de imponer cualquier tipo de carga sobre aquellos hombros delgados.

—Sí. —Di un paso hacia atrás para que Pierce, automáticamente, pasara a formar parte de nuestro círculo—. Lady Stuart, le presento a Niall Pierce. Es fotógrafo y era... Bueno, es un amigo.

Los ojos azules de lady Stuart se iluminaron con una gracia acostumbrada a estar en el punto de mira.

—Señor Pierce. Es un placer conocerle.

—El placer es mío —respondió él, y acompañó sus palabras con una simple inclinación de cabeza.

—Hoy es —lady Stuart se aclaró la garganta— un día difícil en muchos aspectos. Me temo que no estoy en mi mejor momento. ¿Vendrían mañana por la tarde a tomar el té?

No estaba segura de si Pierce querría quedarse tanto tiempo y titubeé a la hora de responder.

—Sería estupendo —contestó Pierce.

—Por supuesto —balbuceé.

Acordamos que volveríamos a Barrows Edge a las tres en punto, y entonces lady Stuart siguió la figura distante de su negligente marido.

La observé mientras se alejaba.

Parecía un mirlo con un ala rota.

No tardó mucho en recorrer la suave pendiente que llevaba a la casa.

Y, sin que tuviera que decirle nada, Pierce se apartó y se fue a pasear por el perímetro más alejado mientras yo permanecía junto a la tumba aún abierta.

A menos que uno sea Hamlet, siempre he pensado que hablar en voz alta con uno mismo encaja mucho mejor en una comedia que en una tragedia.

Qué sensiblero resulta siempre en la página.

Pero, oh, desventura, no siempre podemos estar a la altura de nuestros ideales. Por muy cargados de humor negro que estén.

Todo empezó cuando me quedé mirando el ataúd y me imaginé a Maxwell dentro, como si estuviera dormido o recién fallecido. Inmóvil, pálido, pero... entero.

Hermoso.

Creo que Dios me perdonará esta mentira.

Entonces, sin darme cuenta del todo, me encontré recitando el temido soliloquio del duelo. Mencionando estúpidos juegos infantiles y tardes largas y verdes, todo ello para evitar despedirme, porque no sabía cómo hacerlo.

Sentía que era el momento adecuado.

Un adiós.

Con tres años de retraso.

Seguro que hasta él desea que los que nos quedamos lo digamos y acabemos de una vez. Maxwell tenía un gran corazón, pero sabía dónde poner límites al sentimentalismo. Casi oía su voz: «Bueno, Lion, Evelyn tiene razón. Me has encontrado. Ha sido un buen viaje, pero me voy. Y tú también, a seguir tu propio camino».

—¿De verdad me voy a seguir mi propio camino? —dije en voz alta.

Cómo habría torcido Maxwell la boca al sonreír.

—Lo averiguarás.

—¿Qué averiguaré?

—Cuál es el siguiente paso. ¿Cómo era lo que decía Shakespeare?
¿La materia de la que está hecha la vida?

—Los sueños —murmuré—. Dijo sueños. «Somos la misma materia de la que están hechos los sueños, y nuestra breve vida culmina en un sueño».

—Los sueños, la vida, descubrir qué hace uno después de morir en el desierto...

—¿Para ti fue un descubrimiento?

—En cierto modo. —Guardó silencio un instante—. Siempre hay ayuda, por supuesto.

—Es de suponer.

—Me voy, Lion. Y tú no. Tu vida sigue más allá del punto en el que me marché. Como debe ser.

—¿Debe ser así?

—Sí.

—¿Aceptas que lo consideremos una discrepancia?

Se echó a reír.

—Acepto darte tiempo para creer tal cosa hasta que veas que tengo razón. Hasta que estés preparada.

—Una nunca está preparada.

Y mi propia voz me resonó en los oídos y, de pronto, estaba de vuelta. En el cementerio. Sola. A finales de octubre, entre el canto de los pájaros y las nubes grises, consciente de que había un

hombre apoyado en la pared sombreada de la iglesia, con una pala al lado, dispuesto a enterrar el cuerpo de Maxwell en cuanto la joven solitaria fuera capaz de soportar dejarlo para siempre.

Todavía no sé si fue producto de mi imaginación —un intercambio autárquico para aliviar la insoportable visión de su tumba abierta— o si, a saber cómo, Maxwell había encontrado la manera...

Con qué claridad me pareció oír su voz.

Esa voz.

La que había sido la única.

Más tarde

Estoy en The Frog and Crown, sentada a una mesa junto a una ventana polvorienta. Pierce acaba de traer algo de aspecto sospechoso en un vaso. Le he dicho que no quería nada fuerte y él ha sonreído mientras se sentaba.

—No es alcohol.

He levantado el vaso con sana desconfianza y luego he bebido un trago largo.

Era sidra de manzana, recién prensada. Y deliciosa. Tras apurarlo con la distinción de los que están agotados, he dejado el vaso en la mesa y he dicho:

—Tomaré otra.

Pierce se ha reído. Y ha ido a encargarse de mi petición.

Más tarde

Esta noche solo hay dos viajeros más en The Frog and Crown, y hace una hora que cenaron y subieron a acostarse. Pierce y yo,

cansados tras una silenciosa y larga tarde de caminar, caminar y caminar, nos hemos acomodado junto al fuego. Yo, con mi diario; él, con una copa y sus pensamientos. Bendito sea el hombre que sabe guardarse sus propios consejos cuando una no soporta hablar.

Más tarde

He encendido una vela por mi padre.

24 de octubre

Esta mañana Pierce ha dicho:

—Estos bosques me recuerdan a mi hogar.

—¿Dónde está su hogar? —le pregunté.

—En un lugar que dejó de serlo hace mucho tiempo. Dónde estaba tiene poca importancia.

Más tarde

Por la mañana volvimos a salir a pasear a pesar de la lluvia que nos sorprendió en los campos lejanos. No me apetecía quedarme en el pueblo y toparme con alguna cara conocida. Por supuesto, todo el mundo sabía que Barrows Edge había devuelto a casa al hijo muerto, y todo el mundo sabía que Maxwell era...

Ni que decir tiene que los largos y silenciosos surcos que atravesaban el paisaje de mis recuerdos de verano fueron un bálsamo para mi alma enmarañada.

Volvimos a The Frog a mediodía para almorzar y ahora me estoy preparando para el té. Pierce está en su habitación y, hace unos momentos, cuando llamé a su puerta, dijo:

—Pase.

Abrí la puerta, pero me quedé en el pasillo.

Si a mi tía le llegaran rumores de que he entrado en la habitación de un hombre en The Frog...

Enviaría a un asesino.

O a Guy Fawkes.

Él —Pierce, no Guy Fawkes— estaba escribiendo una carta

sentado a un escritorio junto a la ventana, con el abrigo colgado del respaldo de la silla. Se había limpiado las botas y se había cambiado de ropa.

—¿Está intentando responder a su obscena cantidad de correspondencia? —le pregunté al mismo tiempo que me apoyaba en el marco de la puerta.

Dejó la pluma sobre la mesa y se recostó en la silla.

—«Intentando» es la palabra clave de su frase.

—Y yo que pensaba que era «obscena».

Sonrió con ironía y arqueó una ceja; el cabello oscuro le confería un aire totalmente gótico.

—Ya entiendo por qué tiene tantos amigos —dije.

—Ah, ¿sí? —respondió en tono desdeñoso.

—Es usted leal, Pierce. Un amigo de verdad y todo eso.

Volvió a mirar la carta.

—Si acaso, es egoísmo. Me gusta la gente buena. Me recuerda a cómo era yo.

Más tarde

Me parece que el trayecto de vuelta a casa en tren dura horas, incluso días, a pesar de que no hace más de quince minutos que salimos de la estación. Pierce se ha ido a hacer la escasa excursión que le permite el pasillo estrecho; lo veo inquieto, con los nudillos doloridos y sin remordimientos.

Puede que haya habido finales más violentos para un té y un paseo por el jardín; sin embargo, yo aún no he oído hablar de ellos.

Supongo que una no se hace con un perro guardián si no quiere que

muerda nunca.

25 de octubre

Las cinco de la mañana.

Solo he dormido tres horas y, aun así, me las he arreglado para soñar una y otra vez con que estaba sentada junto a lady Stuart en la sala con vistas al jardín de atrás.

La entrada de ayer se quedó muy corta a la hora de relatar lo que ocurrió en realidad.

Quizá sea mejor así.

Los ángeles vengadores tienen sus propios métodos para manejar estas situaciones, pero eso no significa que debamos pregonarlos a los cuatro vientos.

Más tarde

Debería hacerlo. Dejarlo todo por escrito. Antes de que la memoria me juegue una mala pasada.

Algún día me alegraré de haberlo hecho.

Más tarde

Cruzar la puerta delantera de Barrows Edge era algo que estaba firmemente convencida de que no volvería a hacer. Aunque tampoco es que ocurriera a menudo. No me invitaban demasiado, a menos que fuera bajo la estricta vigilancia de tía Eugenia. No, Maxwell y yo pasábamos más tiempo en los campos de los alrededores, colándonos en la cocina para sacarle a la cocinera todo lo que

pudiéramos con nuestras zalamerías. Ella nos tenía mucho cariño a los dos. Y siempre nos guardaba los secretos.

Hay un mayordomo nuevo, y él fue quien nos condujo a la estancia verde situada en la parte trasera de la casa. Menos formal que el salón de recibir habitual, con vistas a los jardines traseros y a la zona de césped en la que solíamos jugar al fútbol.

Lady Stuart nos recibió con calidez. Pálida en su luto riguroso.

El té era más formal de lo que esperaba, pues había cuatro juegos de cubiertos dispuestos en la mesa redonda ante los ventanales altos y amplios.

—Evelyn iba a acompañarnos, pero está en el jardín y veremos si... —Las palabras se fundieron con su monólogo interior—. Ya lo conoces, Emma. No pongamos excusas para su mal comportamiento. En cualquier caso, estaremos más cómodos los tres solos. Por favor, tomen asiento.

Así lo hicimos. Pierce a contraluz, delante de las ventanas; lady Stuart y yo, una a cada lado de él, la una frente a la otra.

—Me alegro mucho de que hayan podido venir —dijo lady Stuart mientras preparaba el té—. ¿Toma azúcar, señor Pierce?

—Eh, sí. Una cucharada. Gracias.

—¿Emma?

Asentí con la cabeza.

Nos sirvió.

Los tres nos sumimos en los rumores de un té tranquilo.

Era una compañía extraña. Intentamos, en varias ocasiones, introducir más palabras que una simple respuesta.

—Hacía muchísimo que no te veía, Emma. Cielos, ¿cuándo fue la última vez que estuviste en Barrows Edge?

Intenté esbozar una sonrisa al recordarlo, pero no creo que lograra disimular el dolor que me produjo aquella visita. Me habían recibido el padre de Maxwell y Evelyn. Ninguno de los dos se había mostrado galante. No quise decirle que había sido la semana posterior a la muerte de Maxwell. Que ella estaba en su habitación y que su marido se había negado a decirle que había ido a verlos.

—Parece que ha pasado una eternidad —respondí. Luego, unos instantes después, probé a decir—: ¿Cómo ha ido la cosecha de las granjas este año?

—Oh. —Miró más allá del terreno herboso—. Ha sido abundante, creo. Tendrías que preguntárselo a lord Stuart. Siempre anda detrás del administrador para asegurarse de que todo va bien en ese aspecto. A Evelyn no le importan mucho esas cosas, pero a Maxwell...

Distraída, bebió un sorbo de té tibio.

—¿Sigues en Bournemouth, Emma?

—No. Mi trabajo allí terminó y ahora estoy en Londres, en Lapis Lazuli House.

—Ah. —Sonrió, pero fue un gesto forzado que me dijo que no entendía a qué me refería.

No creo que Maxwell les hablara a sus padres de mis vínculos con Londres.

Mejor así.

Entonces llegó el momento más sincero y descarnado.

—Me han dejado a mí la tarea de elegir la inscripción para la lápida, y la verdad es que... no se me ocurre nada apropiado. Si a ti se te ocurre... cualquier cosa, en realidad. —Antes de que me diera tiempo a responder, sonrió con una expresión de disculpa en el

rostro—. Lo siento. No era mi intención mencionar... Sí, bueno. Señor Pierce, qué detalle por su parte acompañar a Emma. ¿Es usted un amigo de Londres?

—Sí —respondió él—. Le alquilo un estudio a la señorita Lion.

Omitió el detalle de que vivía al otro lado de la pared.

—¿Un estudio? —La cara se le iluminó ligeramente—. ¿Es usted artista? ¿Tu padre no era artista, Emma?

—Sí, lo era.

Luego volvió a mirar a Pierce.

—Soy fotógrafo.

—¡Qué moderno! Debe de ser emocionante. ¿Qué fotografía?

No me di cuenta de que inhalaría de forma tan audible, pero tendría que haber confiado en que Pierce se desenvolvería sin problema.

—Estoy empezando a hacer bastantes retratos.

—Ah. —Comenzó a servirnos una segunda taza a todos sin preguntarnos si la queríamos—. ¿Y antes de eso?

—¿Antes?

—Ha dicho que está empezando con los retratos.

—Antes de eso viajaba.

—El tema del artista y los lugares lejanos —reflexionó lady Stuart.

Contuve la respiración.

—Sí, justo —contestó Pierce—. Lugares remotos. Paisajes inimaginables.

—Vaya. No suelo oír a mis invitados hablar de lugares remotos ni paisajes inimaginables. Debe de haber ido muy lejos.

—Así es.

—¿A qué países?

—Ah, a unas cuantas decenas. América y Europa, por supuesto. Oriente Próximo, el... Bueno, distintos lugares del continente africano.

—Qué vida tan emocionante ha llevado. Le envidio.

Lo dijo con amabilidad, pero, cuando pronunció esas palabras en voz alta, los tres —estoy segura de ello— estábamos pensando en la joven vida que se había perdido.

Y así continuamos.

Hasta que el mugriento entró en la habitación.

Lord Stuart.

—Maryanne, me... Oh —dijo al verme.

—Tenemos invitados para el té —comentó lady Stuart con una sonrisa.

Él asintió.

—Hola —saludó de la manera más desagradable que pudo.

—Lord Stuart —respondí.

—¿Nos acompañas? —lo invitó lady Stuart.

—Estoy demasiado ocupado, gracias.

Y se dio la vuelta para marcharse. Pensé: «Qué maravilla que el padre de Maxwell haya desarrollado algún tipo de sentido del decoro durante mi ausencia».

Hasta que volvió a girarse.

—No, no, no puede ser.

—¿Querido?

Pero él me estaba mirando a mí.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Lion? La última vez que vino, le dije de forma expresa que ni era bienvenida ni deseábamos volver a verla en mi casa nunca más.

—¡Harry! —susurró lady Stuart con aspereza.

Pierce se tensó a mi lado. Le puse una mano en la rodilla.

—He venido porque su esposa me ha invitado —respondí con la mayor serenidad posible.

—Y han tomado el té, a juzgar por las pruebas que hay sobre la mesa —dijo lord Stuart.

Fue inoportuno y amargamente cómico que la criada entrara en ese momento con una bandeja llena de sándwiches y pasteles para reponer la mesa, que estaba casi intacta. Como percibió la tensión con la misma claridad que cualquiera de nosotros, entró y salió en un tiempo récord.

A aquellas alturas, Pierce tenía la cabeza gacha y la mirada clavada en las manos. No paraba de mover la rodilla arriba y abajo, como si le estuviera costando un gran esfuerzo permanecer sentado en silencio.

—Harry, de verdad, creo que deberías... —comenzó la madre de Maxwell.

—Veo que lo has sustituido con mucha facilidad —interrumpió lord Stuart.

Pierce levantó la cabeza de golpe.

—No he... —empecé a defenderme, pero él me cortó de nuevo.

—Sin ti, Maxwell no se habría alistado.

—¡Harry! Eso no es cierto.

Pero no era necesario que dijera nada, porque Pierce se puso en pie. La silla que ocupaba retrocedió con el movimiento; Pierce miró a lord Stuart de hito en hito. Los ángulos marcados de su rostro expresaban algo más que una amenaza callada. Parecía peligroso.

Noté que se me sonrojaban las mejillas y evité la mirada

compasiva de lady Stuart.

Pero los abusos no suelen callarse.

—Tengo derecho a decir lo que me dé la gana en mi propia casa —afirmó lord Stuart.

—Me importa tres demonios —respondió Pierce despacio—. Haga lo que quiera. Despotrique, vocifere, amárguele la vida a todos los que le rodean. Pero, si va a por la señorita Lion, yo iré a por usted.

Se quedó tan callado que oí los latidos de mi propio corazón.

El caso es que muchas veces, tumbada en la cama, he ensayado esta escena: la de poner en su sitio a lord Stuart mientras lady Stuart se retuerce las manos. Y, en todas mis fantasías, digo la verdad con una ferocidad tal que lord Stuart se queda callado. A veces sale de la habitación hecho una furia. A veces se da cuenta de sus errores y suplica perdón. A veces tiembla y se pone rojo, y yo paso junto a él con mi superioridad y mi victoria moral. Pero nada, ni una sola de las cosas que me había imaginado capaz de hacer, podría igualar jamás la actitud silenciosa y amenazante de Pierce.

Después de abrir y cerrar la boca tres veces, lord Stuart dijo al fin:

—Márchese de mi casa, gañán.

Y entonces lady Stuart se puso de pie.

—Harry, estos son mis invitados. A quienes yo misma pedí que vinieran. Que se han comportado con tacto y decoro en todo momento. Algo de lo que tú no puedes presumir. Ahora, vete a calmarte a otro lugar.

Yo quería que nos disculpáramos y nos marcháramos, pero la tensión entre marido y mujer me mantuvo clavada en el sitio.

El padre de Maxwell se marchó.

La madre de Maxwell se quedó mirando la puerta cerrada el tiempo necesario para recuperar la compostura.

—Emma, señor Pierce...

—No hace falta que se disculpe —dije.

—Desde luego que no —añadió Pierce.

—Es necesario —insistió ella—. Hace tiempo que lo es. Por favor, siéntense.

Yo me senté. Pierce no.

Fue un momento horrible, de verdad.

Entonces lady Stuart prosiguió:

—Sé cómo te trató, Emma. Tú no fuiste la responsable de que Maxwell se alistara, ni mucho menos. Las dos sabemos que mi hijo buscaba aventuras y que nada lo habría detenido.

Volvió a sentarse y respiró hondo.

—Deberíamos irnos... —comencé.

—Por favor, no, Emma. Quiero decir más cosas y necesito tiempo para ello. Por favor, siéntese, señor Pierce.

Una vez le pregunté a Maxwell por qué su padre me había tomado una aversión tan vehemente.

«No es vehemente, Lion».

«Es vehemente, Maxwell. ¿Por qué?».

«Cree que no aportas nada».

«Si se refiere a la posición social y la fortuna, tiene toda la razón. Pero no estoy convencida de que no sea Evelyn el culpable».

Maxwell sabía a qué me refería, pero no sabía qué decir al respecto.

El recuerdo me vino a la cabeza justo cuando Pierce dijo:

—Lady Stuart, ¿me disculpa si salgo al jardín? Estoy seguro de

que la señorita Lion y usted tienen cosas de las que hablar.

Ella sonrió y su mirada transmitió lo que parecía un agradecimiento silencioso por la intimidad que nos estaba ofreciendo.

—Por supuesto.

Pierce salió por la puerta que había detrás de la mesa, que daba al jardín, justo cuando apareció Evelyn.

Lady Stuart y yo nos quedamos mirando a Evelyn mientras este observaba a Pierce.

Cuando los dos hombres estuvieron lo bastante cerca como para hablarse, Evelyn le ofreció un cigarrillo a Pierce —que este aceptó antes de sacarse una caja de cerillas del bolsillo para encenderlo— y, tras un breve intercambio de palabras, Pierce comenzó a caminar despacio de un lado a otro por el césped mientras Evelyn paseaba describiendo un pequeño círculo. Las nubes grises habían llegado acompañadas de una brisa y esta azotaba a los hombres.

—Tu señor Pierce —dijo lady Stuart—, ¿estuvo en el ejército?

Tenía muchas más arrugas en el rostro de las que recordaba. Era una mujer que conocía el dolor, que no necesitaba protección. Así que respondí con la verdad:

—No, pero no es un simple fotógrafo de viajes. Fotografía la guerra.

—¿Afganistán?

—Sí.

—Me lo imaginaba.

Se puso de pie, se acercó a uno de los libros y lo abrió. Volvió con un recorte de periódico. Era una fotografía de varios soldados: sanos, jóvenes, alentados por la lejanía del lugar en el que se

encontraban. No tardé más de un instante en encontrar a Maxwell, que sonreía.

Habían cortado el artículo, salvo por unos pocos párrafos, y mi vista captó las palabras «pero, tal como recuerda la escena el fotógrafo Niall Pierce...».

—Increíble —susurré.

Y lo era.

Pierce había estado a apenas unos pasos de Maxwell. Le había hecho una foto.

Creo que dije algo acerca de que no lo entendía.

Lady Stuart apretó los labios y negó con la cabeza para contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

—El señor Pierce parece un buen hombre. No sé por qué el hecho de saber que vio a Maxwell y posiblemente habló con él supone una diferencia tan grande, pero creo que es así.

—Sí, supone una gran diferencia —convine.

Entonces lady Stuart carraspeó.

—¿Él es tu...?

—Oh —respondí insegura—. No, he... Niall es un amigo. Vive en un apartamento anexo a la casa y me alquila el salón para usarlo de estudio, pero no hemos...

Ella asintió.

—Sí, lo entiendo. Parece un buen amigo, un hombre valiente.

Asentí.

—¿Cómo se quedó cojo?

La pregunta me pilló desprevenida. Me había acostumbrado tanto que casi había olvidado que para los demás era algo llamativo.

—No lo sé, pero sospecho que tiene que ver con una de las

campañas que cubría.

Después, cuando le describí la fotografía a Pierce mientras volvíamos caminando a The Frog, se quedó tan sorprendido como yo.

—Sí, la recuerdo. Solo pasaba por allí. Aquellos muchachos acababan de llegar al país y su ingenuidad era tan evidente que pensé: «Maldita sea, ¿por qué no fotografiar un momento más feliz?». Se la envié a *The Times*. Buscaban algo motivador, por Dios y por la patria, esas cosas. Ojalá lo hubiera sabido. ¿Qué soldado era?

—El que estaba más a la izquierda.

—Está de broma. Tiene que estarlo. ¿El de la media sonrisa?

Asentí con la cabeza. Lágrimas silenciosas por un alivio que no entendía.

—Me hizo una pregunta —dijo Pierce, que se detuvo en el camino.

—¿De verdad?

—Me preguntó cuánto tiempo llevaba siendo fotógrafo. Me comentó que le encantaría aprender. «Escríbeme una carta», le dije, a la atención de un amigo que iba a gestionarme toda la correspondencia mientras estuviera en Afganistán. Nunca lo hizo.

Volví a pensar en los soldados, que en realidad eran unos críos. Y reflexioné sobre Maxwell y su media sonrisa. Había fuego en ella. Una expectación que desplazaba cualquier posible desconcierto. Un muchacho que buscaba una vida más allá de la suya. Y lo que encontró fue una lucha.

Pensar que una nueva parte de mi vida había rozado brevemente la antigua fue el regalo más maravilloso.

—No me importaría, Emma —me había dicho lady Stuart cuando

me quedé sentada mirando por la ventana mientras agarraba aún la fotografía.

Me volví hacia ella y vi que se estaba mirando las manos.

—No me importaría si él y tú... Si encontraras a alguien como él. Creo que has afrontado la pérdida con valentía, y te lo agradezco, pero creo que Maxwell desearía que encontraras a alguien.

Tardé más de lo que habría resultado cómodo, pero, cuando mi respuesta llegó, fue sincera.

—Entiendo lo que dice, en teoría, pero no soy capaz de ver más allá de los límites de mi propia pérdida.

Ambas miramos por la ventana hacia Pierce.

Fue entonces cuando la tarde, que parecía casi redimida, dio un giro hacia lo violento; no puedo decir que fuera a peor, porque me temo que sentí que el destino quería darle una lección a Evelyn.

(El destino o Emma M. Lion).

Evelyn estaba fumándose otro cigarrillo, con los brazos cruzados, de pie junto al arco de piedra que llevaba a los prados. Y, mientras Pierce paseaba por el césped, Evelyn le dijo algo. Pierce levantó la vista y le respondió, a lo que Evelyn replicó. Todo bastante inofensivo. Pierce no buscaba entablar conversación, así que pasó de largo con las manos en los bolsillos.

Entonces Evelyn se quitó el cigarrillo de la boca con dos dedos, dejó que el humo le saliera poco a poco de entre los labios y dijo algo que hizo que Pierce levantara la cabeza con brusquedad.

Evelyn volvió a hablar.

Pierce le dio una respuesta contundente.

Entonces, con una mueca desagradable, Evelyn replicó y escupió en el suelo.

En menos de tres segundos, Pierce había salvado la distancia que los separaba.

—Ay, Dios mío —dijo la madre de Maxwell.

Me mordí el labio.

Con un solo puño, Pierce agarró a Evelyn por la pechera de la camisa y lo estampó contra el arco de piedra.

Evelyn escupió a Pierce en la cara.

No hace falta decir que Pierce le pegó un puñetazo tan fuerte que Evelyn cayó al suelo sujetándose la nariz. Pero la cosa no quedó ahí. Pierce esperó mientras su adversario intentaba levantarse y, cuando este alzó las manos en la postura de lucha más teatral jamás vista, Pierce lo golpeó con el puño izquierdo. Luego, mientras esperaba a que Evelyn dejara de tambalearse, lo golpeó con el derecho.

Lady Stuart ahogó un grito.

Evelyn quedó tendido de espaldas.

Durante un momento, pareció que estuviera muerto. Luego se llevó una mano a la cara. Pierce se cernió sobre él el tiempo suficiente para que supiera que lo único que lo había salvado había sido su clemencia y después se alejó. Evelyn se incorporó y le lanzó una mirada furibunda a la espalda de Pierce.

Fue patético, la verdad.

Estaba boquiabierta, no me cabe duda de ello, y miré a lady Stuart esperando ver manos que se retorcían y una expresión de desaprobación.

Sin embargo, me encontré una mirada de absoluta sorpresa, seguida de una risa ahogada que sonó casi infantil.

—Estoy segura de que se lo merecía —logró decir antes de perder el control por completo y romper a reír a carcajadas.

Las risas se convirtieron en llanto y luego en carcajadas de nuevo, seguidas de un suspiro.

—Tu amigo ha puesto a los hombres de mi familia en su sitio —dijo. A continuación, posó la mano sobre la fotografía de Maxwell—. A todos ellos. Según lo que merecen.

—Lo siento mucho, Maryanne.

—No te disculpes. Sin embargo, creo que es mejor que os vayáis antes de que Harry le vea la cara a Evelyn.

—Pobre Evelyn —dije.

—Pobre Evelyn —repitió la mujer, y la tristeza que se había disipado momentáneamente volvió a apoderarse de ella.

Nos pusimos en pie y ella cogió algo de una mesita auxiliar cercana.

—Mi marido revisó las pertenencias de Maxwell cuando las enviaron a casa. Esto estaba entre ellas. La encontré hace unos meses. Sin abrir y sin enviar. Un regalo y un pecado. Siento haber tardado tanto en dártela.

Me entregó un sobre gastado con mi nombre escrito del puño y letra de Maxwell.

Demasiado sorprendida para expresar con palabras lo que aquello significaba, le di un abrazo a lady Stuart y, al contrario que el día anterior en el cementerio, ella me devolvió el gesto sin reservas: un adiós a la hija que no llegó a ser. Cogí mi sombrilla, mi sombrero y mis guantes, además de los guantes y el sombrero de Pierce, y salí al jardín.

Pierce apareció cuando solo había dado unos cuantos pasos por el camino de grava y, sin mediar palabra, caminamos hasta la verja y salimos al camino.

La carta me pesaba como una piedra en el bolsillo y tardé un momento en darme cuenta de que Pierce estaba hablando.

—¿Hum? —pregunté.

—He dicho que perdón.

—¿Por amenazar a lord Stuart o por pegarle a Evelyn dos puñetazos más de los necesarios?

—¿La verdad? Por ninguna de las dos cosas. Pero detesto pensar que he molestado a lady Stuart. Parece una buena mujer.

—Ah. Se ha reído.

—¿En serio? —Y Pierce sonrió—. Me he partido el nudillo de la mano derecha. He chocado hueso con hueso, me temo. Estará hecho un cuadro durante un mes.

—¿Qué le ha dicho?

—¿Me perdonaría si no se lo contara? —preguntó Pierce.

Y yo, sabedora de que Evelyn dice cosas que no deben repetirse, respondí que sí.

Volvimos al pueblo por el camino largo, y cuando llegamos a The Frog and Crown el peso de los minutos del día me hizo desestabilizarme. Estaba tan agotada como Sísifo y no deseaba comer, solo marcharme lo antes posible.

Tras dar un paseo hasta la estación y esperar un cuarto de hora, llegó el tren de las seis con destino a Londres. Nos adueñamos de un compartimento vacío e intenté escribir en mi diario, pero no tardé en rendirme.

Fue entonces cuando le mostré el sobre a Pierce.

—¿Necesita intimidad?

Y, tras un minuto de inmovilidad, negué con la cabeza.

Nunca me he caído por un acantilado, pero imagino que habrá un

momento en el que los ojos de una se cruzan con los de su acompañante, y tendrás la inquietante certeza de que esa persona es consciente de que vas a caer. Pierce lo vio, creo, porque se levantó de su asiento y vino a sentarse a mi lado. Pegó el hombro al mío para apoyarme en lo que fuera que me trajera la caída.

Con cuidado, abrí el sobre y Pierce centró su atención en los campos que se desvanecían con el atardecer al otro lado del cristal.

Leí la carta.

Lloré. Y no podía respirar.

La carta cayó al suelo. Pierce la recogió y se la guardó en el bolsillo.

No dejaba de pensar que tenía que ser el peor día de todos los de mi vida.

Emma Lion y el caos en el que la habían dejado sumida.

Pierce... Ese hombre me mantuvo entera. No le preocupó ni por un momento lo mucho que lloraba. Ni siquiera cuando las caras curiosas se asomaban por la ventana de nuestro compartimento preguntándose por qué, nada menos que en Inglaterra, alguien estaba haciendo alarde de tal muestra de emociones.

No dijo nada, no hizo nada salvo mantenerme cerca. Me sentía como un fantasma al que él mantenía encadenado a la tierra.

En un momento de silencio, cuando aún derramaba lágrimas desatendidas, me atrajo hacia su pecho como si él pudiera soportar los embates de la tormenta en mi lugar. Me quedé dormida, pero fue un sueño inquieto e interrumpido y, cuando llegamos a Londres, ya casi era de noche y yo estaba entumecida.

Bajamos del tren al humo de la estación y Pierce cargó nuestras

dos maletas entre el ruido y el ajetreo. La multitud se agolpaba a nuestro alrededor, aunque yo no prestaba mucha atención a nada.

Entonces una voz atravesó la neblina.

—Bienvenidos —dijo Islington al aparecer ante nosotros—. Pierce, Li... ¿Emma? ¿Se encuentra mal?

Pierce respondió por mí.

—Ha tenido un viaje muy duro, Islington. Un día negro.

En ese momento, fallé por completo a todos mis compatriotas. Mi flema británica se mantuvo solo gracias a una determinación dolorosamente obvia de conservar el decoro.

—Entiendo —dijo Islington con una rápida mirada de preocupación—. Mi carruaje está justo en la puerta. Vuelvan conmigo a Baron's Square. Disfrutaremos de un poco de tranquilidad y comeremos algo en la biblioteca.

Tendría que haberme negado de manera cortés.

Pero el mero hecho de pensar en que tal vez tuviera que enfrentarme al primo Archibald, o a Parian o incluso a la pobre Agnes, me parecía una carga.

—Me encantaría —logré decir.

El trayecto hasta St. Crispian's fue una visión desdibujada de Londres, poco más que sombras y luces surrealistas. Islington iba sentado frente a mí mirando con discreción por la ventana, charlando de trivialidades con Pierce, que iba sentado a mi lado, con el peso de los últimos dos días empezando a hacerle mella.

Recuerdo que, cuando llegamos, Islington le dio una orden a su mayordomo y otra a un lacayo; luego nos condujeron a una estancia cercana a la parte trasera de la casa, con lámparas de vitral,

estanterías sin fin y dos sofás desgastados uno frente al otro ante la chimenea.

Me hicieron sentarme en uno de ellos mientras Islington y Pierce permanecían de pie, charlando, y una criada avivaba el fuego. La habitación no tardó mucho en calentarse.

Cuando nos quedamos solos, Pierce le susurró algo a Islington antes de que se sentaran tal como lo habíamos hecho en el carruaje. Pierce a mi lado, Islington justo enfrente.

Cuando se abrió la puerta, supuse que sería un lacayo.

Parpadeé. Como una aparición, el Joven Hawkes entró en la habitación.

Pierce —y sospecho que yo misma— puso cara de sorpresa, pero Islington no.

—Buen instinto, Hawkes —dijo—. Emma ha tenido un día complicado. ¿Ha cenado? ¿No? ¿Nos acompaña entonces? Nada formal.

Hawkes se sentó en diagonal respecto a mí y esbozó una media sonrisa triste al mirarme.

No pasó mucho tiempo antes de que uno de los hombres dijera algo, otro respondiese y yo cerrara los ojos mientras escuchaba la cadencia pero no el significado.

Debí de quedarme dormida enseguida.

Cuando me desperté, había vasos de whisky abandonados donde deberían haber estado Islington y Pierce, y Hawkes era el único que me hacía compañía. Estaba contemplando el fuego, con un libro abierto ante él.

Parpadeé y me senté en una posición más decorosa erguida.

Antes de que me diera tiempo a preguntar qué hora era, Hawkes — como si me hubiera leído la mente— dijo:

—Son las diez y cuarto. Le han mantenido la cena caliente para cuando esté lista.

—Cielos. ¿Tanto tiempo he pasado dormida?

La sonrisa con la que respondió fue tenue y, con el codo apoyado en el brazo del sofá, se pasó distraídamente la mano por el pelo.

—Han subido a la galería a ver un Tiziano.

—Pues claro que Islington tiene un Tiziano —respondí.

La expresión de Hawkes me dio a entender que era un hecho inevitable de la vida.

—¿Estoy hecha un absoluto desastre?

—No —respondió Hawkes.

—Tengo mucha hambre.

El vicario dejó su libro a un lado y, en un segundo—con la ayuda de una bandeja tapada que yo no había visto—, me puso la comida delante.

El aroma que emanaban las hierbas y el caldo se elevó hasta mí, tan tentador que noté que me escocían los ojos. Otra vez.

—Sopa, pan, queso. Todo muy bueno —dijo Hawkes mientras se arrellanaba en la esquina diagonal del sofá—. ¿Ese plato de natillas? Mejor que lo aparte.

Creo que me reí por la nariz. O hice algún sonido similar.

—Me encantan las natillas —respondí.

—La animo a intentarlo, entonces.

—Con valor —murmuré mientras probaba un bocado de lo que había ofendido la sensibilidad de Hawkes.

No había dado falso testimonio.

Tosí y cogí el whisky que Pierce había dejado abandonado para poder tragar.

Lo cual me provocó un segundo ataque de tos... Era un licor bastante fuerte.

Podría haber jurado que Hawkes, que se estaba pasando el borde de la mano de un lado a otro por la boca como si estuviera pensando, sonrió con los ojos.

(No hay nada como darse cuenta de que una ha cogido la costumbre de beber delante de su vicario).

A mitad de la cena, Islington y Pierce regresaron.

—Veo que ha probado las natillas —me dijo Islington—. Hawkes, ¿no se lo advirtió?

—Por supuesto —respondió él, y volvió a concentrarse en el libro.

Le pregunté por el Tiziano e Islington me contó la larga historia de cómo su familia había llegado a convertirse en dueña de la obra. Pierce volvió a su whisky y no mencionó que le faltaba un dedo. Y yo me terminé la comida sintiendo un alivio tan profundo que creo que podría haber pasado toda la noche durmiendo en la biblioteca si me hubiera atrevido.

Islington pidió vino y fruta y, por si fuera poco, tres tipos de tarta.

—Le gusta la tarta —dijo a modo de explicación cuando me miró.

Nadie me preguntó por los detalles del día.

Yo tampoco los compartí.

En cambio, hablamos de una decena de cosas sin importancia y, en dos ocasiones, me reí de algo. Hawkes no habló mucho. Pierce y yo admiramos la biblioteca mientras Islington hacía comentarios sutiles pero graciosos sobre mi falta de estudios. Luego añadió:

—A pesar de todo lo que se queja sobre su deficiente formación,

parece saber bastante.

—Es fingido —respondí.

—Mentira —dijo Pierce.

—¿Qué pasó con los libros de su padre? —preguntó Hawkes, que levantó la vista del suyo—. ¿No era un hombre muy leído?

Y así me encontré contando la historia de cómo perdí la biblioteca de mi padre. Incluí todos los giros trágicos con un humor autodenigrante y esperaba algún tipo de merecido aplauso.

Pero no fue así.

Pierce soltó un taco.

Hawkes hizo una mueca.

E Islington, sentado con la compostura propia de un duque, dijo:

—Eso es terrible.

—Es comparable a La Gran Quema de 1882.

—¿Qué es eso? —preguntó Pierce.

—No quiere saberlo.

Islington se volvió hacia Hawkes.

—¿No le pasó algo trágico a su biblioteca?

—Solo a una parte de ella —respondió el vicario. Luego pasó una página, leyó un párrafo y levantó la vista—. Se me cayó un baúl de libros al mar.

—¡No puede ser! —exclamé—. ¿Cómo?

—Solo diré que había un carnicero, un panadero y un...

—¿Un fabricante de palmatorias? —interrumpió Pierce.

—No. El vellocino de un cordero.

—No era el de Jasón, ¿verdad? —preguntó Islington.

—¿El de Jasón? —quise saber.

—El vellocino de oro de Jasón —respondió Islington—. ¿Falta de

estudios?

—No —le repliqué—. Todo el mundo sabe quién es Jasón. Solo es que da la casualidad de que en Whereabouts Lane vive un hombre llamado Jason Andino. Su hermano es pastor de ovejas en Grecia.

Hawkes pasó la página de su libro y carraspeó.

—El vellocino era de Jason. De Andino, quiero decir. No del Jasón mítico, el hijo de Esón, el rey asesinado de Yolco. Bien hecho, señorita Lion.

Pierce negó con la cabeza y luego bebió otro trago.

Sonreí a Islington.

Él adoptó una expresión de gran sufrimiento.

A Pierce y a mí nos llevaron a casa algo después de medianoche. Lo abracé en la acera —sí, una cortina se agitó al otro lado de la calle— y me pareció lo más natural del mundo.

—Gracias —susurré.

—Al final todo irá bien.

—¿Eso cree?

—¿Para usted? Sí.

Cogimos nuestras respectivas maletas, subimos las escaleras y utilicé mi llave para abrir Lapis Lazuli House.

—Buenas noches, Pierce —le dije mientras se dirigía hacia la puerta de su estudio.

Se dio la vuelta y miró hacia donde me encontraba, a mitad de las escaleras.

—¿Es verdad lo que dijo en el tren? —preguntó.

No era consciente de haber pronunciado ni una sola frase coherente.

—¿Qué dije?

—Que no podía imaginarse la vida con nadie más.

Fue extraño. No recordaba haber pronunciado esas palabras. Pero me parecían ciertas.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. ¿Acaso una vida de amigos no es lo bastante gratificante?

—Puede serlo. Pero no para usted.

Le sonreí con poco ánimo, le di las buenas noches y me dirigí a mi buhardilla.

Claramente incapaz de dormir, me senté junto a la ventana y me vino a la cabeza un sermón que Hawkes había dado hacía meses en el que mencionó el momento en el que Aarón y Hur le sostuvieron los brazos a Moisés.

Tal vez no se parecieran a los del Antiguo Testamento —Pierce, Islington y Hawkes—, pero, fuera cual fuese la extraña confluencia de acontecimientos que los había llevado a sostenerme, era la mano del destino más bondadosa con la que me había topado jamás. Puede que incluso fuera Divina.

Lo cual significa que me he asignado el papel de Moisés.

Me gusta bastante.

Si los hombres se portan muy muy bien, quizá rece pidiendo maná.

26 de octubre

21 de julio de 1880

Emma, la chica salvaje:

Esta noche reina el silencio. Un silencio desazonador. Le he robado esta última vela a Phips para escribirte. Me siento extraño y no sé muy bien a qué achacarlo, salvo decir que debe de ser por el polvo y el calor. El agotamiento del día. El intentar no pensar en Inglaterra.

Por alguna razón, siento que mi hogar y tú estáis más lejos. Como si ya no fueran solo kilómetros de tierra lo que nos separa. Tonterías, lo sé. Supongo que los culpables son la añoranza y el aburrimiento. Basta ya de esto.

¿Qué noticias tengo de este lugar? Hace unas mañanas, me olvidé de comprobar si tenía escorpiones en las botas, lo cual provocó un alegre baile. Una oportunidad para que los chicos se burlaran de mí. Mejor así. Por lo de subir la moral y todo eso.

Estoy inquieto.

Lo raro es que no dejo de oír tu voz. Y la mayoría de las veces estás citando a Shakespeare. Una y otra vez, repites esos versos de La tempestad.

Somos la misma materia de la que están hechos los sueños, y
nuestra breve vida culmina en un sueño.

¿Es «sueños» o es «vida»? Nunca me acuerdo. Debe de ser

«sueños». Es como si te oyera con absoluta claridad diciendo: «Es "sueños", Maxwell». Eso sí que es un recuerdo. Seguir tus pasos entre la hierba alta, oírte repetir esos mismos versos. Esta noche me hacen sentir pequeño y olvidado. Una vida desplazada por un mapa impersonal.

¿Me harías un favor? ¿Escribirías ese fragmento sobre los sueños de tu puño y letra y me lo enviarías?

Cualquier cosa que hayas escrito tú, Lion, es una constelación. Pienso en dónde estarás cuando lo anotes. De qué apuro estarás intentando salir; tú, la del inagotable talento para encontrarte siempre metida en líos. En líos buenos, espero.

Mis pensamientos son para ti, además de para cualquier historia que pueda sacar de esta tierra árida y llevarme a casa. No quiero volver aquí cuando todo haya terminado. ¿Te importa? Encontraremos lugares distintos. Otros caminos.

Te quiero, ya lo sabes.

Maxwell

27 de octubre

¿Qué fuerza me pide que le encuentre sentido a esa carta? Que mida las muescas de mi dolor, que me cuestione mi cordura. Me dice: «Aquí estás, Emma. Habla con tus muertos. Será doloroso».

No sé distinguir si es cruel o bondadosa.

Más tarde

He escrito los versos de *La tempestad*, tal como me pedía, y se los he enviado a lady Stuart con una nota que le explica que esas fueron las últimas palabras en las que pensó y que podrían ser apropiadas para su lápida.

Cansada en todos los sentidos.

Lleva toda la mañana lloviendo.

El colgante con las iniciales ha vuelto a la cadena de la que salió y descansa en el fondo del cajón de mi escritorio, debajo del montón de notas que Pierce y yo hemos intercambiado.

Más tarde

Islington ha venido esta tarde.

Pierce acababa de terminar de hacerle un retrato a una amiga de lady Trewartha —que había oído «cosas maravillosas sobre su trabajo»— y se unió a nosotros.

Los últimos y raídos momentos de la semana se dedicaron a poco más que una conversación distraída, sin rumbo fijo. Fue agradable.

Ninguno de los dos mencionó que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. La tormenta se ha desplazado hacia el norte, el cielo de Londres se encuentra inusualmente despejado, así que las ventanas estaban abiertas de par en par, aunque Agnes me dijera después que no era apropiado.

Suspiré.

—Pareces demasiado angustiada por el asunto, Agnes.

—Oh, señorita, es solo que una dama no abre las ventanas de su salón de par en par. Y menos en presencia de un duque. Verá, es por el polvo. Y por la falta de decoro.

—Entiendo.

—Ahora que el asunto del polvo se ha resuelto, señorita Lion, quería preguntarle si me dejaría librar la noche de la feria de la víspera de Todos los Santos. Después de que ilumine las calabazas de la ventana.

—Por supuesto. Y ni siquiera tendrás que preocuparte por las calabazas. Le encargaré la tarea a Parian.

—Oh, gracias.

Agnes volvió a la cocina toda contenta.

Y yo volví a mi buhardilla.

28 de octubre

Han invitado al primo Archibald a pasar unos días en Bath con un amigo.

—No tengo ninguna gana de estar presente ni en la víspera de Todos los Santos ni en el Día de Todos los Santos. Hawkes se pasa el día haciendo sonar esas abominables campanas cuando llega el 1 de noviembre. Obsceno e innecesario.

No era consciente de que Archibald tuviera amigos.

Y mucho menos en Bath.

Me alegro de ello.

29 de octubre

Todos los árboles de la calle se han teñido de dorado.
Me pone muy triste.

Más tarde

Anoche subí a acostarme temprano. Un esfuerzo por manifestar a los Poderes Fácticos que pretendo llevar una vida de soledad piadosa en la que envuelvo mensajes de ánimo alrededor de piedrecitas pequeñas y se las lanzo a los transeúntes de Whereabouts Lane. (Me parece un plan sólido para mi futuro).

Yací despierta durante lo que me parecieron horas, pero al final debí de quedarme dormida, porque, desde luego, me desperté sobresaltada.

Un ruido me despertó y, en la verdad que una descubre tras solo una hora de sueño inquieto, me sentí bastante desorientada: un popurrí de melancolía y traición. El ruido se repitió, como el estruendo de los visigodos arremetiendo contra las puertas.

Me puse la bata de seda de mi madre encima del camisón y seguí los fragores del asedio mientras maldecía las debilidades de Roma, el ego belicoso del Imperio británico y la idea de que irme a la cama a una hora razonable pudiera ocultarme de mi propio estado de agitación. (Hay que reconocer, no obstante, que tenía intención de lanzarles las piedras a los transeúntes con cierta fuerza, como contrapeso a la desesperación).

Todo esto para decir que, después de haber dejado atrás a Agnes y a Parian, acucillados junto a la escalera en el vestíbulo, y de haber

marchado hacia la puerta principal, mi rostro delataba un nivel de indignación salvaje.

Abrí la puerta de golpe.

Y una horda de gente me arrolló al pasar.

La corte de Oberón, nada menos.

El vestíbulo quedó invadido por un sinfín de figuras vestidas con trajes extrañísimos: con plumas, brillos y cintas, sosteniendo ramas, flautas y tambores, una estela resplandeciente de absurdidades místicas.

Me arrastraron con ello... Con ellos.

Hacia el salón de recibir.

Por encima del bullicio, oí gritar a Agnes. (Se da por hecho que Parian había huido).

Antes de que me diera tiempo a decir nada, apenas consciente de que me habían levantado, por lo que mis pies ya no tocaban el suelo, me descubrí erguida encima del sillón rosa, la reina de todo lo que alcanzaba a ver.

A mi alrededor se congregaban criaturas de otro mundo, se postraban a mis pies como para rendirme pleitesía.

Alguien encendió el fuego. Prendieron velas y las repartieron.

Pensé que estaba atrapada en una visión irreal. Si del cielo o del infierno, aún estaba por decidir. Fue entonces cuando una criatura con una cantidad de plumas impresionante y con trozos de espejo en la ropa se plantó ante mí con los ojos brillantes.

—Señora Lion. —Y me dedicó una reverencia, un gesto a medio camino entre el de un consejero real y el de un bufón de la corte—. Es un placer para nosotros coronarla reina.

—Caballeros, ¿tienen el cetro? —preguntó uno.

—Caballeros, ¿tienen la corona? —preguntó otro.

De entre los pliegues de las extrañas vestimentas, sacaron tales objetos, que resplandecían bajo la luz hechizada.

—Aquí está el cetro para nuestra señora.

—Y aquí la corona.

Para entonces, yo ya tenía los ojos abiertos como platos y estaba del todo convencida de que o bien había encontrado el camino al bosque de Oberón, o bien Pierce tenía razón y existía algo llamado «demasiado Shakespeare».

Entonces una figura se puso de pie en el centro, se metió la mano en un bolsillo y sacó... un cigarrillo.

—Oigan, ¿alguien tiene fuego?

Se elevó una protesta general al mismo tiempo que todos se enderezaban.

—¿Un pitillo? ¿Ahora? ¿En serio? —exclamó un duendecillo del bosque.

—Qué poco sentido de la ceremonia —murmuró otro.

—Este me parece un lugar tan bueno como cualquier otro —se defendió el ofensor.

—Maldita sea, ¿dónde está Striker? ¿Striker?

Yo, de pie sobre el cojín del sillón rosa, en camisón, me tapé la cara con una mano y rompí a reír.

Los Diez Réprobos.

O Nueve. Conté y supuse que Hawkes no se disfrazaba.

—Hola, Réprobos —dije.

—Hola —farfullaron, y el hechizo cuidadosamente tejido empezó a tambalearse con ellos.

El Chico, el que había interrumpido el juego, me lanzó una amplia

sonrisa. Qué descaro.

—Les diré una cosa, terminemos con esto y luego veamos qué hay en la despensa.

Tras tres minutos de debate acerca de si debía anunciarse un intermedio y asaltar la despensa con efecto inmediato. Se decidió que concluirían la labor.

—Bien —dijo El Chico, que arrojó el cigarrillo al fuego.

Y así, sin más, todos volvieron a meterse en su personaje y a dar vueltas con las velas en alto. Entonces, de manera inesperada y ligera, algo me rozó la cabeza. Grité y, al volverme, vi que uno de ellos —no tenía ni idea de cuál— se había encaramado a un banquito y estaba proclamando algo mientras sostenía la corona justo encima de mi pelo.

—Que Emma Lion sea una buena compañera y la honorable L de A...

—No utilices la abreviatura, Charlie Cross. ¡Es de mal gusto!

—... la honorable Leonor de Aquitania, que se hará acreedora de nuestra más absoluta lealtad, sobre todo un día concreto. ¿El día...?

—¿Que ya se revelará?

—... que ya se revelará.

—Sabemos cuál es el día...

—Pero ella no. ¡Cállate!

Me pusieron un cetro en la mano.

—Será un pilar de fortaleza y... Eh...

—¿De virtud?

Alguien soltó una risita.

Arqueeé una ceja.

—¡Virtud y mucho jolgorio!

—¡MUCHO JOLGORIO!— exclamaron todos.

—¡Cielos! —dije.

—Que sea venerada, que nunca pierda a las cartas y...

—¿Que la inviten a comer bien de vez en cuando?

—Que la inviten a comer bien. De vez en cuando. Que todos los privilegios otorgados a un monarca de nuestro reino se hallen plenamente vigentes, y que nadie (salvo la reina Victoria) usurpe...

—¿Acaso este hombre sabe lo que significa «usurpar»?

—¡Shhh!

—... usurpe su lugar en el corazón de Los Diez Réprobos.

—¡LOS DIEZ RÉPROBOS! —bramaron todos al unísono.

Y me estamparon la corona en la cabeza.

Otro aplauso generalizado y alguien encendió las lámparas.

Allí estaba yo. Descalza, con el camisón blanco cubierto por la bata verde de mi madre, el pelo convertido en una maraña revuelta que me caía por la espalda... y la corona en la frente y un cetro en la mano.

Y, mientras Los Réprobos se dejaban caer sobre las distintas piezas del mobiliario —cinco de ellos en el sofá verde—, vi una figura sentada con aire divertido en el rincón más alejado, cerca de la puerta.

El Formidable Nigel Hawkes.

—¡Hawkes! —grité.

En la posición que ocupaba en aquel momento, sonó más bien como un decreto.

Todos Los Réprobos lo vitorearon.

—¡HAWKES EL ZORRO!

Entonces uno dijo:

—¡A la despensa!

—¡A LA DESPENSA!

Y salieron dando tumbos de la habitación, donde nos dejaron a mí plantada en el sillón en todo mi esplendor y a Hawkes sentado en el rincón, con un libro en la mano y todo el aspecto de llevar días sin dormir.

—¿Puedo bajar ya? —pregunté.

Él se frotó el interior de un ojo, contuvo un bostezo y cerró el libro.

—Si quiere...

Y así hice.

Entonces nos llegó un grito desde la cocina.

—¡ISLINGTON!

—Ay, Dios mío, han encontrado el cuadro —murmuré.

Hawkes frunció el ceño con aire inquisitivo.

Me senté. Y no le di ninguna explicación.

—No hace falta que se exilie en un rincón, Hawkes.

—Es posible tenga que salir sin ser visto.

—¿Cómo ha entrado sin ser visto?

—Se habían dejado la puerta delantera abierta. Y sabía lo que tenían planeado.

—Pero ¿no le ha parecido oportuno participar?

—No. Últimamente, me parece prudente evitar ciertos rituales.

—Emma M. Lion, la cristiana, se siente reconfortada por el intachable carácter de su vicario.

—¿Hay más?

—¿Vicarios?

—Emmas M. Lion.

—Emma M. Lion, la Hija del Irlandés, cree que habría estado bien verle sumarse a ellos.

Hawkes sonrió y repitió:

—La Hija del Irlandés.

—Así me llama mi prima.

—Siento lo de su despensa.

—Oh, no hay nada más que unas galletas rancias, los restos de una hogaza de pan y té flojo. Agnes tiene previsto hornear algo mañana.

Fue entonces cuando el sonido de la derrota surgió de la cocina y llegó hasta el vestíbulo.

Para no arriesgarme a otra escena de índole similar, me levanté, crucé el salón y me detuve en el umbral.

—¡Ahí está!

—La encantadora L de A.

—¡Que no tiene más que galletas rancias!

—No me habían avisado —respondí.

—Nunca lo hacemos —afirmó el Guardián de la Noche.

—Nunca —confirmó Quality Jones.

Odiseo añadió:

—Una vez que empiezas a avisar a las mujeres, saben lo que les espera.

(¡Pobre Penélope griega!)

—Exacto —dijo Sargent.

—Exacto —añadí—. Vengan en otra ocasión. Tendré algún tipo de postre preparado. Ahora, márchense todos.

Tras una dosis excesiva de quejas, un reajuste de las máscaras y

varias sugerencias de lugares que podrían asolar, Los ~~Diez~~ Nueve Réprobos se sumergieron en la noche.

Hawkes y yo los seguimos hasta el vestíbulo para vigilarlos y, tras unos cuantos empujones y bromas, echaron a correr por la calle.

—¿Qué hago con esto? —le pregunté a Hawkes al mismo tiempo que levantaba el cetro y me daba unos golpecitos con él en la corona.

—Consideraría sensato que los tuviera siempre a mano. Va a necesitarlos.

—Hum. ¿De verdad?

—Sí.

—¿Y si mi reputación queda arruinada después de que algún vecino denuncie las idas y venidas de varios jóvenes en plena noche?

Hawkes miró hacia la calle.

—Yo no me preocuparía. No era más que el vicario del pueblo visitando a los inválidos.

—Me temo que el primo Archibald no está. Aquí no hay ningún inválido.

—Ah, me refería a esos necios amigos míos. Están todos locos.

Sonreí con ganas.

El Joven Hawkes se metió el libro bajo el brazo, las manos en los bolsillos y, tras decir «Buenas noches», se alejó por Whereabouts mientras el griterío de sus amigos resonaba a lo largo de la calle.

Fue entonces cuando pensé que todavía no merecía la pena abandonar del todo la vida; mi vida, en concreto.

30 de octubre

Hoy Pierce me ha regalado la fotografía que me había hecho.

El remolino de Teobaldo al saltar a por el pájaro. Mi rostro capturado en el gesto de una risa de sorpresa mientras intentaba alcanzarlo.

Parecía feliz.

Yo misma.

Había algo más en la imagen y, mientras escudriñaba la fachada de Lapis Lazuli, los pliegues de mi vestido, la absoluta espontaneidad del momento, me asombró la destreza artística que demostraba.

Me volví para mirar hacia donde se encontraba Pierce, sentado a su mesa de trabajo clasificando cartas con cara de concentración, y dije:

—Es preciosa. Y muy acertada.

—Me gustó —respondió—. Espero que no le importe que le haya enviado una a la esposa de mi amigo para que vea que Teobaldo está vivo y coleando.

—¿La esposa accidental?

—Sí —respondió Pierce—. Por extraño que parezca, me escribe que le gusta esa mujer.

Esboqué una media sonrisa.

—¿Se lo ha dicho a ella?

—Lo más probable es que no.

—Vaya.

—Hay gente así —dijo Pierce encogiéndose de hombros.

—¿Pierce?

—¿Hum?

—Gracias. Por lo que ha hecho.

Paró de mover las manos, las dejó suspendidas sobre su trabajo y respondió:

—De nada.

Cuando ya me marchaba, añadió:

—Encontré una pluma verde en la acera, delante de Lapis Lazuli, al llegar a casa de madrugada.

Sonreí.

—No me extraña.

Luego cerré la puerta a mi espalda.

31 de octubre

La celebración de la víspera de Todos los Santos tiene como objetivo, según todos los indicios, mantener a las almas errantes de St. Crispian's ocupadas hasta el Día de Todos los Santos, el 1 de noviembre. Es casi como un carnaval, con juegos extravagantes, música y baile. Cada año la acoge una calle distinta.

Los residentes de Whereabouts llevan todo el día muy ajetreados tratando de preparar su tramo de la calle. En Jacob's Well van a colocarse varias mesas con comida. (Los monjes han accedido a no ensayar hasta pasada la medianoche).

Parian, a quien se le ha encomendado la tarea de tallar y vigilar las calabazas, rechaza cualquier tipo de consuelo.

Estábamos todos en la cocina y él contemplaba con recelo las ocho calabazas deformes.

—Pero ¿a qué se refiere con caras? —se quejó—. ¿Y cómo se las ingenia uno con todas esas semillas dentro?

Hice un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Supongo que se vacía el interior y se tallan caras. De algún modo.

—No pienso tocar las entrañas de una calabaza —bufó.

—¿Las Entrañas de una Calabaza, Parian? Suena bastante dramático.

—Ay, Parian —dijo Agnes suspirando mientras sacaba del horno una bandeja de empanadillas de manzana—. Cortas la parte superior y sacas lo de dentro.

—¡Grotesco!

—Yo lo haré —repuso ella—. Yo prepararé los faroles de calabaza si tú te encargas de vigilarlas durante la noche.

Antes de que Parian pudiera protestar, exclamé:

—¡Qué maravilla! ¿Ves, Parian? Al final todo se arregla.

Y escapé de la cocina.

Las diversiones de la noche suenan maravillosas, en teoría.

Yo, sin embargo, no estoy de un humor precisamente para celebraciones. Creo que daré un par de vueltas por la calle, saludaré a los vecinos y me acostaré temprano.

Más tarde

Me quedé más tiempo del que tenía previsto. Había todos los juegos típicos de una fiesta de la cosecha, farolillos, sidra y una hoguera en medio de la calle. Participé en un juego con aros y botellas de leche y se me dio fatal. En cambio, los niños de St. Crispian's (los pequeños granujas que me dieron una pista para *Julio César*) habían montado una rayuela bastante elaborada. Eso se me dio genial.

Mi Lapis Lazuli, iluminada, estaba preciosa, pero, pese a lo maravilloso que resultaba contemplar las calabazas con su cara torcida, mi verdadero disfrute se derivó de la figura ensombrecida de Parian, que saltaba de habitación en habitación para asegurarse de que la casa no se quemaba hasta los cimientos.

Agnes estaba con un grupito de criadas de otras casas y se reían, se agarraban de la mano y se contaban secretos mientras comían tantos dulces como podían.

Reconocí caras de todo St. Crispian's, pero ninguna que me hiciera quedarme en un solo sitio. Caminé de un lado a otro y, luego, en lugar de volver a la pequeña biblioteca de mi buhardilla, salí de

Whereabouts hacia la Diagonal y deambulé hasta encontrarme frente a la iglesia.

Hacía años que no pasaba un rato en el cementerio de St. Crispian's.

Al entrar, me crucé de brazos y me puse a dar vueltas. Era un lugar de silencio. De paz. Crucé la verja y empecé a caminar por el terreno irregular entre las tumbas. Entonces percibí una luz extraña en la distancia. No era nada sobrenatural, solo un farol. Si hubiera sido algo de otro mundo, no lo habría seguido. Al fin y al cabo, me crio un irlandés.

Al acercarme, vi que se trataba del Joven Hawkes, que estaba sentado en un banco con los pies irreverentemente apoyados sobre una lápida y un farol al lado para iluminar el libro que estaba leyendo.

Hay que reconocer que me pareció pintoresco.

Gótico religioso.

Sin levantar la vista, dijo:

—Buenas noches, señorita Lion.

—Buenas noches, Hawkes.

Apartó el farol y bajó la mecha hasta que no quedó más que un sutilísimo resplandor. Me lo tomé como una invitación y me senté a su lado.

—¿Qué está leyendo?

—Los comentarios de Plutarco sobre Esparta.

—Suenan fascinantes. ¿Qué tal está?

Se volvió para mirarme y el rostro se le cubrió de sombras.

—Es un poco espartano.

Sonreí.

—Como era de esperar.

Pasaron cinco minutos de silencio mientras el rumor lejano de la fiesta competía con el de los grillos cercanos.

—¿Se ha aburrido de la víspera de Todos los Santos? —preguntó en tono ligero.

—No. De hecho, está siendo muy divertida. Solo me apetecía encontrar un poco de tranquilidad, y Jacob's Well está ocupado.

—En ese caso, ¿la dejo con los muertos?

Me estremecí. ¿Cuántas veces tienen que dejarla a una a solas con los muertos?

—Prefiero que se quede, si no le importa. Buscar tranquilidad no implica buscar soledad.

Hawkes cerró el libro.

Permanecimos sentados con el olor del otoño alzándose entre las tumbas y los gritos distantes atravesando St. Crispian's. Y entonces Hawkes dijo:

—Me preguntaba cuánto tardaría en suceder.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, oí dos voces.

Una grave, otra elegante. Y dos espectros doblaron la esquina de la iglesia.

—Ahí están —dijo Islington, y la noche arrastró a la perfección el sonido de su voz.

—Un lugar morboso para una noche morbosa —respondió Pierce.

Los vi abrirse paso entre la hierba en la oscuridad, Pierce con las manos en los bolsillos.

Sentí curiosidad por saber cómo nos habían encontrado, así que pregunté:

—¿Ha soltado a los sabuesos, Islington?

—Quizá tendría que haberlo hecho, pero no. Volví a St. Crispian's por Sterling Street justo cuando usted cruzaba la Diagonal. Imaginé que su destino podría ser la iglesia y pensé en acompañarla. Me encontré a Pierce, que salía de The Cleopatra, y lo invité a sumarse a la caza.

Se acomodaron en la hierba y los cuatro formamos un círculo impreciso.

—¿Cree que le molesta? —preguntó Pierce con una chispa de humor ebrio en la voz.

Estaba mirando los pies del vicario, apoyados sobre la lápida.

El Joven Hawkes no respondió de inmediato; permitió que la lámpara se apagara hasta dejarnos como sombras sin forma en la oscuridad.

Todos esperamos.

Entonces Hawkes dijo:

—No le importa.

De nuevo, silencio.

Se levantó una brisa que hizo que las hojas doradas que aún se aferraban a los árboles susurraran. Respiré hondo.

—Creo que el otoño es mi estación favorita —reflexioné en voz alta.

—Deberías verlo en Nueva Inglaterra —dijo Pierce—. El espectáculo de colores más asombroso del mundo. Nunca he visto nada igual.

Islington preguntó:

—¿Pasó mucho tiempo en Estados Unidos?

—Unos diez años. De manera intermitente, entre campañas.

Tomé nota mental bajo el epígrafe «Datos de la vida de Pierce

que no comparte».

—Creía que había fotografiado la guerra civil estadounidense —dije—. ¿Eso fue hace cuánto? ¿Veinte años?

—Sí, así es.

A pesar de la oscuridad, sentí que sus ojos plateados me atravesaban.

—No debías de tener más de...

—Me fui a Estados Unidos un año después del inicio de la guerra. Aprendí el oficio de joven. Fui ayudante. Pero eso —dijo para levantar una muralla contra su pasado— es una historia para otra noche.

Islington arrancó una brizna de hierba y la retorció entre los dedos. Hawkes permaneció inmóvil como un fantasma hasta que, de forma totalmente inesperada, dijo:

—Leónidas, rey de Esparta, se llevó consigo solo a trescientos hombres para luchar contra los persas. Por el camino, reunió a seis mil soldados más procedentes de las ciudades-estado griegas, pero eso no era nada frente al ejército que se rumoreaba que tenía el rey persa, Jerjes. Miles y miles, y esa es la estimación más conservadora.

Ahora me río al recordar el momento, pues los tres —Islington, Pierce y yo— nos sentamos en una postura más cómoda, como si fuéramos niños, esperando el relato.

—El objetivo de los espartanos era defender el paso de las Termópilas, la única ruta conocida por la que podía pasar el ejército persa. Sin embargo, había un sendero en la montaña. Secreto. Desconocido para Jerjes y su ejército invasor. Leónidas mandó a los

focidios a proteger la senda de Anopea mientras sus hombres y él defendían el punto más estrecho del paso de las Termópilas.

»El ejército persa era más numeroso de lo que creían, pero Jerjes no era tonto. Le envió un emisario a Leónidas, el rey espartano, y le ofreció paz, tierras fértiles y una gran recompensa si dejaba que él y sus hombres atravesaran el paso sin obstáculos.

»Leónidas dijo que no.

»Llegó una segunda petición, más urgente, más amenazante. Una vez más, Leónidas dijo que no.

»Al final, el emisario persa amenazó: «Oscureceremos el cielo con nuestras flechas».

»Y Leónidas contestó...

Aquí, Hawkes dijo algo en griego que yo, alumna de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, no entendí.

Pero Islington lo interpretó en voz baja:

—Entonces lucharemos a la sombra.

—Un hombre valiente —murmuré.

—Un cielo tan lleno de flechas que lucharon a la sombra —dijo Hawkes.

Pierce emitió un sonido de aprobación.

La respuesta del rey Leónidas era noble y me motivó respecto a todo lo que estaba ocurriendo con el primo Archibald, el entierro de Maxwell, el añorar a mis padres hasta lo más hondo y el verso libre de mi futuro, todo ello flechas que cubrían el cielo de una manera extraordinaria. Sin embargo, allí estaba yo, decidida a luchar a la sombra.

Me sentí animada.

Noble.

Espartana.

Me imaginé a mí misma tomando a Leónidas como guía, un talismán contra mi futuro desconocido. Victoriosa contra todo pronóstico. Y, deseosa de oír a Hawkes relatar las hazañas futuras del noble rey, pregunté:

—¿Leónidas contuvo a los persas en el paso?

Hawkes respiró hondo y dijo:

—Murió.

En un instante, todas mis esperanzas se desvanecieron.

—¡Murió! —exclamé.

Una flecha en el corazón.

Me sentí como si hubiera perdido a un ser querido.

Esos malvados persas.

—Leónidas y sus hombres defendieron el paso durante dos días y llevaron a Jerjes a la desesperación. ¿Cómo era posible que sus miles de hombres no fueran capaces de mover a aquellos trescientos? Pero, entonces, un hombre llamado Efiltes traicionó a los griegos. Acudió a Jerjes y le habló de la senda de la montaña. Los persas avanzaron sin impedimentos, ya que los focidios, encargados de proteger aquella ruta, se asustaron y huyeron. Y así Leónidas quedó rodeado por ambos flancos. La mayoría de los soldados griegos escapó, pero todos los espartanos se mantuvieron firmes. Y su rey luchó como el león que era hasta que lo asesinaron. Los persas intentaron hacerse con su cuerpo, pero los espartanos lo escondieron en un lugar seguro. Y, uno a uno, batallaron hasta la muerte y se llevaron consigo a tantos persas como pudieron. Murieron decenas de miles de persas y solo dos mil griegos.

De repente, el cementerio ya no parecía un lugar de paz.

—¡Pero qué clase de historia de «Emma, mantén la cabeza alta» ha sido esa! —solté—. Aquí estaba yo, pensando que, a pesar de la lluvia de flechas que se me venía encima, lucharía a la sombra y saldría victoriosa. ¡Y va usted y me mata antes del final! En serio, Hawkes. Era de esperar que escogiera un relato más motivador.

El silencio reinó durante lo que se tarda en contar hasta diez; luego, Pierce se echó a reír, e Islington también.

El manto de la noche no confirma ni desmiente si Hawkes sonrió, pero tengo mis sospechas.

No tardamos mucho en abandonar el cementerio, yo cargada con el farol de Hawkes, él con su libro, Islington volviendo a ponerse la chaqueta y Pierce caminando con las manos en los bolsillos. Y, cuando llegamos a la esquina de la iglesia que quedaba frente a The Cleopatra —cuyos habitantes acababan de prorrumpir en unos versos ebrios—, Islington se detuvo, lo cual nos hizo ralentizar el paso a todos hasta quedarnos clavados en el sitio.

—Voy a hacer una pregunta bastante extraña —dijo Islington—. No es muy propio de mí dar crédito a tales cosas. Sin embargo... —Hizo un gesto con los dedos que pretendía abarcarnos a los cuatro—, ¿qué opinan de esto?

Tenía razón en que había algo, lo mismo que yo había percibido durante la cena unas semanas antes.

Mientras recordaba mis propios pensamientos tras nuestra reunión de hacía semanas, los miré de uno en uno.

Pierce se encogió de hombros.

Islington esperó.

Fue Hawkes quien habló.

—Alquimia.

Me estremecí.

Esa búsqueda mítica que convierte elementos dispares en oro.

Ninguno de nosotros puso en duda la veracidad de su afirmación.

Nos quedamos allí parados, en la oscuridad, sintiendo que algo más allá de lo ordinario actuaba a nuestro favor.

—Alquimia —murmuró Islington.

Pierce no añadió nada, pero las luces de The Cleopatra brillaban con la fuerza suficiente como para revelar una sonrisa de curiosidad.

Me miraron a mí.

—¿Así que el Cielo me ha unido a esta panda?

Islington dijo que no estaba seguro de que mi llegada a su vida fuera obra del cielo.

Pierce comentó casi para sus adentros que quizá no fuera obra del cielo, sino del destino.

¿Y Hawkes? Bueno, se limitó a enarcar una ceja, esbozar una leve sonrisa y decir:

—Buenas noches a todos.

Me quitó el farol de la mano y se encaminó hacia su puerta, que estaba nada más pasar la de The Cleopatra.

Los tres restantes continuamos en silencio por la Diagonal hasta que Islington giró por Sterling después de despedirse con un gesto de la cabeza. Pierce y yo nos abrimos paso hasta casa entre los juerguistas que aún no se habían retirado.

Más tarde

BUENAS NOCHES, EMMA.

¿Qué opina de lo que ha dicho Hawkes?

¿QUÉ QUIERE DECIR?

Solo eso. ¿Qué opina de lo que ha dicho Hawkes?

*ISLINGTON TIENE RAZÓN EN QUE HAY ALGO. ¿ES ALQUIMIA?
NO SABRÍA DECIRLO CON CERTEZA.*

*CREO QUE ME DARÍA MIEDO LA IDEA DE QUE HUBIERA UN
SIGNIFICADO DETRÁS.*

¿Por qué tendría miedo?

*NO RECUERDO NI UN SOLO MOMENTO DE MI VIDA EN EL QUE
HAYA HABIDO UN VÍNCULO FAMILIAR. UN LUGAR ADECUADO
Y UN MOMENTO APROPIADO. ¿QUÉ DIRÍA ESO ACERCA DE LO
QUE HE VISTO Y ME HA TRAÍDO HASTA AQUÍ?*

ES ALGO QUE ME INQUIETA.

¿Y USTED? ¿CREE EN ESTA ESPECIE DE LAZO, SEA LO QUE SEA?

Sí.

Y creo que es bueno.

ME CUESTA CONFIAR EN QUE EXISTA ALGO BUENO.

Sabe que hay cosas buenas. Usted es bueno.

ESTOY REPLETO DE HERIDAS MAL CURADAS.

Usted es una cuarta parte de esta alquimia predestinada. Sin usted, no se convierte en oro.

QUIZÁ.

Sigo disgustada por el rey espartano, Leónidas.

MORIR EN BATALLA ERA LA NATURALEZA DE LOS REYES ESPARTANOS.

Bueno, defendamos el paso.

No hay traidores entre nosotros.

LUCHAREMOS A LA SOMBRA.

BIBLIOTECA PARTICULAR *de* EMMA M. LION

Hasta la fecha

Obras completas de Shakespeare, de William Shakespeare

Ilustradas por Declan Lion

La Sagrada Biblia

Jane Eyre, de Charlotte Brontë

Regalo de la Sociedad Jane Eyre de Fortitude, escuela preparatoria
para señoritas

Las comedias de Shakespeare. Íntegras

Regalo de Roland Sutherland

Jane Eyre, de Charlotte Brontë

Regalo de Roland Sutherland

Frases en latín para los impenitentes, de Barclay Stafford

Ganado en la rifa de The Dalliance

Autoconfianza, de Ralph Waldo Emerson

Regalo de Niall Pierce

Ensayos, de Ralph Waldo Emerson

Regalo de Niall Pierce

El significado de las flores
Encontrado en la sala del desayuno

Querido lector:

Por feo que sea leer un diario ajeno, me gustaría dar las gracias a todos aquellos que hicieron posible que hayas empezado a leer el mío.

Gracias a la familia y los amigos de Beth Brower. Son numerosos y siempre la animan y creen en ella. Lo cual resulta muy agradable. Se siente especialmente agradecida por el tiempo que le han dedicado Caitlin, Jenesse, Kimberly, su madre, su padre, Rose y Alena; vuestras aportaciones significan mucho para ella.

Gracias, Angie, por escuchar este plan descabellado entre taza y taza de cacao.

Bueno, Rob. Un gracias con ge minúscula para ti.

Gracias, Tyson Cantrell, por permitir que tu encantador diseño adorne la cubierta de mis diarios.

Gracias, Jennifer Lerud. Por tu brillante edición, tu generosidad y tu bondad. Duermo mejor sabiendo que Beth te tiene a su lado.

Gracias, Allysha Unguren, por tu talento y tu sabiduría. Por percatarte de las cosas. Y por tu forma de ser curiosa, singular y peculiar.

Gracias, Ben Unguren, por tantos trucos de magia. Y por limpiar la máquina de escribir de Beth. Y por poner tinta morada en las bobinas. Eres una rara combinación de lo analógico y lo digital en estos tiempos degenerados.

Gracias, Kip. Por hacer posible lo bueno. Y por ser el mejor. Beth será una tonta si algún día deja de valorarte.

Un apunte sobre la osada Beth Brower, quien consideró que mostrar mis diarios al mundo era una buena idea. Vive con el ya mencionado Kip, su marido químico, y su gato, Spy Cat Grey.

A Beth le gustan los aromas cítricos, los libros, las alfombras tejidas a mano y pasear con independencia de la meteorología. Oye canciones sin parar. Está muy apegada a sus seres queridos y necesita ventanas que den luz y paredes en las que colgar obras de arte.

Beth Brower ha escrito los siguientes libros:

The Queen's Gambit

The Ruby Prince

The Wanderer's Mark

The Q

The Beast of Ten

Los diarios de Emma M. Lion

Puede encontrarse más información en su página web y en Instagram.

www.bethbrower.com

[@bethbrower](https://www.instagram.com/bethbrower)

Asimismo, es posible suscribirse a su newsletter y leer relatos cortos sobre los personajes de St. Crispian's en Substack.

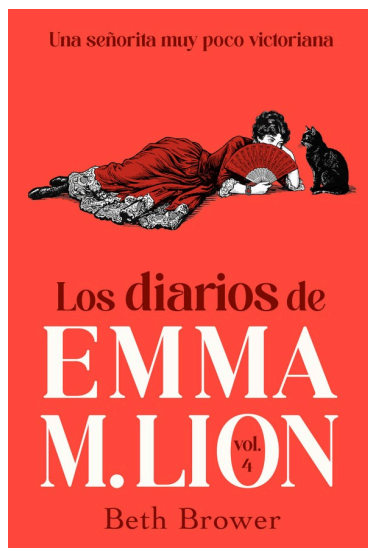
[Beth Brower Scribbles Away](https://bethbrower.substack.com)

bethbrower.substack.com

Atentamente,

EMMA

«Todo empezó de manera muy inocente. De verdad».



En 1883, Emma M. Lion acaba de regresar al barrio en el que se crio, St. Crispian's. Pero sus planes de llevar una vida tranquila y de estudio son saboteados por su excéntrico primo Archibald, su intimidante tía Eugenia y los peculiares habitantes del vecindario.

Armada con su ingenio, su espíritu indomable y su irónico ojo crítico, esta señorita muy poco victoriana da cuenta en sus diarios de su insólita vida en Lapis Lazuli House.

Beth Brower se graduó en Estudios Literarios y durante la escritura de las cuatro primeras novelas de Emma M. Lion trabajó como jardinera profesional. Actualmente se dedica a escribir St. Crispian's Gazette, una publicación online de carácter mensual basada en los personajes de Los diarios de Emma M. Lion, y las novelas que no dejan de golpear las puertas de su mente, porque ninguno de sus personajes tiene la paciencia suficiente para esperar su turno. Vive en Utah con su marido, su gato atigrado y los libros que ocupan todos los rincones de su casa.



Título original: *The Unselected Journals of Emma M. Lion, Vol. 4*

Primera edición: octubre de 2026

© 2021, Beth Brower

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Laura Vidal, por la traducción

© 2026, Ana Isabel Sánchez, por la traducción

Mapa: © 2026, Zoë Barker

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño e ilustración original de David Mann para Bloomsbury.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88163-24-1

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: [penguinbooks](https://www.facebook.com/penguinbooks)

X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased

Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

     [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

Los diarios de Emma M. Lion. Vol. 4

Personas de interés mencionadas con anterioridad

1 de septiembre

2 de septiembre

3 de septiembre

4 de septiembre

5 de septiembre

6 de septiembre

7 de septiembre

8 de septiembre

9 de septiembre

10 de septiembre

11 de septiembre

12 de septiembre

13 de septiembre

14 de septiembre

15 de septiembre

16 de septiembre

17 de septiembre

18 de septiembre

19 de septiembre

20 de septiembre

21 de septiembre

22 de septiembre

23 de septiembre

24 de septiembre

25 de septiembre

26 de septiembre

27 de septiembre

28 de septiembre

29 de septiembre

30 de septiembre

1 de octubre

2 de octubre

3 de octubre

4 de octubre

5 de octubre

6 de octubre

7 de octubre

8 de octubre

9 de octubre

10 de octubre

11 de octubre

12 de octubre

13 de octubre

14 de octubre

15 de octubre

16 de octubre

17 de octubre

18 de octubre

19 de octubre

20 de octubre

21 de octubre

22 de octubre

23 de octubre

24 de octubre

25 de octubre

26 de octubre

27 de octubre

28 de octubre

[29 de octubre](#)

[30 de octubre](#)

[31 de octubre](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Beth Brower](#)

[Créditos](#)